UNIVERSITY OF
UNIV. OF ARIZONA
mn
PQ7797.G317 F3
Garcia Velloso, Enr/El falsificador de e
3 9001 03904 8155

DEMCO

EL FALSIFICADOR DE EMOCIONES

Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright by Gleizer, 1927.

PQ
7797
G317
F3

RIQUE GARCIA VELLOSO

EL FALSIFICADOR DE EMOCIONES

M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1927

EDICIONES GLEIZER

Obras del mismo autor

Piedras Preciosas.

El falsificador de emociones.

La jugadora de pocker.

DE regreso de Europa habíamos llegado a Río de Janeiro con la hélice del vapor rota, por cuyo percance tuvimos que permanecer en la deliciosa ciudad carioca tres días. El vivo deseo de arribar cuanto antes a Buenos Aires no fué óbice para que yo me sintiera muy feliz del retraso.

No conozco ciudad más encantadora; ni nunca todos mis sentidos gozaron de placeres tan inefables como cuando las obligaciones periodísticas me llevaron a esa región de ensueño.

Varios compañeros de a bordo resolvimos instalarnos en un hotel hasta que nos comunicaran de la agencia naviera, el día y la hora en que debíamos continuar el viaje. Siguiendo nuestro ejemplo bajaron a tierra algunos artistas de teatro de las tres compañías que venían a Buenos Aires.

En el hotel se prolongó la amable camarade-

ría de a bordo, esa camaradería que parece sellar un pacto de amistad para siempre, y que, sin embargo, se desvanece así que abrimos los baúles en la aduana terminal del viaje.

Yo me hice en el barco inseparable de Carlos Valdés, mi compañero de camarote, un hombre sumamente agradable, muy simpático, muy señor, muy generoso de su tiempo y de su dinero con las mujeres. Me doblaba la edad. Tenía la cabellera cana y se teñía el bigote, debilidad que él confesaba sin reticencias. "¡Sí, pues — me decía por la mañana, mientras se aplicaba el "henné"; — con la cabeza se piensa y por ello no se debe afrentar a las canas aunque los pensamientos sean arbitrarios... Pero con la boca se besa... Yo me moriré con el bigote teñido..."

—¿Y por qué no se lo afeita usted?

—¡Jamás! No me parecería al mirarme al espejo que era yo mismo.

En nuestras confidencias respecto a cuestiones sentimentales, me aseguró que jamás había amado... "Estar enamorado, sí; pero amar... ¡nunca!"

Era un hombre de estatura proporcionada, de cara pálida, que hacía resaltar la teñidura del bigote; de labios finos, detrás de los cuales le brillaban unos dientes perfectos y blanquísimos. Sus manos, de dedos alargados, cobraban una elocuencia extraordinaria cuando seguían con la acción la elocuencia de su palabra. Cuidadoso de

la toaleta, jamás, durante la travesía, dejó de cambiarse ropa dos veces al día. Desde que zarpamos de Lisboa, todas las mujeres de a bordo, aun las honestas, se prendaron de él, y con cualquier pretexto buscaban su conversación. Traía al retortero a una bailarina romana, a dos tiples españolas, a una soprano vienesa, a tres chicas francesas y a la hija de un estanciero de Córdoba.

Yo no sé cómo se las componía para entenderse con todas, para interesar a todas y rendir a todas, sin caer jamás en un renuncio.

Tenía perfectamente estudiados los hábitos de vida de cada una de sus cortejadas, y llevaba tan prolijamente la cuenta de las horas en que cada una se levantaba, que cuando a veces por las mañanas se presentaba de improviso la amante que había trastocado su horario, encontraba siempre el pretexto, la frase oportuna, la "razón lógica" para eliminarse o justificarse.

Si tales prodigios realizaba en el reducido perímetro de un palacio flotante, ¿qué lances estupendos no correría en una ciudad? Yo le admiraba y le envidiaba. ¿Cómo hace usted para eso? — le preguntaba cuando comentábamos en el camarote la serie de líos que capeaba siempre con una gallardía y una serenidad maravillosas.

—Enamorándome siempre. No amando nunca. Al amor lo pintan ciego. Y a un ciego le falta un sentido. Y hay que tenerlos a todos, en guardia y en funciones serenamente".

Tres de sus amantes más implacables, más terriblemente adictas, se habían instalado en el mismo hotel nuestro. Y con una serenidad admirable paseaba con las tres, comía con las tres, obsequiaba a las tres, sin que ninguna de ellas pudiera sentirse celosa, ni menospreciada un minuto, ni olvidada...

Aquella tarde habíamos ido a la Tijuca en un faetón automóvil, la bailarina romana, la soprano vienesa, una de las tiples españolas y dos chicas más. Con el pretexto de manejar el volante, se libró de las asiduidades que debía prodigar a sus tres enamoradas. Yo iba entre la bailarina Carola Zampieri y la española Lolita Arbeu. En los asientos de delante iban Jeannette Clarie — una francesa exquisita, de ojos azules y de pestañas inmensas. — Ninón Lasplaces y Margarita Mentzembecher, la soprano wagneriana.

Ninón Lasplaces, que había estado dos veces en Río con M. Huguenet, nos invitó a comer en casa de Salvadora Guerrero, bailarina española que a causa de su obesidad se había retirado del teatro y era dueña de una suntuosa casa de pensión de artistas. Salvadora nos recibió bajo palio, y a los cinco minutos de llegar, yo oí que le preguntaba por lo bajo a Ninón, si alguna de nuestras compañeras era la amiga de Carlos Valdés.

—¿Por qué me lo preguntas? — respondió también por lo bajo, Ninón.

—Porque ese tío apenas entró, me hizo tilín...

Ninón Lasplaces, mientras un criado nos servía el coctel, inquirió noticias sobre las amigas que en el anterior viaje se quedaron en Río.

—La Darquier — dijo Salvadora, al propio tiempo que trincaba una anchoa aliñada — es la compañera de un fezendeiro paulista que la ha cubierto de oro; Marietta, la cupletista, no ha querido casarse con un viudo entrado en años, más rico que Morgan... Juliette y la Infundiosa, se marcharon a Méjico. De tu "promoción", no queda más que Pepita en la casa.

—¿Pepita Aragón trabaja aún en Río?

—Sí. ¡Y con una suerte!... Está mala. Yo creí que iba a darnos un susto... Casi se nos muere la semana pasada. Luego la veremos.

Carlos Valdés preguntó a Salvadora:

—Esa Pepita Aragón ¿no es una bailarina y cantaora gitana?

—La mismísima. ¡Y más cañi!... ¿La conoce usted? — respondió Salvadora, al propio tiempo que ofrecía con sus dedos una aceituna a Carlos.

—Si esta Pepita bailarina es la misma chica que recogió Sapho de Colomba en París, la conozco y la recuerdo.

—La mismísima... en la rue Balzac, al lado del arco de Triunfo... Ella no niega que fué "azafata"... vulgo criada, de la Colomba; y que luego se ganaba la vida ayudando a vestir a Rosario Guerrero y a Carolina Otero en el "Pabellón de España, en tiempos de los mo-

ros..." un infundio parisiense que enriqueció a sus organizadores... La niña no fué "espabilá", que digamos... Aprendió a danzar solita, se lanzó luego a la ventura por "musijoles" de ínfima categoría, cantando y bailando flamenco... y ahí la tenéis ustedes... reina de lo "cañi".

—Quisiera saludarla — insinuó Carlos. — Yo la jaleaba mucho en la casa de la rue Balzac cuanno nos servía el café...

—¡Si era la criada de la Colomba!... ¡Si ella no lo oculta!...

—Cinco años después la encontré de "estrella" en un "music-hall" de Tánger. Entré al escenario a saludarla; la invité a cenar, pero no pudo aceptarme el convite porque era la amante de un Caid...

—¡Justo! El que le incrustó un brillante en un diente. ¡Malas puñalás le den al tío Caid ese! ¡Mire usted que adornar el diente con un pedrusco! ¿Estaría mochales el Caid?

Cambiando de disco, Salvadora invitó a las muchachas a que se retocasen un poco en el "toilette" antes de que nos sentásemos a la mesa. Al quedarnos solos en el saloncito Carlos y yo, exclamé:

—¡Es usted imponderable! ¡Es usted sideral, admirable! Sabrá usted que Salvadora...

—Sí, ya me he dado cuenta... Pero por el momento pienso dedicarme a Pepita Aragón.

—¿No ha oído usted que está enferma?

—Yo la pondré buena... Verá usted qué mu-

jer deliciosa... El Caid me dejó con la sangre en el ojo... A cinco años vista, voy a vengarme del Caid...

Entró Salvadora al saloncito diciendo:

—Si usted desea ver a Pepita puede pasar. ¿Se acordará de usted?

—¡Oh!, yo le aseguro que sí — respondió Carlos, con una seguridad rajante. — Vamos allá.

Salvadora nos condujo a través de un largo pasadizo todo tapizado de lampás rojo. De lampás rojo también estaban tapizadas las paredes de la estancia de Pepita; roja era la sobrecama; y allá; entre albos almohadones, surgía la cabeza de la enferma. El edredón guarnecido por el ancho encaje de las sábanas le cubría hasta el cuello. Sólo se le veía la cabeza, una cabeza pequeña, de pelos negros, enmarañados; la cara del color aceitunado de las gitanas; los ojos como ascuas, relucientes; los labios sensuales, resecos por la fiebre. Al vernos entrar, se incorporó y alargó su diestra para saludarnos; y al marcar una sonrisa le vi relampaguear en la boca el brillante que le hiciera incrustar el sádico Caid en un diente.

—¿Se acuerda usted de mí? — preguntó Carlos.

—¿No he de recordarle? ¡Menuda gresca tuve por culpa suya, en Tánger, la noche que entró usted en mi camerino...

—Ahí les dejo — añadió la Salvadora. — Haré que les sirvan más coctel... Yo voy a dar un vistazo por la cocina... — Y se marchó.

Carlos me presentó y nos sentamos junto a la cama.

—Ahora que no hay caídes en el horizonte correremos una juerga juntos...

—No puedo; estoy malucha... Por lo menos en diez días más no podré levantarme, según me ha ordenado el médico. Y luego me tendré que ir a convalecer a Copacabana... ¿Vienen ustedes por mucho tiempo a Río?

—Hasta que nos compongan la hélice... Estamos de paso...

Y con una picardía de gitana le preguntó a Carlos:

—¿Se acuerda usted cuando le servía el café en casa de la Colomba?

—Yo no me acuerdo más que de tus ojos, que son maravillosos, de tu boca, de tus pies diminutos... Anda, chiquilla; enséñale un pie tan siquiera a mi amigo... Verá usted lo inverosímil... un pie de muñeca...

—Sigue usted tan loco como siempre... Si yo tuviera los pies grandes, su labia encontraría algo bonito en ellos... ¡Qué tío más infundioso es usted!...

—¿Y cómo te ha ido aquí?

—Mejor que quisiera.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo más?

—Hasta que reúna un millón de francos. Tengo ochocientos mil y un pico bien salvaguardados... Y eso sin contar las alhajas...

—¿Y para qué quieres tanto dinero?

—Para casarme, como manda la santa madre iglesia.

—¿Y con quién?

—Con mi primo, que es mi novio desde que tenía yo doce años.

—¿Y dónde está tu novio?

—En Puente Genil... ¡cerquita de mi Granada del alma!

—¿Y qué hace allá ese desdichado, que no viene en busca tuya?

—Tiene mucho que hacer.

—¿En qué?

—En la iglesia del pueblo...

—¿Es el párroco?

—No sea usted guasón. Es el sacristán...

—¿Y te espera confiado?

—¡Con más fe y con más ansias!...

—¿Y tú?

—Le adoro.

Yo no sabía qué admirar más en este diálogo, si la picaresca perversión de Carlos o la ingenuidad de Pepita, esa ingenuidad absoluta, que tanto se parece al cinismo en las mujeres que sinceramente no le dan ninguna importancia moral al amor bien pagado.

Entró el criado trayendo dos cocteles. Carlos, antes de sorber el suyo, arrimó la copa a los labios de Pepita. Esta bebió un pequeño trago y le dijo:

—Mire usted... es la hora de mi medicina.

¿Quiere usted alcanzarme el brebaje que está en esa mesita?

Carlos vertió en la cuchara el remedio. Pepita se echó al coleto la droga, marcando un gesto de repugnancia.

—¡Déme un terrón de azúcar! ¡Pronto! Esto es más malo que la hiel y el vinagre que le dieron a Nuestro Señor Jesucristo!

Carlos se sentó definitivamente en la cama y le aprisionó las dos manos a Pepita. Y en seguida dijo:

—Dame de esa hiel y de ese azúcar... Me debes el beso que no me diste en el Cairo...

—Había un Caid por el medio...

—¡Pues ahora que no lo hay, voy a dártelo! El señor es de confianza...

Y uniendo la palabra a la acción, le dió en la boca un beso largo. Y relamiéndose cómicamente, exclamó:

—¡Riquísima la pócima! ¿A qué hora toca la otra toma?

—Dentro de tres horas.

—Tu médico es un animal. Yo voy a repetir. Dame otro beso... ¡Anda! Ríete de los médicos... Hazme caso. Levántate...

—Imposible... He estado muy malita...

—¿Y qué has tenido?

—Fiebre amarilla — respondió con la más absoluta naturalidad.

Mi amigo se estremeció ligeramente; luego se

repuso de su miedo fugaz; y elegantemente, serenamente, volvió a sentarse en la cama.

En este instante entraba al cuarto Ninón. Las dos amigas se confundieron en un estrecho abrazo. Carlos se puso a dar paseos delante de la cama; y disimuladamente se acercó a la puerta del pasadizo y escupió. Luego, con el pretexto de sonarse las narices, restregó su pañuelo en los labios. Mientras la gitana y la francesa charloteaban, Carlos se me acercó y me dijo:

—¡Qué horror! ¡Fiebre amarilla! Y yo le he bebido el alma y la saliba en los besos que le dí...

Salvadora anunció desde el comedor que la comida estaba en la mesa.

—Yo voy a hacer unos buches de coñac o de whisky... Esos besos pueden muy bien ser "la muerte en los labios..."

Y se escapó por el pasadizo.

Durante toda al comida estuvo Carlos caviloso y poco locuaz. Apenas probó bocado. Y cuando a la hora del café y los licores Salvadora quiso enchufar la pianola eléctrica para que bailásemos unas machichas y unos tangos, Carlos pretextó hallarse sumamente fatigado y con jaqueca y pidió permiso para retirarse al hotel.

En pandilla entramos al cuarto de Pepita para decirle adiós. Carlos fué el primero en abandonar el cuarto, pues si se quedaba rezagado corría el riesgo de insistir por cortesía en otros besos.

Ya en el automóvil, las compañeras nos pidieron que las llevásemos a Botafogo. Carlos insistió en que deseaba reposar. Al dejarlo en el hotel, yo le substituí en el manejo del volante y emprendimos veloz carrera por la avenida Beiramar.

Al regresar al hotel, vi luz en el cuarto de Carlos y entré. Le hallé en cueros, paseándose con una copa en la mano.

—¿Qué hace usted?

—Gárgaras... buches de coñac... No se ría usted de mí... Pero no puedo remediarlo... Soy un aprensivo feroz. ¡Fiebre amarilla!

—¡Oh!... déjese usted de tonterías...

—¿Tonterías? ¡Un diablo! Esos besos malditos puedena traer unas consecuencias feroces...

—Acuéstese... Déjese de cavilaciones y de aprensiones... En lugar de hacer gárgaras y buches, bébase media botella de coñac y "duérmala"... Hasta mañana.

—No voy a poder pegar los ojos... ¿Y las muchachas?

—Deben estar haciéndose la toaleta de cama. Buenas noches...

A primera hora nos comunicaron de la agencia naviera que la hélice de nuestro barco estaba arreglada y que a las once de la mañana zarparíamos para Santos.

Yo me vestí en seguida y me trasladé a la habitación del enfermo imaginario.

—Estoy muy mal... — me dijo apenas empujé la puerta.

—Pues no hay tiempo que perder...

—Sí, ya me ha dicho el camarero que a las once sale el barco.

—Las muchachas quieren comprar algunos dulces... ¡Levántese!

—Acompáñelas usted. A bordo nos encontraremos.

Diez minutos antes de ponerse en movimiento la hélice reparada, todos los compañeros de Carlos estábamos inquietos por su tardanza. Las mujeres amigas del pasajero en retardo escrutaban desesperadas la bahía con sus anteojos. El barco astilló el aire con su sirena y empezó a moverse lentamente. Carlos se había quedado en tierra.

No volví a preocuparme más de Carlos Valdés, hasta que una tarde, al volver a casa, me encontré una tarjeta suya, anunciándome su llegada. Le hablé por teléfono en seguida y combinamos comer juntos esa noche en mi casa. Le aguardé inútilmente. Ni disculpó su ausencia, tan siquiera. Ofendido por su falta sin aviso, no traté en averiguar la causa.

Una noche mi criado hizo pasar a mi cuarto de trabajo a Carlos Valdés. Habían transcurrido dos meses. Entró pidiéndome excusas.

—Estoy viviendo en un infierno... Mi rostro le dirá a usted mejor que todo cuanto yo pudiera decirle el estado de mi espíritu...

Efectivamente, su cara se había apergaminado; sus ojos estaban empañados por un vaho de tristeza y en el bigote otrora renegrido había pelos blancos. Se sentó despaciosamente en el sofá y mientras se quitaba los guantes habló así con voz entrecortada y queda:

—Usted sabe que me preciaba de ser un falsificador de emociones de amor. Pues bien: en el otoño de mi vida todos mis arrestos, todo mi talante de galanteador siempre triunfante, han fracasado...

—¿Y quién ha sido la vencedora?

—La gitana...

—¿Pepita?

—Ella misma. En mala hora se nos ocurrió ir a aquella casa maldita de la Rua General Dantas...

—¿Pues? ¿Qué ocurrió?

—Como usted sabe, víctima de la aprensión determinada por los besos que di en broma a la gitana convalesciente, perdí el vapor en Río de Janeiro. A los pocos días reaccioné moralmente y me resolví a regresar en el primer transatlántico de lujo que pasara por Río rumbo a Buenos Aires. La noche anterior a mi embarco, se me ocurrió meterme en el Liceo Fluminense. Cerca de mi butaca en un palco bajo, vi a la gitana y a Salvadora. La gitana estaba en el esplendor de su belleza. Habíale sentado beneficiosamente su largo reposo en

la cama. Me llamó Salvadora a su palco y acudí presuroso. Las invité a cenar; y luego...

—Luego perdió usted el vapor del día siguiente...

—Sí... Me quedé en Río, y mi aventura de amor, comenzada de broma con la gitana, se trocó en esto... en esta tristeza infinita, en este dolor sin consuelo...

—¿Pues?

—La gitana es irreductible. Me veo yo mismo en ella... me veo como yo era con las mujeres que me amaron... Y al igual de ellas que tanto sufrieron por mí, padezco por esta miserable que pesa como una maldición sobre mi vida actual. Todo el mal que hice, todas las falsificaciones de amor que fueron mi encanto, hoy son mi castigo. Parece resumirlas en su frialdad y en su desprecio compasivo la innoble gitana que me ha vencido...

—Es la vida, que tarde o temprano nos presenta la cuenta... ¡Y hay que pagarla!

Hicimos una larga pausa que yo rompí, afirmando:

—Por lo que he oído, no necesita usted decirme que se trajo usted de Río a la gitana...

—Sí; la invité a que me acompañase, porque ya la vida sin esta mujer me era imposible. Pasamos una semana muy feliz en el hotel; luego le instalé casa.

—¿Viven ustedes juntos?

—Tengo mi casa; pero es como si no la tuviera, pues no hallo quietud ni tregua en mi ansie-

dad, sino a su lado. Mi asiduidad concluyó por hartarla... "¡Odio los amantes que proceden como maridos!" me dice constantemente. ¡Déjame sola!... Y a pesar de mi constante presencia en su casa, me engaña con otro.

—¿Y usted?

—¿No le he dicho que me ha vencido?

Hubo otra larga pausa.

—He concluído por perder la dignidad... Pero ante el dolor de no verla, prefiero la canallería de aceptar su engaño... que no es engaño... pues ella hizo todo lo posible para que yo me enterase... Imagínese usted que, pretextando deseos de ir a bailar a Norte América, me pidió que le buscase un profesor de inglés. Un amigo me presentó al que hoy es mi rival... y el dueño absoluto de los ardores y del corazón de la gitana. Es un hombre de cabello azafranado, cortado al rape; pecoso, que huele mal... Una desdicha de hombre... En lugar de esconderse él de mí me escondo yo de él... He concluído por sugestionarme de que yo soy el que engaña a ese hombre... Algunas noches espero a que se marche para yo entrar; porque si me presento a interrumpir el coloquio, la gitana se pone irascible y en presencia de ese miserable me llena de improperios... ¡Estoy embrujado! En los ojos de esa gitana se hundieron mi dignidad y mi hombría... ¡Estoy vencido! Y esta fiebre cerebral va a llevarme a la locura o al suicidio... Perdóneme

usted esta baja confesión. Pero yo necesitaba un confidente. Y pensé egoístamente en usted..."

Le invité a que paseáramos a pie. Aceptó. Echamos a andar silenciosos. Dejé que él me guiara. Sorteamos diversas calles hasta entrar en la de Córdoba. Al llegar a la esquina de Florida, alzó los ojos hacia un tercer piso. "¡Hay luz! ¡Está él! Ya ve usted... yo soy el dueño de la casa; yo pago los más desatinados caprichos de esta miserable; tengo llave... podría subir... Pero si interrumpo la "lección" corro el riesgo de pelear luego y de que me eche a la calle...

—Sigamos...

—No. Yo voy a quedarme aquí. No se moleste usted más por mí. ¡Márchese! Y me alargó la mano.

Yo le complací y me marché compadeciéndole, sin prodigarle tan siquiera una frase de consuelo, que no se me ocurría por otra parte.

A los pocos días de la extraña confesión que me hizo Carlos, me marché a descansar en el campo, donde viví ajeno a toda comunicación periodística y epistolar, durante más de un mes.

Era ya entrado el invierno cuando regresé a la ciudad.

En las carteleras de las avenidas y en las paredes de las esquinas me sorprendió la profusión de "affiches" multicoloros anunciando el próximo debuto de Pepita Aragón.

La noche de la aparición de Pepita en las tablas de Buenos Aires, yo me instalé en una butaca de primera fila. Busqué en vano con la mirada por palcos y plateas a Carlos Valdés. ¿Estaría en el escenario?

Alcanzó la gitana un éxito rotundo, especialmente en las danzas. Su cuerpo menudo y grácil, sus ojos de brasa, la sonrisa que se le desparramaba por la cara, el ímpetu armonioso de sus pies diminutos, el contoneo sensual de sus caderas, arrebataron al público.

Cuando finalizó el número tras resonante ovación, yo me encaminé hacia el proscenio, más que con el deseo de saludar a la bailarina, interesado por conocer la suerte que había corrido Carlos en su delirante pasión.

Hallé a Pepita en el pasadizo de los camerinos, posando frente al objetivo fotográfico.

—¡Estoy loca de contento! ¡Qué público más cariñoso! — exclamaba.

—¿Y cómo ha sido esto?

—Pues que estaba harta de la vida sedentaria. Tengo el propósito de hacer una jira por Norte América y deseaba "entrenarme". Me salió un buen contrato aquí, y lo acepté. Sólo por veinte funciones. A primeros de mes me marcharé a la Habana y en seguida a Nueva York.

—¿Y Carlos?

—Hace días que no le veo; desde que me resolví a volver a lo mío, se puso más insoportable que de costumbre. Salíamos a tremolina por mi-

nuto. Le dí los pasaportes... Pero, ¿qué ha sido de usted? — decía, al propio tiempo que iba sacándose las peinas de sus negras crenchas.

—Como Carlos no me invitó a que la visitase...

—Ahora le invito yo. Vivo en el hotel de la Avenida. ¿Quiere usted almorzar conmigo mañana? Haré que nos sirvan en el departamento, así podremos prolongar la charla de sobremesa. Mas si le fuera molesto levantarse temprano, cenaremos después de la función.

—¿Qué noche?

—La que usted elija.

—¿Tiene usted compromiso hoy?

—No.

—Cenemos esta noche y así me cuenta usted su ruptura con Carlos.

—No interesa... Es una historia vulgar... La historia de siempre... Ustedes los hombres son muy egoístas... Lo ansían todo para sí. Carlos, que me fué tan simpático en los primeros días, se puso luego insoportable con sus celos ridículos. Usted sabe dónde me conoció Carlos...; no fué ciertamente en un convento de ursulinas... Y yo he vivido siempre como los pájaros, volando de rama en rama... Imagínese usted que quiso poner orden en mis costumbres, suprimirme hábitos personalísimos e insuprimibles; hacerme amar el hogar, la tranquilidad... En una palabra, quería convertir a la gitana que conoció en la rue Balzac, que reconoció más tarde en Tanger y que a los años mil encontró casualmente en Río de Ja-

neiro, en una especie de esposa aburrida y burguesa... ¡Oh!, ¡no! ¡La "barbe", amigo mío! Yo seré "eso" que él quería que fuese con él, con un solo hombre, con el único que lo merece...

—¿El primo de Puente Genil?

—¡Precisamente! Que no me pedirá cuentas del pasado, ni del presente, ni del futuro y que por ello mismo yo le haré muy feliz, muy feliz...

—Permiso... — dijo una voz desagradable.

—Adelante — respondió la gitana.

Avanzó entonces un hombre alto, de rostro pálido, salpicado de pecas amarillas, de pelo rojo y labios carnosos, en tal exageración que el belfo inferior parecía precipitársele sobre la barbilla. Se sentó frente a mí, apoyando las manos de uñas sucias un bastón de puño inverisímil. Hubo una larga pausa que quebró Pepita, diciendo:

—¡Ah!... es verdad que ustedes no se conocen... Mi profesor de inglés...

Me limité a subrayar una sonrisa, mientras la gitana pasaba al cuarto inmediato a prepararse para que nos marchásemos a la rotisería.

Luego me puse a contemplar a mis anchas aquel hombre que, según Carlos, revistaba en esos instantes como amante preferido de Pepita.

Pepita era del más bajo origen plebeyo; pero desde niña, primero como criada y luego como bailarina, había vivido en ambientes de elegancia, de finura, de limpieza y de perfumes. ¿Era acaso el recuerdo de la piara originaria, la mugre de

la gitanería nómada, lo que le excitaba junto a ese hombre?

Me sacó de mis deduciones imaginativas la propia Pepita, ya vestida elegantemente para la calle con un traje exquisito, que ostentaba con la naturalidad sencilla de una parisiense de raza.

— ¡Vamos! Estoy a sus órdenes, me dijo.

Salimos los tres a la calle. En el antevestíbulo del proscenio se le acercó presuroso el secretario del teatro, que le entregó un sobre con dinero.

—Guárdelo usted, Berman...

El hombre del pelo rojo se guardó el dinero en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Dónde vamos a cenar?

—Donde usted quiera, Pepita.

—Tengo mi auto — añadió. — Ahí está. Subamos...

Se instaló en su coche, luego subí yo, y en seguida, como compromiso entendido, como obligación irremediable, el tal Berman se sentó entre los dos. Evidentemente aquel hombre había dominado a la gitana.

Fué la nuestra una cena lúgubre, silenciosa, aburrida. Levantamos la sesión en seguida.

El hombre repugnante que tenía un mitin de pecas en la cara y la deliciosa bailarina a quien el público había ovacionado hasta el delirio, se metieron juntos en el hotel.

Yo me bajé del auto y eché a andar por la acera. No había dado diez pasos cuando de la ventanilla de un "taxi" me chistaron. Volví la cara y

me encontré con Carlos Valdés. Y como si nos hubiéramos visto el día anterior; como si no hubiera transcurrido tanto tiempo desde la noche que le dejé en la esquina de Córdoba y Florida, me dijo:

—¿Ha visto usted?

—Sí.

—¿Alcanza usted a comprender este enigma? ¿No es para volverse loco?

No sabía qué responder a mi amigo. Estaba yo profundamente emocionado y asqueado.

—Suba usted. ¿Dónde va usted?

—Déjeme usted en mi diario.

Dió la dirección al chofer y partimos.

—Le buscaba a usted en el teatro.

—No tuve valor para ir. Aguardé a que concluyera la función, metido en este coche. Les he seguido a ustedes hasta la rotisería...; les he aguardado como un espía... Debió ser muy poco amable la reunión, pues la suspendieron pronto. Yo creía que iban a tardar más...

—Por lo que usted me dice, deduzco que su estado de espíritu no se ha modificado...

—¡No! Mi ansiedad crece; mi dolor es cada día más horrible... Esa mujer me ha convertido en una piltrafa humana...

—Tenga voluntad...

—La he perdido toda... y en tal forma que si esa mujer me llamase ahora yo sería el hombre más feliz del mundo. Mi vida, mi fortuna... ¡hasta mi honor! lo daría por estar a su lado".

Quedamos en silencio hasta que el auto se detuvo en la puerta de mi diario. Yo le estreché la mano a Carlos, y sin cambiar palabra subí rápidamente las escaleras de la redacción.

A la mañana siguiente, revisaba yo los periódicos en la cama cuando alcancé a leer la siguiente breve noticia policial: "En uno de los bancos de la plaza San Martín, esta madrugada, se descerrajó un tiro de revólver en el corazón un caballero cuya identificación no ha podido lograrse a la hora avanzada en que nos llega la noticia".

Pensé inmediatamente en mi desdichado amigo.

Efectivamente, pocas horas después confirmaba mi lúgubre presentimiento, leyendo la misma información detallada en las primeras ediciones de los diarios de la tarde: el suicida era Carlos Valdés.

LA TRAGEDIA DE CHICHARITO

LE conocí en un café de clientela teatral que se llamaba "El Diván". Tenía por aquel entonces "Chicharito" veinticinco años, era maestro de coros y director substituto en la reprise de las obras de cartel que por esa paradoja del teatro se saben muy mal los cómicos a fuerza de haberlas representado centenares de veces. Con su figurilla liliputiense, su cabeza ratonil de pelo lacio, su cara de tez cetrina y sus ojillos renegridos y brillantes como cuentas de azabache, no podía pasar inadvertido en ninguna parte. Todas las noches le veíamos jacarandoso y vivaz entrar al café después del espectáculo y dirigirse invariablemente a una de las mesas vecinas a nuestra peña. Invariablemente también se le acercaba con su cajón el muchacho lustrador de botines; y "Chicharito", mientras leía imperturbable una revista madrileña, le alcanzaba primero un pie, luego el otro, y hasta que no quedaban como espejo

sus dos zapatos de charol, no se daba por satisfecho. Para "Chicharito" no contaba otro detalle de su indumentaria; podía llevar la misma camisa mugrienta una semana, tener espolvoreado de caspa menuda como sémola el cuello del gabán, lucir una barba de cinco días, exhibir de luto las uñas de sus manos diminutas; pero los zapatos de charol debían estar siempre relucientes. Así que concluía su tarea el lustrador, le traía el camarero una jícara de chocolate, un vaso grande de leche fría y dos ensaimadas. Luego se dirigía a una de las mesas del fondo, donde jugaba hasta seis partidas de dominó con el traspunte de su teatro.

Ese hombrecillo de carácter al parecer anodino e insignificante, era, sin embargo, el terror de las pobres coristas y de las segundas tiples con aspiraciones de ascenso. En la sala de ensayo, que estaba en los altos del teatro, se transfiguraba en tirano de aquella colección de pécoras o de infelices, a las que manejaba a gritos y a las que aterraba con su léxico plebeyo salpicado de chistes. Era todo un espectáculo ver a "Chicharito", en mangas de camisa, aun cuando hiciera frío, sentado frente al piano de teclas amarillentas y rotas, soltando a toda llave su voz estridente, al propio tiempo que las chicas del coro temblorosas, tartamudeaban una frase melódica a la espera del ramalazo feroz con que solía fulminarlas así que marcaban la más leve desafinación o se retrasaban en un compás.

Tenía "Chicharito", a pesar de sus groserías, un gran ascendiente entre las mujeres de su compañía, y sus éxitos de conquistador de aquellas desdichadas se contaban por docenas. Muchacha que no le hiciera caso, estaba condenada al "index"; y a las primeras de cambio la eliminación de la remisa era fatal. Sus despechos de Cupidillo se anteponían a sus juicios como maestro para admitir una nueva corista o para despedir a la que según él no servía porque "berreaba". Y las decisiones irrevocables de "Chicharito" eran acatadas siempre por la dirección y por la empresa.

Cuando María Teruel, modista de tiples, me habló de Elena Torralba para que la hiciera contratar de meritoria en el teatro de la Zarzuela, pude darme cuenta del ascendiente también definitivo de "Chicharito" ante la empresa y la dirección. El director, gran amigo y gran camarada me dijo: "Eso es del negociado de "Chicharito"; que la pruebe y si a él le parece que sirve, cosa hecha". El empresario con quien me ligaban estrechos intereses de autor, me dijo casi acobardado: "Si "Chicharito" le da el visto bueno, por mí no habrá inconveniente. Recomiéndesela usted a "Chicharito". "¡Por vida de "Chicharito", exclamé al marcharme.

A todo esto yo no conocía a la tal Elena Torralba. Sabía por la Teruel que era una chica huérfana educada por unos parientes pobres; que había estudiado música en cierto conservatorio de

barrio; que tocaba el piano muy bien y que cantaba con voz agradable. Resolví abordar a "Chi charito" en un entreacto, y el hombre, muy fino, muy complaciente, se puso a mi entera disposición para probar a la muchacha.

—Mándemela usted — me dijo, — con dos letras suyas, cualquier mañana después de las once y veré lo que se puede hacer en favor de la recomendada.

Así se lo manifesté esa misma noche en una breve carta a la Teruel, adjuntándole al propio tiempo para Elena Torralba, las dos letras de presentación.

A la mañana siguiente, mi criado me anunció la visita de la Teruel.

Era la Teruel una madrileña simpática, dicharachera, opulenta en carnes, que a pesar de sus cuarenta ya muy cumplidos estaba de buen ver. Enriquecida a costa de la generosidad inconsciente que en materia de trapos tienen las mujeres de teatro y de vida galante, llevaba una existencia feliz.

Se había encariñado con la chica Elena, "segura, segurísima de su triunfo en el treatro", según gritó a voces, en plena calle el día que me detuvo para hablarme del asunto.

—Chiquillo — me dijo al entrar en mi escritorio, — los favores se hacen completos o no se hacen. El papelucho que me has mandado, es uno de tantos que se escriben... Yo no quiero eso; yo te exijo que tú mismo acompañes a Elena a

catequizar al miserable de "Chicharito". La chica no puede ir sola, y si la acompaño yo, es contraproducente, porque ese proyecto de hombre con altura de velador, no puede ni verme... ¡Sabrás que el muy tuno tuvo sus pretensiones conmigo!... Y que más quisiera ese "chigüagüa" que saber que me interesaba por Elena para desbaratarle su admisión en la Zarzuela. Te pido que tú mismo presentes a la chica.

—Bueno, mujer, la presentaré con mucho gusto. Vamos a buscarla.

—No hace falta; la he dejado en el automóvil: pero hasta saber si me complacías no quise que la conocieras. Voy a llamarla. — Y con paso rápido atravesó el vestíbulo y desde la puerta cancel gritó: "¡Elena, baja!"

Elena Torralba, avanzó medrosa hacia mí. Era una chiquilla flacucha, pero de estructura armónica, de cara finita, paliducha, en la que los ojos color de ajenjo le daban un aspecto felino. Por entre los bordes de su casquete de terciopelo negro se le escapaban desordenadamente unos rizos rubios. Vestía un traje lindo de paño gris perla, evidentemente prestado para esa mañana por la Teruel.

—Ya se conocen ustedes, no perdamos tiempo en requilorios — exclamó la madrileña. — Me dejáis en mi taller y vosotros seguís para el teatro. Luego ya me comunicarás el resultado de la prueba. ¡En marcha!

Poco trecho había desde mi casa al taller de

modas. La Teruel abrió la portezuela y en un movimiento inverosímil de sílfide, saltó a la acera diciéndole a Elena: "¡Buena suerte y hasta después!"

No cruzamos palabra en el trayecto. La chiquilla aspirante a cómica iba preocupada, librando el drama interior del probable resultado de su prueba. Con sus manos de uñas descuidadas como sus dientes, martirizaba el bolso de moaré agrandándole las desgarraduras. De rato en rato pasaba velozmente su lengua por los labios resecos. Las venillas de sus sienes ponían un arabesco azul sobre el marfil de la piel. Tenía los ojos alucinantes y su respiración era premiosa.

Cuando traspusimos el vestíbulo para dirigirnos a la sala de ensayos, oímos la voz aguardentosa y terrible de "Chicharito" que denostaba a las coristas diciéndoles: "¡No saldremos de aquí, aun cuando se hunda el mundo, hasta que sepais por sopas el número. ¡Vamos!"

Me di cuenta que era inoportuno subir en busca de "Chicharito" en esos momentos e invité a la pobre muchacha que tenía cara de moribunda, a que nos metiéramos en el café del teatro, hasta que concluyera el ensayo. La insté a que se bebiera una copa de coñac o de oporto para que se reanimara. Elena contestaba a todo con un gesto de asentimiento, meneando la cabeza como una marioneta. De pronto le acometía un escalofrío, apretaba los ojos y exclamaba: "¿Le pareceré bien a ese hombre?"

—¿Por qué no? María Teruel me ha dicho que canta usted con mucha afinación.

—¡Oh!... eso sí, con mucha afinación.

—¿Y quiere usted dedicarse al teatro para tener simplemente un medio de vida o por afición verdadera?

—Mas que afición, puede usted decir que es pasión la que yo siento por el teatro. Desde el colegio sueño con ser cómica... Bien es verdad que me viene de familia esa pasión... Mi madre cantó ópera y un hermano de mi madre fué celebrado en España como tenor de zarzuela grande.

—¿Es usted española?

—Nací en Algeciras, de madre andaluza y de padre jibraltarino. En pleno éxito cometió la autora de mis días el disparate de casarse con un hombre que la retiró de las tablas. Padeció la pobre penas muy negras, pues mi padre era alcohólico. Vinimos a América con una compañía de zarzuela, y después de sufrir horribles penurias por toda la costa del Pacífico, llegamos a Mendoza. Allí se enfermó gravemente mi madre y murió en el Hospital de Caridad. Tenía yo entonces diez años. El vicecónsul de España me puso en comunicación con unos parientes que trabajaban en Buenos Aires y ellos me recogieron muy cariñosamente. Gracias a ellos fuí al colegio y conseguí una beca en un conservatorio de música donde gané todos los primeros premios de solfeo y de piano.

La conversación y otros sorbitos de coñac, avi-

varon extraordinariamente a la muchacha. Sus mejillas marfileñas lucieron dos manchones rosáceos y sus pupilas color ajenjo cobraron visos chispeantes de gema preciosa.

Como ya no sintiéramos aporrear el piano ni vociferar a "Chicharito", subimos a la sala de ensayos, en el mismo momento que se desperdigaban las coristas.

—Buenos días, "Chicharito"; aquí tiene usted a la chica por quien me intereso — le dije al terrible catador de futuras tiples.

—¡Está la Magdalena para tafetanes!... Estas coristas van a concluir con mi existencia... ¡Pero en fin, cómo ha de ser!... Probemos a la niña... Acérquese usted... ¿Trae usted algunos papeles?...

—No, señor — respondió Elena con acento trémulo.

—¿Entonces qué quiere usted que le toque?

—Cualquier número de tiple... de... de... ¡Sé tantos, que en este momento no me acuerdo de ninguno!...

—¡Pues estamos aviados!...

—Sí... Espere usted... La jota de "El dúo de la Africana"; el número de salida de "Los Zangolotinos"; la romanza de "El cabo primero"...

—Vamos con la romanza de "El cabo"...

"Chicharito" se sentó al piano como un Júpiter tonante, y después de encender la colilla de un cigarro que olía a demonios, pasó velozmente sus manos diminutas por el teclado amarillento y dió

a Elena la salida, desde la frase: "Yo adoro a un hombre con toda el alma"...

La muchacha, a pesar de la emoción, fraseaba deliciosamente, con una voz pastosa, bien "impostada". Yo no pude menos que murmurar al final de aquello: "procuro sus caricias olvidar", un ¡muy bien! verdaderamente entusiasta. "Chicharito" asentía con la cabeza. Cuando tras los "quiquiriquís" del final, Elena lanzó un agudo perfecto de tiple ligera, "Chicharito" dijo: "¡Muy bien! Canta usted mucho mejor que la Mendieta que gana dos mil pesos mensuales y sólo sabe dar el sí fuera del teatro. Pero aquí no tengo ninguna situación que ofrecerle, digna de sus condiciones. Estamos ensayando la última obra de la temporada y dentro de un mes nos vamos a Montevideo. Para la entrante podría buscársele a usted algún huequecillo en el elenco; en las actuales circunstancias sólo de corista y para salir en los conjuntos podría recomendarla a usted a la empresa".

—Yo no tengo grandes aspiraciones. Me conformaría con salir en los conjuntos. Eso me serviría para hacerme a las tablas y perder el miedo al público.

—No se lo aconsejo a usted, señorita — agregó "Chicharito". — Usted debe arriesgarse sola, en un numerito de efecto que podríamos elegirle en la revista del año próximo. Tenga usted paciencia. Con su voz, usted es digna de dar una batalla en

regla. ¿No opina usted lo mismo? — dijo "Chicharito", dirigiéndose a mí.

—Exactamente lo mismo; y desde ya me comprometo a ayudarla en ese "debut" que habremos de preparar todos bien y con tiempo.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas, y con voz entrecortada por la emoción murmuró:

—Me abandono a la decisión de ustedes.

—Sírvase usted dejarme la dirección de su casa, por cualquier novedad que pudiera ocurrir. En el teatro vivimos de sorpresas y lo imprevisto surge de pronto... — añadió "Chicharito".

Elena extrajo de su bolso una tarjetita en la que se leía: "Elena Torralba, profesora diplomada de piano y solfeo, Río Bamba Nº 540".

"Chicharito" se guardó la tarjeta, diciéndole: "Venga usted a los ensayos, venga usted a la función, siempre que se le antoje. Yo daré orden para que le permitan pase libre. Y conmigo cuente usted..."

Yo le invité a que tomase el aperitivo con nosotros, a lo que me respondió: "¡Cá, hombre, no puedo moverme de aquí! ¿No ve usted que la empresa quiere estrenar el martes "Cosmópolis", por encima de la cabeza de Dios, y estamos a viernes, y estas coristas aun no se han aprendido la música? Dentro de breves momentos vendrá la Mendieta: vendrá si le ha dado la gana de levantarse. Me tiene hasta la coronilla esta chicharra sicalíptica, que es tan tiple como yo canónigo".

Al bajar las escaleras, nos encontramos con la

Mendieta, una morenucha estupenda, de ojos inmensos y de boca de brasa. Me saludó muy cariñosa, muy sonriente, diciéndome: "Vea usted en qué trotes andamos por culpa de su compinche Bermúdez, que ha traído ayer los últimos cantables. Si la revista se estrena el martes, va a salir un buñuelo y la "pita" se oirá hasta en el Polo..."

Salimos del teatro un poco defraudados, pero también optimistas. Una fuerza extraña parecía unirse desde aquel instante al destino artístico de la chiquila.

Elena Torralba empezó a ir todas las noches al teatro de la Zarzuela gracias a la munificencia de "Chicharito" que le hacía guardar una tertulia alta. También fué al ensayo general de "Cosmópolis" y en la penumbra del patio de butacas se pasó la tarde entera.

—¡Es imposible que este disparate vaya mañana! ¡Nos van a matar!... — repetía "Chicharito".

Aquella "liorna" comiqueril, se transformó en silencio sepulcral, así que el director gritó con su voz aguardentosa: "¡Vamos a empezar!"

Las primeras escenas se desarrollaron tranquilamente; los efectos de visualidad escenográfica salían bien logrados y los cuadros coreográficos resultaban magníficos en la policromía elegante de tules y de sedas que cubrían exigüamente a las súbditas de "Chicharito". De pronto la orquesta para en seco. El director se cruza de brazos y

grita con sorna. "¡Qué es para hoy, señorita Mendieta!"

La Mendieta, desde nuestro palco respondió: "¡A mí no me ha avisado nadie!"

—Si estuviera usted en su puesto no llegaría usted retrasada — masculló el traspunte.

—¡Su deber es buscar a los artistas!

—¡En el escenario, no en la calle!

—Yo no estoy en la calle...

—¡Basta! Al escenario, señorita Mendieta... — exclamó el director.

La Mendieta saltó por la barandilla del palco al proscenio, y colocándose burlonamente en actitud coreográfica, atacó el cuplé. Apenas había murmurado cuatro compases, cuando el director volvió a pegar en el atril con la batuta ordenando silencio y diciéndole a la tiple:

—Señorita Mendieta, no la oigo a usted.

—Ni falta que hace.

—¿Cómo no ha de hacer falta? Ensayamos para oirlo todo...

—Estoy ronca, fatigada, y como me sé el número, no necesito gritarlo.

—La fe de su palabra no nos basta. Quiero oír... ¡Vamos!

Volvió a atacar la orquesta y la tiple repitió el mismo juego ,fraseando apenas con voz muy queda la canción. El director ordenó otra vez silencio a la masa orquestal y ya malhumorado gritó:

—Por última vez, señorita Mendieta, le suplico que cante en voz alta. ¡Vamos!

La Mendieta lanzó todo el chorro posible de su voz y al "filar" una nota se ahogó en un "gallo" que provocó la carcajada general.

—¿Ve usted?... ¿Ve usted por qué yo no quería cantar con mi voz?

—El posesivo de "mi" voz, me resulta excesivo, señorita Mendieta. Es como si yo hablase de "mis" millones... que no los tengo.

—Es que yo tengo voz.

—Su opinión resulta muy respetable, pero poco convincente.

—Yo no he de admitir insolencias de nadie y menos de usted. ¡Insolente! ¡Grosero! — Y dando media vuelta exclamó. — ¡Que cante Rita!... Luego desapareció por entre cajas y se encerró en su camarín.

El director de orquesta, sin perder su serenidad, ordenó el paso al número siguiente, suponiendo que los autores y el empresario resolverían el conflicto. Pero al final de ese cuadro, debía volver a cantar la Mendieta el número principal de la revista, y como la tiple no estuviera en escena, hizo parar la orquesta, preguntando:

—¿Su Majestad, viene o no viene?

—La señorita Mendieta se ha marchado a su casa — respondió el traspunte.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Suspender el ensayo! — gritó el autor desde el palco.

Ni corto ni perezoso, el director ordenó a los músicos que se marcharan.

—Desde ayer estaba prevista esta escena — dijo socarronamente "Chicharito". — Le vienen grandes los números. El camelo de la Mendieta ha tocado a su fin... Lo tengo dicho hasta la saciedad, que es "camelancia" pura...

Fuimos algunos camaradas de Bermúdez a consolarlo de la agresividad evidente de la Mendieta. En esto alcanzó a pasar a mi lado Elena Torralba, envuelta en una pelerina rapada.

—¡Ah!... ¿Estaba usted aquí? — le dije alargándole la mano.

—Sí... Hoy me he metido en el teatro a las 12 del día y véame usted... tan campante... Se me han volado las horas... Estoy con un café con leche... como si tal cosa.

Sin darnos cuenta, empujados por un designio extraño, salimos juntos del teatro, Elena, Bermúdez y yo. Echamos a andar a pie. Bermúdez aspiraba largas bocanadas de su cigarrillo: una honda preocupación le dominaba y para consolarle un poco le dije:

—Anda, vámonos a cenar en compañía de esta futura diva... Perdona chico, que no te la haya presentado... Elena Torralba... el autor de "Cosmópolis"...

—Su obra es interesantísima y gustará mucho — dijo Elena. — Y la música es preciosa. Me la sé de memoria con sólo haber asistido a cuatro ensayos... Pero como resultan muy torpes esas

tiples y repiten tanto los números, claro... haría falta ser sordo para no acabar por aprendérselos.

Habíamos llegado al restaurante.

—¿Nos quedamos en el salón o subimos a un cuarto — le pregunté a Bermúdez.

—Arriba... Arriba... No quiero ver gente ni que me pregunten por el estreno.

Elena quiso despedirse de nosotros en la puerta del restaurante, pero la insté a que nos acompañase. La muchacha asintió con gran naturalidad y nos metimos en un saloncito reservado.

—¿Querrán ustedes creer que es la primera vez en mi vida que voy a cenar en un sitio de estos?

—¿Vive usted sola?

—Como un hongo. Tengo un cuartito muy mono, que pago a duras penas con mis lecciones...

—Es muy bonita esta chiquilla — me dijo por lo bajo Bermúdez.

—Y canta con una voz deliciosa — agregué yo.

Elena fijaba inocentemente, curiosamente, sus alucinantes pupilas color ajenjo en los detalles vulgares de aquel cuarto de restaurante nocturno, que para ella resultaba de una novedad extraordinaria. Maquinalmente, como poseída de su destino, levantó la tapa del piano y se puso a ejecutar de memoria el primer número de la revista "Cosmópolis".

—¿Sabe usted la letra? — le preguntó Bermúdez.

—Sí...es decir... creo que sí... Lo que no recuerde me lo apuntará el autor...

La chiquilla, con una gracia, con una finura encantadora, murmuró el cuplé de la "Comere"...

—¡Bravísimo! — exclamamos Bermúdez y yo.

—Y el número de la piedra del escándalo de esta noche, ¿lo sabe usted?

—¡Ya lo creo!

Con prodigiosa intención, con una picardía que a fuerza de inconsciente resultaba perversa, Elena cantó el número "a faire" de la revista, dejándonos atónitos. Bermúdez y yo pensamos lo mismo, pero sin exteriorizar con palabras la posible substitución de la Mendieta por Elena Torralba.

Comimos tranquilamente, casi en silencio, y acompañamos en automóvil a la chiquilla hasta su casa.

Cuando nos quedamos solos, le dije a Bermúdez:

—¿Y cómo piensas resolver el conflicto?

—¡No sé!... ¡No sé!... No se me ocurre nada! ¡Y en qué momentos angustiosos viene a malograrme un éxito esa lagartona!... ¡Oh!... pero si por ella fracaso, va a acordarse de mí. No la voy a dejar un minuto en paz.

—La Mendieta es loca... pero, en el fondo, una infeliz. Si tú fueras mañana a su casa y le tocases la vanidad, lograrías que volviera al teatro. Pídele una entrevista.

—Yo no desciendo a eso. ¡Que se hunda todo! La empresa, por la cuenta que le trae, resolverá

el conflicto! No hablemos más de ello. Te dejaré en tu casa.

—Cuenta conmigo para todo. Cualquier cosa que quieras de mí, comunícamela por teléfono. No saldré de casa en toda la mañana. Si quieres que vea a la Mendieta, no tengo ningún inconveniente.

—¡En fin! Luego, a primera hora iré al teatro y veremos que se hace... Te tendré al corriente de todo. Adiós.

Eran las nueve de la mañana cuando hicieron irrupción en mi cuarto, Bermúdez, "Chicharito" y el director de la Zarzuela.

—¿Qué pasa? — exclamé al verles entrar.

"Chicharito" con voz entrecortada, respondió:

—Que la Mendieta se las ha guillado para la estancia con su amigo y que ni por todo el oro del mundo volverá al teatro.

—¿Y qué piensan hacer ustedes?

—Venimos en tu busca para que nos ayudes a convencer a esa chiquilla que tu recomendaste.

—"Chicharito" afirma que se compromete a sacarla boyante. No tenemos tiempo que perder...

—Este me ha asegurado que anoche les cantó a ustedes de rechupete algunos números...

—¡Pero a esa criatura vamos a mandarla al matadero!... No ha salido en su vida ante el público... Además, no tiene ropa...

—Se le fabrica al vuelo... Ya hemos citado a las modistas... ¡Hala!... ¡arriba!... ¡vamos

en busca de esa muchacha! — decía jadeante el empresario.

Me vestí de prisa y corriendo y nos trasladamos a la calle Río Bamba.

Chicharito sin dar casi los buenos días habló así a Elena: Pues bien, señorita, ha llegado el momento de que pruebe usted que es una gran tiple. Le advertí a usted que en el teatro vivimos de la sorpresa y de lo imprevisto... Avíese usted de cualquier manera y véngase con nosotros.

—¿Para qué ese apuro?

—¿Cómo para qué? Para debutar esta noche.

—¿Están ustedes locos?

—Locos nos volveremos si usted se acobarda y rehusa esta ocasión de pasar del anonimato a la notoriedad. Si usted se encierra conmigo un par de horas, yo le aseguro que esta noche va a dar un pique de pelota más alto que la cúpula del Congreso... ¡Ea!... ¡Nada de vacilaciones!... Le aguardamos a usted fuera. No se esmere en su tocado... De cualquier manera vístase... Ya tendrá usted tiempo a la noche de ponerse muy bonita...

"Chicharito", en forma ejecutiva y desbordante de entusiasmo, nos sacó poco menos que a empujones del cuarto.

Llegamos al teatro y "Chicharito" se encerró en la sala de ensayos con Elena que no atinaba más que a decirme: "¡Por Dios avísele usted a la Teruel lo que pasa; que venga la Teruel!"...

Cuando apareció la Teruel alarmada, le dije:

—No grites, ni hagas escenas que no vienen a cuento. La suerte de Elena está echada. De su actuación artística ella y el cielo se cuidarán; ahora de lo que tú debes preocuparte es de que salga estupendamente vestida. No te pares en barras, que se te pagará bien; ni pongas inconvenientes. Los minutos apremian y aquí lo que se necesita es allanar obstáculos.

—Quiero ver a ese ángel de Dios. . .

—Imposible en estos momentos, porque está aprendiéndose lo que ha de cantar luego. Sería conveniente que te pusieras de acuerdo con la modista del teatro. Ven por aquí, ganemos tiempo.

La conduje por el túnel al escenario, y allí en la sastrería ordené que se pusieran a las órdenes de la Teruel.

A la una de la tarde, "Chicharito", pedía que le subieran a Elena un coctel de oporto con dos yemas. Bajó al vestíbulo y nos dijo, cobrando un aspecto de augur: "¡Me dejo cortar la cabeza si esta chiquilla no obtiene un éxito loco! Se sabe admirablemente los números de música".

A todo esto Bermúdez había huído del teatro, presa de enorme inquietud.

A la hora del estreno costaba Dios y ayuda poder penetrar al vestíbulo de la Zarzuela. Los "palpitadores" de las sensaciones teatrales con vistas

al escándalo llenaban literalmente la sala del popular coliseo. Los periódicos de la noche habían completado la información de sus primeras ediciones, en las que se contaba por lo menudo, el incidente del ensayo general, anunciando, en breves líneas, el debut de la ilustre desconocida designada a último momento para cubrir el claro de la Mendieta.

Transcurrieron los primeros números sin pena ni gloria, en medio de la nerviosidad de la sala que aguardaba, con una inquietud malsana, la aparición de Elena.

Y Elena apareció radiante de belleza. Aprisionaba sus carnes un "mallot" rosa que en su tensión hacía resaltar las formas armoniosas de un cuerpo estatuario de línea maravillosa. De sus hombros de Afrodita se desprendía una túnica de tul blanco muy sutil, bordado de "stras", que le llegaba hasta los tobillos finos, dejando al descubierto los diminutos pies de japonesa; los brazos en alto parecían las asas de un ánfora; y la rubia cabellera le caía como llovizna de ámbar sobre la espalda. Y con un valor y una audacia que eran simplemente inconsciencia, comenzó a cantar. No rozó una nota, no equivocó una palabra, no malogró un movimiento, no marró una actitud. ¡Resueltamente era la encarnación del milagro! Con la cadencia final estalló una ovación formidable, que tuvo interrumpido el espectáculo largo rato. Y así, de triunfo en triunfo, llegó Elena al cuadro de la Apoteosis, quedando consagrada

como una de las artistas más interesantes que habíamos visto y oído en Buenos Aires en los últimos tiempos. Yo soy muy sensible a esas emociones ajenas, que mi temperamento excesivamente efusivo hace propias, y no pude contener las lágrimas, cuando vi salir a Bermúdez y a su colaborador cogidos de las manos de Elena, diez, quince, veinte veces...

La Torralba se acercó a "Chicharito", que desplomado en el sillón sudaba tinta; y con ternura exquisita le pasó por la frente la toalla empapada de Colonia. Fué un momento silencioso que entrañaba la profunda emoción reconocida de la Torralba hacia aquella "fiera" que según las mentas se comía crudas a las tiples y a los coristas...

—"No es tan fiero el león como lo pintan; se ha portado usted como un héroe, "Chicharito" — le dije palmeándole los hombros. "Chicharito" permanecía inmóvil como si no me sintiera, desplomado en el butacón, apretando los párpados, sonriendo dolorosamente y enseñando los dientes negros que daban a su boca un aspecto siniestro.

—"¡Ay! chiquita, chiquita — murmuraba sin abrir los ojos; — ¡qué nochecilla me has hecho pasar...! Perdona que te tutee, pero me parece que te conozco de toda la vida...

Elena, siempre muy emocionada, con esa atracción que ejerce en nosotros la persona que ha compartido sinceramente un momento grave de nuestra existencia, de nuestro ensueño o de nues-

tra vanidad, puso sus dedos liliales, temblorosos, sobre la pelambre casposa de "Chicharito" y arrimó su boca a los labios del hombre que tuvo fe en ella... La Teruel no pudo evitar un gesto de asco. Yo comprendí muy bien el premio que otorgaba la Torralba, como si en la boca de aquel pobre diablo, brillaran perlas del más puro oriente. Y con ese beso comenzó la tragedía de "Chicharito".

Estoy asombrado, asombrado... No salgo de mi apoteosis... Me parece todo cuento de hadas, pesadilla de brujas... Milagro divino... ¡La hostia santa!... — decía insistentemente "Chicharito", mientras devoraba "una milanesa con patatas" que era su plato favorito y se echaba al coleto largos tragos de cerveza. Me acompañaban en la mesa, Elena Torralba, heroina de la noche, María Teruel causa inicial de aquel éxito, Bermúdez y su compañera de juventud, una mujercita tan linda como insignificante, que vivía con él desde las épocas inolvidables de las dificultades estudiantiles y del anonimato literario; el director de orquesta y el apuntador a quien yo había querido distinguir por la destreza admirable que desenvolviera desde su escondite para hacer hablar sin "baches" ni "furcios" a la Torralba.

Todos estábamos hechos trizas, menos Elena que con la mayor naturalidad afirmaba que volvería a repetir la jornada angustiosa en sus mínimos

detalles, sin reponer fuerzas. Tal la vitalidad física y la vibración nerviosa que la dominaba.

Con exquisita ternura, pasaba a "Chicharito" pedacitos de pan con manteca y le renovaba los "floreros" de cerveza. La madrileña que se había servido docena y media de ostras y bebido una botella de champaña, estaba como sumida en una suave somnolencia de boa.

—Yo creo que "Chicharito" y la Torralba acabarán en matrimonio... — murmuré al oído de la Teruel.

—¿Pero tú crees por ventura que Elena puede sentir amor por un pingajo semejante?

—¡Amor! ¿Quién habla de amor? Elena siente en estos instantes por "Chicharito" algo más fuerte que el amor; siente agradecimiento, una emoción fugaz e ingrata seguramente, pero que en el mundo del arte, donde solo se reconoce a quien contribuyó a satisfacer nuestras vanidades, o nuestros ensueños, determina por un momento uniones disparatadas que luego la realidad rectifica o la versatilidad hace olvidar, engendrando a veces tragedias irreparables... La modelo infeliz que se enamora del pintor anónimo y que luego es egoístamente abandonada cuando los cuadros del artista son disputados por los "marchands" y la gloria llega... Las cantantes, bailarinas o actrices que se entregan por agradecimiento, en la sinceridad de aquel minuto, al director de orquesta, al director escénico, al autor o al crítico que de pronto, por casualidad, como se rea-

lizan todos los grandes triunfos escénicos, les hizo ganar una vistoria difícil o insospechada, manejando la batuta, designándola para un papel o consagrándoles un artículo ditirámbico... La amorosa profesional y práctica que un día, acometida de zurrapas románticas se enamora por reconocimiento de su "valet" que la admira en silencio, o de su chófer que la salvó de una catástrofe... Sí, madrileña de mi alma, las mujeres que son tan egoístas como nosotros, nos aventajan en eso del agradecimiento... Y Elena, obsérvala bien, en este instante agradece desde el fondo de su alma los trotes que el pobre "Chicharito" se ha llevado para sacarla adelante...

—¡Calla, calla!... y no digas disparates... Eso que supones de Elena, no será...

—¿Por qué no? Aunque luego la victoria de "Chicharito", resulte como la de Pirro... ¿Tú sabes quien fué Pirro?

—¡Ni falta que me hace!... Anda... déjate de guasas, convídame con un "malacrino" y haz que traigan más café y licores.

—¿Guasas?... Fíjate en Bermúdez y en su compañera. Ahora que se lo disputan las mujeres de lujo, le da vergüenza exhibirse con la única mujer que lo ha querido sinceramente...

La reunión se tornaba ya aburrida por cansancio y resolvimos irnos a dormir. Bermúdez y su compañera fueron los primeros en despedirse; el jefe de orquesta se marchó con el apuntador en busca de su "cocodrilo" como llamaba a una ex-

tiple envejecida que ahora hacía "bolos" de característica por el bosque; la madrileña, Elena, "Chicharito y yo subimos a un automóvil. Estábamos muy cerca del taller de la Torralba y la descargamos a los breves instantes y en seguida nos dirigimos a la casa de Elena.

Había salido de allí la pobre, por la mañana, siendo una ilustre desconocida y retornaba a su humilde cuarto gloriosa y convertida en "la mujer del día".

—Yo no me acostaré hasta que voceen los periódicos de la mañana; ya te los enviaré todos. Elena. Ahora te conviene descansar — dijo "Chicharito".

Cuando llegamos a la casa de la calle Río Bamba, descendió primeramente "Chicharito" y luego Elena. Yo me quedé en el automóvil.

"Chicharito" abrió la puerta; y a través de los cristales del automóvil yo vi con cierto placer malsano que se daban un beso largo, de cinematógrafo...

Luego sonó un portazo y el hombrecillo pequeño de cabeza ratonil ocupó de nuevo su asiento, relamiéndose los labios.

—¿Dónde quiere Vd. que la deje, "Chicharito"?

—En "El Diván".

Al café de marras fuimos. "Chicharito" me dió un apretón de manos. Yo le vi marcharse con verdadera pena, presagiando la ya inevitable tragedia de pasión y muerte que se cernía sobre su cabeza...

"Chicharito" hizo el amor en serio y por todo lo alto a la Torralba. Vivía exclusivamente dedicado a la notoriedad de la ya gran tiple y se pasaba dando la "lata" en las redacciones de los periódicos, movilizando fotógrafos de revistas ilustradas, inventando entrevistas fantásticas, bloqueando con muy meditadas artimañas el camarín de "su diva".

Poco a poco Elena se fué acostumbrando a la presencia de aquel hombre y no resolvía nada, ni hacía nada, sin consultárselo. La misma Teruel había perdido terreno en las confidencias de la chiquilla y ni tan siquiera tuvo voz y voto cuando "Chicharito" la hizo mudar del cuartito de la calle Río Bamba a un hotel vecino al teatro. Con el pretexto de "prepararle repertorio", para la temporada de Montevideo, donde debería cambiarse muy a menudo el programa, le hizo llevar al hotel un piano alquilado; y alli se pasaba toda la mañana y toda la tarde, enseñándole romanzas, dúos y hasta adiestrándola en los bailables. Como ya no había ensayos, sólo se veía a "Chicharito" en el teatro a la hora del espectáculo, librando verdaderas tragedias mudas cada vez que llegaba al camarín de la Torralba una "corbeille" o una invitación. A mí mismo me rechazaba la muchacha alguno que otro convite si no cargábamos con "Chicharito". Jamás le gasté ninguna

broma, ni le hice ninguna reflexión respecto al posible entendido sentimental de ella con su maestro, hasta que los acontecimientos se precipitaron en la forma siguiente:

Una noche se me acercó "Chicharito" en el café del teatro, con talante de confidente de melodrama y me habló así:

—Don Enrique — me dijo mordiendo un terrible "toscano", — no creo contarle a usted nada que su perspicacia no haya adivinado. Adoro a Elena desesperadamente, ansiosamente y ella... no lo tome usted a jactancia, que en materia de amores yo no tengo ninguna, también me adora. Yo soy joven, trabajador, siento una fe inmensa en mí; ella también es joven y en el arte es dueña de un inverosímil porvenir... Juntos triunfamos en noche memorable; yo la saqué de pila, como quien dice... y usted fué su padrino... ¡Bien!: deseo don Enrique que sea usted depositario de un secreto a corto plazo. Elena y yo vamos a casarnos. No queremos lanzar el notición hasta que Elena amarre bien a la empresa que aun no ha resuelto definitivamente la cuestión sueldo. Si esta gente a la que tanto quiero y debo, no marca el paso, me llevaré a España a Elena donde triunfará y quitará muchos moños... Yo lo sentiré grandemente, pero el porvenir artístico y financiero de Elena está por encima de todo. ¿Qué le parece a usted?

A la espera de conversar a solas con Elena, me limité simplamente a responderle que me parecía

muy bien; que harían una pareja ideal, un matrimonio de artistas muy simpáticos y cerré la consulta con cuatro lugares comunes de augurios por su felicidad. Al estrecharme, muy conmovido, "Chicharito" la mano, me dijo: "Quiero que sea usted nuestro padrino de boda", y se marchó sin aguardar mi respuesta.

Yo me dirigí al escenario y al pasar por el cuarto de Elena, oí que con acento feroz le decía la Teruel:

—¡Hemos terminado y no te acuerdes más que me has conocido ni que gracias a mí estás donde estás. ¡Mañana te mandaré la cuenta de todos los trajes que me debes a ver si ese pianista de café te los paga! ¡Idiota! ¡Más que idiota! — y salió por estampía rumbo a la calle.

Comprendí que Elena acababa de hacer a su protectora la misma confidencia que me había hecho "Chicharito" en el café, y, al entrar al camarín, vi que la muchacha había llorado, porque el "rimel" de las pestañas le corría por las mejillas.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Por qué ha reñido contigo la madrileña que tanto te quiere?

—¡Ay, don Enrique!... ¡Cosas que pasan!... Cosas que nadie comprende... ni yo misma... Pero no se quede usted de pie... Siéntese...

Mientras yo me sentaba, Elena cerró la puerta con llave y desplomándose en el sofá me preguntó:

—¿Ha hablado con usted "Chicharito"?

—Sí; acaba de darme la noticia despampanante de vuestro casamiento.

—¿Despampanante, por qué?

—Porque me parece un disparate.

—¿Se lo ha dicho usted así a él?

—A él no, porque nada me importa de su futuro; pero a ti sí te digo redondamente que me parece un soberano, un monumental disparate, aun cuando estuvieras apasionada... cosa que me resulta imposible... ¿Para qué quieres casarte? Una mujer de teatro no debe casarse nunca sino para irse a su casa. Todo matrimonio de artistas resulta desigual, a la larga o a la corta. Uno de los dos es adversario del otro por vanidad o por celos... Y en este caso la desigualdad artística es inaudita y no tendría, ni asentada en el cariño más ardoroso, un contrapeso nunca. El platillo de tu balanza estaría siempre abajo.

—"Chicharito" es muy inteligente... muy artista.

—¡Artista!... ¡Inteligente!... ¡Pamplinas! Notoriedad hijita, notoriedad es lo que prima en este circo romano del teatro... Y la notoriedad del pobre "Chicharito" ha dado ya todo lo que debía dar... ¿Es un compositor que el día de mañana pueda enorgullecerte con una página gloriosa, con una melodía que cante todo el mundo?... ¿Es un gran conductor de orquesta? ¿Es un genial director escénico capaz de inventar formas nuevas?... "Chicharito" es un pobre pianis-

ta, muy trabajador, muy diestro, si tú quieres, una rata de teatro; pero no pasa de ahí... ni pasará jamás de ahí... En cambio tú estás llamada a los más grandes destinos; por tu belleza, por tu talento, por tu "ángel" arrebatarás durante mucho tiempo a los públicos; tendrás adoradores... serás "tú" siempre... ¿Y qué harías en el futuro glorioso y suntuoso que te aguarda, al lado de ese hombre impresentable por su físico, injustificable por su falta de categoría artística frente a ti y a los que te adorarán? ¿Qué harías, chiquilla, soportando todas las horas del día y de la noche a este desdichado a quien verías siempre en un plano inferior al de los demás hombres importantes que fatalmente se disputarán el logro de tu belleza? Pon la puntería más alto, mira más lejos; la vida no es tan corta como creemos, sobre todo cuando malogramos el destino de la vida íntima de todas las horas... Te hablo desinteresadamente, con la sinceridad y el cariño amistoso que me inspiras. Reflexiona, chiquita... No te cases... ni con "Chicharito" ni con nadie, si quieres seguir siendo cómica triunfadora...

—Yo creo que usted exagera mi futuro artístico... Usted lo convierte todo en fantástico, según su frase habitual.

—Piensa lo que te dé la gana. He cumplido con mi deber al aconsejarte.

—¡Es que ha sido tan bueno, "Chicharito", conmigo! Me quiere en una forma extraordina-

ria... Medite usted que a mí no me ha querido nunca nadie...

—¡Pero si acabas de nacer... chiquilla! No te apures, que ya te adorarán... Tienes todo lo necesario para que los hombres se mueran por ti...

—¡Oh!... ¡no exagere usted!...

—Me precio de augur en estas cosas. Destruirás cuantos corazones te venga en gana...

Hubo una larga pausa, en la que Elena y yo nos miramos fijamente. Luego arriesgué la última reflexión preguntándole:

—¿Y tú para qué quieres casarte? ¿Qué falta hace que te cases para agradecerle a "Chicharito" lo mucho que se ha desvivido por ti? No te eches el dogal del matrimonio... Dispón de tu vida y de tu libertad... Quiérele sin casamiento hasta que la realidad te haga ver los sinsabores de compartir la existencia íntima con un ser inferior; "Chicharito" fué una fuerza impulsora de tu primer éxito, pero no puede ser el vigilante tuyo de todos los días, por incompatibilidad física, por falta de categoría artística y por carencia absoluta de medios para costear tus gustos y caprichos, que aun hoy son una nebulosa, pero que mañana serán una constelación... Págale a "Chicharito con tus caricias de amante, pero no con tu esclavitud de esposa...

En ese momento golpearon en la puerta.

—¿Quién? — dijo Elena.

—¡Yo!

Aquel "yo" único, dominante, era lanzado por

"Chicharito", y ponía el sello de la absoluta posesión del camarín y de su ocupante.

Abrió la puerta Elena, y "Chicharito", algo amoscado por el encierro nuestro, la reconvino "porque perdía el tiempo en conversaciones inútiles".

—No le permito, "Chicharito", que se exprese usted en ese tono — agregué yo. — Y, además, le advierto que era yo el que conversaba de cosas que pueden ser inútiles para usted, pero no para Elena, que es la dueña de este cuarto...

—¡Hombre!... no se ponga usted así... Es que vamos a empezar, y como a ésta se le pasea el alma por el cuerpo...

—Buenas noches, Elena...

—No se marche usted así... don Enrique, no se enfade usted conmigo.

No volví a pisar el teatro ni a ver a Elena ni a "Chicharito" en muchos días. Pero al atardecer del día en que se marchaba la compañía a Montevideo. Elena vino a mi casa a decirme adiós. Conversamos breves instante. Me reiteró categóricamente el propósito de casarse con "Chicharito" después de su "debut" en Montevideo. "Ya no podía volverse atrás... Era un compromiso superior a ella misma..."

—¿Pero, le quieres realmente?

—No sé... es decir... sí... Y, además, me

sentiría desamparada, a pesar de mi éxito, si ese hombre me faltara... Lo necesito...

—¿Para qué?

—No lo sé... es una sugestión... lo que a usted le parezca... pero es inevitable.

—¿Y la Teruel qué dice?

—La Teruel se ha negado hasta a hablar conmigo cuando fuí a pagarle la cuenta que le debía. Sabrá usted que recibí un importante adelanto. Se ha portado muy bien la empresa. Todo gracias a las gestiones de "Chicharito" que ha sabido imponerme.

Y con una ingenuidad encantadora, agregaba:

—Vamos en muy buenas condiciones; llevamos entre los dos, dos mil quinientos pesos...

—¿Entre los dos?

—Sí; ¿no vé usted que como ya la empresa sabe que nos casamos ha hecho de los sueldos, uno solo?...

—¿Pero en realidad, a ti sola, cuánto te pensaban dar?

—Dos mil...

—¿Ves?... Ya empieza el desnivel de la balanza.

—No habrá tal desnivel, porque lo suyo es ya mío y lo mío de los dos.

Guardamos un largo silencio. Elena permanecía sentada junto a mi mesa de trabajo, enredando y desenredando el cordón de su bolso suntuoso. Estaba elegantísima y estupendamente embellecida por la felicidad de su éxito.

Rompí el silencio preguntándole:

—¿Y sabe "Chicharito" que has venido a despedirte de mí?

—¡Claro está!

—¿Y por qué no ha venido él contigo?

—Como la última vez que estuvo usted en mi cuarto, se puso usted tan sulfurado... Pero el pobre le quiere mucho y me ha pedido que insista con usted para que sea nuestro padrino de boda.

—Después de la sinceridad con que te hablé la última vez que nos vimos, me extraña que insistas en eso, Elena.

—Aunque me niegue usted su padrinazgo, ¿verdad que será usted siempre mi amigo?

—¡Siempre, Elena!

—Le quiero a usted mucho, muchísimo.

—Y yo también...

—Además le estoy muy agradecida... ¡Jamás podré olvidarle! Y en cualquier trance difícil de mi vida, esté yo donde esté, acudiré en procura de sus sentimientos amistosos! ¡Adiós!

Nos pusimos de pie y al alargarle la mano, me dijo con acento conmovido:

—¡La mano, no... los brazos!

Retuve breves instantes, conmovido yo también entre mis brazos a Elena y sin soltarme de su cintura la acompañé hasta el automóvil. Antes que partiera, sentí pena de no despedirme de "Chicharito" y le grité: "A bordo nos volveremos a ver. Quiero decirle adiós a "Chicharito".

Por la cara de Elena se desparramó una sonrisa

de júbilo y llevando su mano enguantada a los labios, me tiró un beso.

A excepción hecha de algunas crónicas periodísticas a propósito de la actuación de la compañía, en el Solís de Montevideo, yo no supe nada directamente, de Elena y de "Chicharito"

Por la Teruel, que tenía perfectamente armado un servicio de espionaje entre las tiples anodinas envidiosas del éxito que alcanzara Elena en Buenos Aires, supe que el público del Solís no se había entusiasmado ni poco ni mucho, con Elena. Constantemente me hablaba la Teruel, por teléfono, para leerme párrafos de cartas procaces en las que ponían sus "compañeras" como digan dueñas, a la triunfadora de "Cosmópolis". También se holgaba mucho la Teruel en enviarme recortes de algunos periódicos zumbones que "titeaban" a la Torralba y al pobre "Chicharito".

Una mañana — como lo hacía cada vez que recibía carta de Montevideo — me habló por teléfono la Teruel para decirme:

—¡Chiquillo, qué fracaso! Cuentan mis amigas que casi han meneado en "Pepe Gallardo" a Elena. ¡Cuánto me alegro! Se creía la muy levantisca y la muy ingratona que podía caminar sin andadores... Creo que no le van a renovar el contrato para Buenos Aires... lo que quiere decir que el sinvergüenza de "Chicharito" no insistirá

en sus pretenciones interesadas de matrimonio. ¿Deseas que te mande la carta y los recortes que poen como hojas de perejil a nuestra protegida?

—No, mujer... Me basta con lo que me cuentas.

A los tres días, leyendo los periódicos de la noche, que transcribían crónicas uruguayas, sentí verdadera pena al enterarme que Elena Torralba se había separado de la compañía por no arriesgarse a cantar con un solo ensayo, "La Viejecita".

Entonces fuí yo quien llamó por teléfono a la Teruel. Ella también lo había leído y afirmaba con frases altisonantes de odio, que se alegraba muchísimo. ¿Qué haría Elena? ¿Qué actitud habría asumido "Chicharito"? Probablemente el pobre, en su desborde admirativo, había forzado la máquina y en confabulación con el empresario sórdido, había matado inconscientemente la gallina de los huevos de oro...

Dos días después de esta noticia periodística recibí una carta de Elena concebida en los siguientes términos:

"Mi inolvidable amigo: Sabrá usted ya por los " diarios que "troné" con mi empresa. La invero- " símil suerte de Buenos Aires no me acompañó " aquí, no por culpa de mis condiciones, ni por " severidad del público sino porque pretendieron " que encerrase el océano en una botella. He re- " presentado en dos meses catorce obras que se " las sabía mejor el público que yo. ¿Cree usted po- " sible que ese esfuerzo repetido pudiera benefi-

" ciar a alguien? En vano hacía constantemente
" reflexiones a la empresa, que con una impiedad
" sin nombre me mandaba todas las noches al
" "matadero". En vano el director de orquesta,
" que es un excelente amigo, se ponía de mi par-
" te; en vano "Chicharito" intentaba imponerse
" exigiendo mayor cantidad de ensayos... El lu-
" nes mi situación hizo crisis, y en la prueba ge-
" neral de "La Viejecita", que se sabían de ca-
" rretilla todos mis compañeros, yo fracasé. Tenía
" que optar por hacer la obra de cualquier mane-
" ra esa noche, o dejar sin efecto mi contrato.
" Aterrada por el recuerdo amarguísimo de la no-
" che de "Pepe Gallardo", resolví separarme de la
" compañía. "Chicharito" y el director han hecho
" causa común conmigo y también se han sepa-
" rado. Creo que nos iremos al Brasil formando
" parte de una compañía de opereta en español.
" Si se arregla lo del Brasil, nos casaremos aquí
" "Chicharito" y yo. Estoy atribulada, pero no
" he perdido mi fe en el porvenir, por más que
no lo vea tan de color de rosa como usted me lo
" predijo con su frondosidad imaginativa... Ca-
" da día le debo mayores consideraciones a "Chi-
" charito". ¡Qué habría sido de mí en esta "co-
" mida de fieras", sin la ayuda, la energía y la fe
" de "Chicarito"! También le debo mucho al di-
" rector. Pero los dos y yo hemos sucumbido ante
" la serie de intereses creados y de envidias fero-
" ces. Ya le tendré al tanto de todo y constante-

" mente le recordaré en la buena y en la mala
" fortuna. Le abraza su amiga de corazón
Elena Torralba."

Pocos días después, recibí una cartulina impresa que decía: "Elena Torralba y Celedonio Cantalapiedra y Más, participan a usted su efectuado enlace en Montevideo". ¡Celedonio Cantalapiedra y Más! Por esa cartulina me enteré del verdadero nombre de Chicharito.

La "pareja feliz" que partió efectivamente para Río de Janeiro, me envió un telegrama de despedida, al que yo contesté haciendo voto augural por sus triunfos en el amor y en el arte.

Han transcurrido tres años. En ese tiempo Elena Torralba recorrió Méjico, la isla de Cuba y la América Central, triunfando siempre como "soubrette" de las operetas vienesas más en boga. Se arriesgó a confirmar sus triunfos americanos, disputando la alternativa de "estrella" en Madrid, donde los ecos de su fama habían llegado y también triunfó plenamente.

Durante los tres años, apenas me mandó Elena alguna que otra postal, alguno que otro recorte periodístico.

Un buen día, me entero que la compañía de opereta de la que es "estrella" Elena Torralba, se ha embarcado para Buenos Aires. Las carteleras de las principales calles se llenan de "affiches" con los retratos de Elena, que efectivamente aparece estupenda, en la plenitud de su belleza rubia,

en la inefable expresión de sus pupilas luminosas color de ajenjo.

Apenas llegada la compañía a Montevideo, recibí un cariñoso telegrama de salutación firmado por Elena. ¿Vendría sola? ¿Se habría separado de "Chicharito"?

Me fué imposible averiguar en qué hotel se alojaban y entonces resolví ir al teatro a saludarles. Tampoco les encontré. Supe que a la noche había reunión de compañía y después de cenar me encaminé al "San Martín". En el pasadizo de la antigua calle Cuyo, que por aquel entonces comunicaba con el escenario, tropecé con "Chicharito", quien me abrazó muy efusivamente.

—¿Y Elena?

—¡Muy bien!... Ahora vendrá. Ha tenido compromiso de ir a comer con unos diplomáticos chilenos, compañeros de viaje. Pero no puede tardar... Pase don Enrique... ¡Qué alegría, volverle a ver!

Confronté que "Chicharito" estaba esquelético, mal trajeado como antes de irse de Buenos Aires, con la barba crecida y los zapatos sin lustrar. Nos metimos en uno de los cuartos linderos a la secretaría y allí nos hicimos traer café y licores. "Chicharito" extrajo de una petaca mugrienta un soberbio habano que me ofreció diciendo:

—Son deliciosos... Se llaman Torralba... En la anilla está el retrato de ella... ¡Véala usted!... Cosas, chifladuras, entusiasmos de un veguero

multimillonario que perdió la chaveta por Elena... Ya le enviará a usted Elena algunas cajas especiales...

—Y Elena, ¿muy bien de facultades?

—De facultades, muy bien... Pero de carácter imposible... Elena no es la Elena de antes... Se le han subido los triunfos a la cabeza... Ya hablaremos don Enrique, más despacio... Tengo que contarle muchas cosas... muchísimas... Estoy pasando las "morás"...

En esto vimos atravesar a Elena. Yo corrí a saludarla. Ella me estrechó en sus brazos efusivamente. Luego dijo muy nerviosa:

—Creo que llego retrasada... y cuenta que he interrumpido mi cena. No se marche usted... Después del ensayo charlaremos...

—No... imposible quedarme... Mañana nos reuniremos...

—¿Quiere usted que almorcemos juntos? Sí... No me diga que no... Mañana a las 12 le espero. Estoy en el Plaza. — Y corrió al escenario.

"Chicharito" salió conmigo a la calle.

—¿Y usted no tiene que hacer? Por mí no se incomode "Chicharito".

—¡No!... Yo no tengo nada que hacer.

—¿Cómo? Usted no forma parte de la compañía?

—Yo ya no toco ningún pito, amigo mío... Yo ya no soy nada; no soy nadie... ¿No le dije a usted que tenía que contarle muchísimas cosas? ¿Va usted de prisa?

—Voy hasta el periódico, a corregir unas pruebas, pero en seguida podemos charlar.

—Le acompaño.

El hombrecillo no quiso subir y me aguardó en la puerta. Una vez que yo hube corregido mis pruebas, cogí a "Chicharito" por el brazo y le dije:

—Hace una noche de otoño, divina; ¿qué le parece a usted que tomáramos un auto y nos fuéramos a pasear por Palermo? ¡Siempre que usted no tuviera que ir pronto al ensayo!

—¿Pero no le he dicho a usted que yo ya no toco ningún pito? Además, Elena me ha prohibido que entre al escenario mientras ella ensaya.

Hice parar un auto y le dije al "chófer": "Por la Avenida Alvear..."

Y el pobre "Chicharito", dando chupadas a un "Torralba" comenzó a referirme así su tragedia matrimonial:

Pasamos en Río de Janeiro una luna de miel deliciosa. Era la vida absoluta ofreciéndose entera a mis ansias... Elena gustó mucho en Río, como en todas partes... Es la reina de la opereta, créamelo usted... ¡la reina! Salimos de Río, rumbo a la Habana, completamente atortolados. Yo me sentía más feliz que Dios... Pero todo fué pasar la línea y dárseme vuelta la suerte. Elena cambió de carácter. De locuaz y dicharachera se tornó taciturna, melancólica...

"Parecía como si librara un drama interior que yo en vano trataba de desentrañar. Si me le acercaba, me pedía que la dejase sola; si la acariciaba, apartaba discretamente mis manos, sin proferir palabra alguna, pero marcando un gesto de disgusto que en vano trataba de disimular. Pensé que echaba de menos a algunos de los admiradores de Río, por más que nunca la noté especialmente inclinada a alguien... Yo me consolaba jugando interminables partidas de damas, o visitando a los compañeros de segunda. Una noche de mucho calor, pretextó que se ahogaba en el camarote y se quedó en cubierta, echada en su silla de lona. Quise brindarle compañía y me dijo que la dejara en paz y que lo mejor que podía hacer era irme a la cama. Participé de mi inquietud y de mi incertidumbre al director de orquesta que era y sigue siendo un buen amigo mío. Y el hombre, con frases muy sentidas, me consoló diciéndome que aquéllo no era más que un ataque de nervios producido por el pase de la línea...

"Al día siguiente hubo fiesta a bordo. Elena llenaba casi todo el programa del concierto. La acompañé al piano varias canciones. Pero cuando iba a empezar el baile desapareció... Yo la busqué angustiado en cubierta, en los otros salones, en el comedor. Alguien me orientó diciéndome que había subido a la toldilla de los oficiales.

"Trepé la escalera que conducía al camarote de la telegrafía sin hilos y la sorpendí en el momento que furtivamente entregaba al oficial en-

cargado de los despachos, un papel. Avancé colérico; le exigí que me explicase a quién telegrafiaba; quise arrebatarle el papel y sólo pude quedarme con un pedazo entre mis dedos crispados... El otro pedazo lo tiró por la borda al mar...

"—No lo leas!... ¡No lo leas! — me gritaba con voz enronquecida por la emoción de la sorpresa, siguiéndome por la escalerilla.

"Yo salté como un gamo y me perdí en el dédalo de los camarotes especiales... Y allí... ¡no sé cómo estoy vivo!... allí leí: "sin olvidarte. El alma entera de tu Lena"... Así... en apócope... "Lena"... ¿Quién era el miserable que acababa de arrebatarme la felicidad? El nombre de ese canalla había volado, en el otro pedazo del despacho, al mar... Ni aun hoy, que ya no tiene secretos para sus veleidades amorosas, he podido averiguar quién fué.. quién es... ese canalla..."

—¿Dice usted que ya no tiene Elena secretos para sus veleidades amorosas?

—Es una perdida.

—¡"Chicharito"!

—Quema mis labios la palabra, pero no hay otra que sintetice ni exprese en forma rotunda lo que ella es... Yo no soy un consentido, don Enrique; yo no soy más que un corazón apasionado, una vanidad de varón ultrajada, y un cerebro enloquecido capaz de las mayores enormidades... Después del incidente del radiograma me obligó a que no pisase el camarote ni para dormir. Fuí un cobarde, como lo siguo siendo. ¡Un cobarde!...

¡Pero la adoraba tanto! ¡La adoro tanto!... Ya se imaginará usted en qué estado de espíritu desembarqué en la Habana. De ofendido, me convertí en culpable... sí, como lo oye usted... Y hube de pedirle perdón por haberla sorprendido en flagrante delito de engaño... Para sellar las paces, me exigió una infinidad de condiciones...

"—Tú, me dijo apenas instalados en el hotel, no te das cuenta del ridículo constante en que me pones y te pones con tus celos.

"Substraes las tarjetas de los ramos de flores para que yo no sepa quién me los ha enviado y no pueda dar las gracias... Si nos invitan a cenar, vas como al patíbulo y amargas las veladas... Si un hombre ocupa dos veces seguidas un palco proscenio, te pones a vigilarlo, a seguirle los gestos, las sonrisas... los aplausos... Y todos huyen de mi camarín...

"—Es que algunos se olvidan de que en ese camarín hay un marido.

"—Lo que hay es un majadero, un idiota que se olvida que su mujer es tiple...

"—Pues que la jaleen y la admiren desde el público.

"—¡No les basta! ¡No les da la gana! ¡Y a mí tampoco me da la gana! ¿Lo entiendes? Yo te quiero mucho; pero no me martirices con tus celos porque lo único que ganarás es que te odie... Y si no te las guillas y me dejas en paz... Vuelve a ser maestro de coros si no sabes ser marido de tiple."

"Yo, francamente, don Enrique, no salía de mi apoteosis ante aquel cambio de moral y de procedimientos, ante aquel cinismo, ante aquella impudicia. Pero pudo más mi pasión y me arrojé a sus pies llorando... Me cogió las manos y con voz llena de ternura me dijo: "Ven... levántate... no seas loco... no llores... si te quiero mucho..." Yo sucumbí al contacto de sus manos de seda, y escondí mi cabeza en su falda sollozando desesperadamente y pidiéndole perdón... ¿Perdón de qué? ¿De querer ser un marido decente? ¡Oh!... ¡Qué cosa complicada, indescifrable, incomprensible, es el corazón cuando empieza a perder la dignidad y no sabe suprimir las ansias nefandas de los celos!... ¿A qué contarle a usted mi odisea a través de Cuba, de Méjico y de la América Central; a qué referirle a usted las veces que Elena me engañó.. y encima me exigió que le pidiese perdón?

—¿Y usted?

—Yo... ¡qué espanto!... la perdonaba... porque no tenía valor para irme, ni fuerzas para matarla... ni arrestos para matarme...

"En Méjico, poco antes de embarcarnos rumbo a España, hubimos de separarnos definitivamente. Me contraté de pianista para una casa de fonógrafos en los Angeles... Pero al despedirnos, se armó allí una llorera tremebunda, nos enrostramos mutuos agravios... se confundieron nuestras manos y me hundí otra vez en la charca...

"Llegamos a España en un atortolamiento

igualísimo al de Montevideo. Hasta su "debut" en Madrid, no tuve quejas de ella. "¡Eres mi mascota.. mi "porte-bonheur", "Chicharito", y yo te quiero, y en la vida y en la muerte han de estar siempre unidos nuestros corazones por encima de todas las miserias humanas."' Debutó... y para qué contarle... Me engañó con varios admiradores de calidad y de dinero que concurrían al teatro...

"Un día me resolví a cortar por lo sano y me separé definitivamente de Elena. Sin siquiera llevarme una maleta del hotel, me instalé en una casa de huéspedes y me contraté de pianista en un café, por cinco pesetas al día y una comida —muy buena por cierto — a las ocho de la noche. El "concertino" del teatro me anunció que se estaba preparando la excursión a Buenos Aires, pero que el empresario tenía sus dudas respecto al posible embarco de la Torralba. "¿Por qué? ¿Qué puede retenerla aquí?" "Tú", me respondió el "concertino". "Aseguran que tú te vas a oponer a darle el permiso que, como esposa tuya, necesita para salir de España." Yo no respondía nada. ¿Era el "concertino" simplemente un explorador de ella o de la empresa para averiguar mi actitud futura? Guardé discreto silencio y esa misma noche inquirí datos respecto a la posibilidad de esa prohibición, consultando a un abogado concurrente asiduo al café. Este me aseguró que estaba en mi perfecto derecho de retener a mi mujer en España y que no podría embarcarse sin

previo permiso mío. Mascullé la pequeña venganza y, aunque repugnado — porque yo soy un caballero, don Enrique, — le escribí a Elena una carta concebida poco más o menos en estos términos: "Habiéndome marchado de tu lado sin llevarme tan siquiera un par de medias, y necesitando mis papeles, te ruego que me envíes, a la brevedad posible, Hartaleza 6, segundo derecha, mi pasaporte, mi cédula policial y la libreta de casamiento." ¡Se armó la tremolina padre en el teatro así que Elena enseñó la carta al empresario! Sin ella no había posibilidad de negocio en Buenos Aires. Y Elena, que sabía que yo me había marchado sin una peseta y sin gabán en una noche de nieve y ventisca, me escribió una carta impregnada de ternura, de zalamerías y de recuerdos, para rogarme que fuera inmediatamente al hotel, donde sus labios me esperaban ansiosos... ¡Y yo fuí tan infeliz que más tardé en recibir la carta que en ir volando al hotel! Se armó la escena de siempre. ¡Yo era un miserable que la había abandonado! Que si por mí fuera, ya estaría tirada en el arroyo... Que queriéndome tanto como me quería, era incomprensible, inuadito, criminal, que la hubiera abandonado... ¡En fin! ¿Qué le voy a usted a contar?... ¡La catástrofe, don Enrique, la catástrofe!... Volvimos a hacer las paces... Se armó el tinglado para América... Nos metimos, atortolados, en el "sliping" de Barcelona, nos embarcamos en el "Mafalda"... Y ¡para qué le voy a usted a contar lo que pasó en el "Ma-

falda"! Trajo de coronilla a todo el mundo y especialmente a esos diplomáticos chilenos con quienes ha comido esta noche... ¡Ahí tiene usted, monda y lironda, la historia de mis amores y de mi vilipendio!"

El pobre "Chicharito", que creía haberme contado algo imprevisto por mí, se echó a llorar con hipo histérico, mientras mordía el puro adornado con la anilla que lucía el retrato de su mujer...

—¡Pero yo la voy a matar! ¡Sí!... ¡sí!... ¡sí!... ¡Yo la voy a estrangular!...

—No hable de cosas que no hará usted...

—¡La mataré!... ¡La mataré!...

Ya estábamos cerca de Olivos, y ordené al chofer que retornase a la ciudad. Consolar, aconsejar, eran cosas absolutamente inútiles. Incitarlo al crimen protestando de las "infamias de Elena", me resultaba injusto; aconsejarle con cuatro lugares comunes que se marchara y no volviera nunca más a verla era cruel; ensayar un curso de filosofía pancista y cínica para que aceptase su situación, se me antojaba repugnante... Me limité simplemente a palmearlo y a decirle si me autorizaba a que hablase con Elena del asunto y que estaba en absoluto a sus órdenes.

—¿Dónde quiere usted que le deje, "Chicharito"?

—En el Plaza.

—¡Ah! ¿Pero vive usted también en el Plaza?

—¡Cómo ha de ser! Aunque en departamento por separado... Pero a muy corto plazo, porque

no estoy dispuesto a que esta situación de vilipendio continúe... ¡Yo soy muy desdichado, pero soy también un caballero!

Suponiendo que Elena tendría ensayos generales para el debut, no quise que por mi retrasara el almuerzo, y, precipitando todas las obligaciones matinales, llegué al Plaza a las doce en punto. Así que anunció el telefonista de la portería mi presencia, dieron órdenes de que subiera; y apenas salido del ascensor vino a recibirme una mujer muy agradable, que, con acento catalán, me dijo: "La señora se ha acostado casi de día; volvió del teatro muy fatigada y por eso aun permanece en cama; pero me ordenó que así que llegase usted la despertase. Pase usted al saloncito... Siéntese..."

—No la moleste...

—¡Oh!... Bonita se pondría conmigo si le dejase a usted marchar.

—Le he sentido a usted... Estoy despierta... No se quede ahí... ¡Entre! — exclamó Elena con voz adormilada, apenas abrió la puerta del dormitorio la catalana. Yo avancé, desorientado, a tientas por el cuarto que permanecía en tinieblas, mientras la doncella se puso a descorrer las maderas del balcón. Cuando entró la luz magnífica de uno de esos mediodías de otoño en Buenos Aires, estaba aún yo encandilado. Elena, incorporándose entre los almohadones de dubet, me dijo: "Perdone usted que le reciba así... Pero

volví tan tarde del teatro y tan rendida... Acérquese..."

Podía tranquilamente Elena arriesgar su exhibición matinal por sorpresa, pues estaba bellísima, fresca, incitante, con su cara de cutis terso, su cabellera de oro y sus labios de brasa. Una de las cintas del camisón se le había desprendido y dejaba al descubierto la parte más deliciosa de sus hombros de nácar. La atmósfera tibia del cuarto, impregnada de un suave "odor di fémina", se complicó con el penetrante perfume de una canastilla de violetas que entró la camarera, diciendo: "De parte del señor Fuensalas. Y esta carta también".

Elena rasgó el sobre, leyó el papel con displicencia, y, después de arrojarlo en la mesilla, murmuró: "Dígale usted que está bien; que suba dentro de media hora".

Y dirigiéndose a mí añadió: "Es uno de los amigos chilenos que conocí a bordo. Gente muy fina y muy gentil estos chilenos... Se marchan mañana a su país..." Y acurrucándose entre el edredón con movimiento de gata mimosa, me preguntó: "¿Hace frío? Yo estoy helada... ¿Cómo me encuentra? ¿He cambiado mucho en estos tres años?"

—Te encuentro bellísima... Y aquí no hay trampa ni cartón...

—Usted dirá que soy la más ingrata, la más desagradecida de sus amigas por no haberle escrito... ¡Oh!... las veces que le he recordado! Fué usted para mí el oráculo de Delfos... ¡Por

qué cometería yo la tontería de casarme!... En cuestiones de amor o... como usted quiera llamarle, las locuras son siempres disculpables; las tonterías jamás... Ya le tomará a usted "Chicharito" de confidente... ¡Prepárese usted a oír enormidades!

—Me ha contado anoche algunas.

—¿Anoche?

—Sí; salimos juntos del teatro cuando tú te metiste en el escenario. ¿No te dijo que habíamos paseado por Palermo?

—Aun no ha venido a saludarme, y como, cuando llegué esta madrugada al hotel, hacía mucho rato que el pobre se había acostado...

—¡Todavía no alcanzo a comprender el porqué de aquella obstinación tuya en casarte con "Chicharito"!

—Porque le quería... porque le quiero... ¡Sí!... No se ría usted sardónicamente... le quiero mucho; y, además, le estoy muy agradecida. ¡Oh!, si en el fondo de mi corazón no guardase cariño para él, ¿cree usted que ya no lo habría abandonado definitivamente?

—Quizá lo que tú crees cariño no sea más que lástima... remordimientos de conciencia...

—No, señor; cariño.

—¿Cómo hemos de tener cariño a quien engañamos?

—En primer lugar, yo no lo engaño.

—Cierto... ya me ha dicho que no haces nada de "ocultis".

—Ahora, si afirmase yo que le amaba, mentiría... Mi sentimiento hacia él, la ternura que en ciertos momentos me inspira, no tiene nada que ver con el trato íntimo, y ustedes los hombres todo lo reducen a eso... No saben sentirse queridos sino en la posesión egoísta, absoluta de la mujer. Y eso es un simple detalle que no tiene mayor importancia... ¡Cuántos hombres que han corrido conmigo una aventura habrían ambicionado que yo los hubiera querido con la emoción sincera que quiero a "Chicharito"!... Si él estuviera absolutamente seguro de que no se inferioriza ante mí y que, además, nadie lo sabía, viviría tan feliz y campante... Pero padece la obsesión de la vanidad varonil "vilipendiada", como dice marcando mucha la "ve", y se preocupa de lo que pensarán de él los idiotas que me cortejan, o los "compañeros" del teatro, que me odian...

—Me resultas desconcertante.. Y si lo quieres tan sinceramente, ¿por qué no convives con él, por qué le has prohibido que entre en el escenario?

—En bien de él y por comodidad mía y de los que me visitan. No hay nada más ridículo que la presencia de un pobre marido de tiple célebre en el escenario... ni nada más violento para un cortejante...

—¿Y por cuestiones de interese no habéis reñido nunca?

—Jamás. Yo soy la que cobra, la que guarda, la que gasta, la que paga... Ni cuando hemos reñido para irnos cada uno por su lado, abordó el tema de la separación de bienes... Al marcharse prefería empeñar el reloj antes que mandarme pedir dinero o recibir el que yo quería enviarle.

Elena se incorporó de pronto y se puso a gritar:

—¡Margarita! ¡Margarita!

La catalana entró a pedir órdenes.

—Prepárame el baño... Ande usted, Enrique, siéntese en el saloncito un momento. Pida usted un coctel... En cinco minutos estaré lista. Entreténgase usted en ver mi colección de retratos; y elija los que le gusten. Almorzaremos aquí arriba. No pienso ir al teatro hasta la noche...

—Pero tu has citado a alguien para dentro de media hora... Supongo que no me obligarás a almorzar con gente que no conozco.

—No se preocupe usted... Almorzaremos solitos los dos... ¡Qué hombres!... ¡Qué hombres más egoístas!...

Habíamos comenzado a almorzar cuando tocaron con los nudillos en la puerta del saloncito.

—¡Adelante! — dijo Elena. Y entró un hombre barbudo, de nariz aguileña y ojos muy negros. Al sacarse el sombrero lució una cabeza pelada y lustrosa. Me aterré creyendo que aquel recién lle-

gado era el amante de turno, el chileno de la carta y de las flores...

—¿Trae usted eso?

—Sí, señora. Pero el señor Fuensalas ha preferido que usted optase entre el collar o las piedras sueltas... Véalas usted... — Y extrayendo del bolsillo del gabán un pedazo de terciopelo negro lo extendió en la mesa, y, luego de sacar de otro bolsillo una cartera de badana, fué colocando en hilera hasta doce solitarios estupendos y un collar de perlas con el broche formado por un berilo magnífico... Elena fijaba sus ojos color ajenjo, que echaban chispas como los solitarios y el berilo, sobre la exposición de piedras preciosas. El hombre de la nariz grande, en su afán de que Elena comprobase que dentro no había ni resquicios de carbón, le alcanzó la lupa...

—Observe usted bien, señora... ¡Son maravillosos!

Después de una pausa dubitativa, dijo Elena:

—Opto por el collar. Solitarios tengo muchos; perlas también... Pero estás me agradan. — Y dirigiéndose a mí, después de enroscarse el collar como pulsera en la muñeca, agregó: — ¿Verdad que son bonitas de color?... ¡Bien! Me quedo con el collar.

El comerciante guardó las piedras sueltas en la cartera de badana, recogió el pedazo de terciopelo negro, y, marcando una genuflexión, desapareció por el pasillo.

—Ya ve usted lo poco que nos ha incomodado

la visita que usted creía que iba a malograrle el almuerzo conmigo.

—Efectivamente... Pero tu Nabab vendrá en seguida.

—No se preocupe usted... Tiene almuerzo en su legación.

—¿Qué te parece si llamáramos a "Chicharito"?

—¿Para qué? Nos daría la tarde...

Por no haber podido sacar de la Aduana todo el material escenográfico hubo de postergarse el "debut" de la compañía. Habíamos convenido con Elena no vernos hasta después de su reaparición escénica, así es que me sorprendió mucho que mi criado me dijera que el telefonista del Plaza acababa de trasmitir un recado de la señora Torralba anunciándome que esa mañana vendría a mi casa.

—¿Qué milagro es éste? — le dije al verla entrar en mi cuarto de trabajo. — ¿A qué debo tu visita?

—¡Ay, amigo mío!... Anoche le llamé a usted desesperadamente por teléfono varias veces... ¿No duerme usted en su casa?

—Me retiré muy tarde. ¿Qué te pasaba anoche?

—¡"Chicharito"!... ¡Qué ha de pasarme!

"Chicharito", que ha desaparecido del hotel y del teatro y no sabemos dónde se ha metido. Creí que estuviera con usted... como usted es su paño de lágrimas.

—No he vuelto a verlo desde la otra noche.

—Me ha dicho una de las coristas que ayer por la tarde lo vió en su antiguo café "El Diván", bebiendo desesperadamente. Y que le enseñó un revólver, asegurándole que con esa arma concluirían todas sus desventuras... Yo no sé si el pobre se habrá matado o se habrá vuelto loco y querrá matarme o armar una escena grotesca en el teatro... ¡Imagínese usted qué campanada sería! ¡Y con esos periódistas nuevos que han salido ahora en Buenos Aires y que tanto se ocupan de líos y de chismografía teatrales!

—Tranquilízate, y dime, antes de nada, si tu Nabab chileno se marchó.

—Ayer por la mañana.

—¡Bien! ¿Entonces estás completamente libre de compromisos?

—Absolutamente libre.

—Pues no te preocupes, que ya daremos con el paradero de "Chicharito".

—¿Dónde?

—¡En "El Diván"!

—Allí le han buscado inútilmente anoche.

—Pero no hoy. Anoche el pobre "Chicharito" ha ido a dormir la mona en algún fondín o en alguna comisaría... Hoy volverá al café. Estáte

tranquila y segurísima de que hoy mismo daremos con "Chicharito".

—Si hablase conmigo yo lo tranquilizaría. Es un infelizote de bueno... No puede oirme llo llorar...

—Déjame hacer la pesquisa personalmente; en el caso de que fracase, pediremos la ayuda policial.

—¡Sí, pero que no demos una campanada! ¡Por qué volvería yo a Buenos Aires!...

Llegó la noche del "debut" y no habíamos podido averiguar, ni con la ayuda de la policía, que, reservadamente, se puso a nuestras órdenes desde el primer momento, dónde estaba "Chicharito". Su posible suicidio, que al principio se nos antojaba inverosímil, empezó a cobrar visos de realidad trágica. En el teatro se hacían los más diversos comentarios; y una malquerencia colectiva llegaba como resaca al camarín de la Torralba. Mi amiga apenas tenía ánimos para maquillarse. Yo y la catalana éramos los únicos que la acompañábamos.

—¡Si no fuera por el campanazo, suspendía el "debut"! — decía la Torralba con voz velada. De pronto apareció el traspunte, demudado, diciendo:

—¡Señora Torralba!... ¡Señora Torralba!..

—¿Qué sucede? — respondió Elena, incorporándose angustiada.

—¡Que "Chicharito", está en el vestíbulo!

—¡Corra usted Enrique, hágalo usted entrar... pronto... tráigamelo!...

Salí al vestíbulo y, efectivamente, el pobre "Chicharito" se hallaba recostado en una de las puertas que comunicaban con la sala. Fumaba despaciosamente un "toscano"; tenía los ojos vidriosos, la cara desencajada, la camisa sucia y el cuello del gabán lleno de caspa.

—¡"Chicharito"! — le dije, acercándome. — ¿Dónde se ha metido? La pobre Elena está disgustadísima.

—¿Disgustadísima? ¡No una usted al sarcasno de mi situación la ironía!...

—¡Qué sarcasmo ni ironía!... Entre usted al escenario a tranquilizar a su mujer.

—Yo no entro.

—En el estado de nervios que se halla Elena, su obstinación va a perjudicarla grandemente... Piense usted que esta noche Elena se juega algo más que el porvenir incierto que se jugó la noche en que usted contribuyó a su triunfo...

—No me recuerde usted aquella noche venturosa en estos momentos trágicos para mi dignidad.

"Chicharito" bajó los ojos e intentó contener un hipo sollozante. Le cogí del brazo y compartiendo su emoción le arrastré al escenario.

—Pero si me lo tiene prohibido... Si no quie-

re verme en su camarín... — repetía sorbiéndose el llanto incontenible.

En el momento en que íbamos a cruzar el pasillo de los palcos bajos, uno de los pesquisantes secretos, de acuerdo con la filiación de "Chicharito" y cumpliendo las instrucciones que tenía, lo detuvo, cerrándole el paso al escenario. En vano quise explicarle que ya no había motivo para la detención; todo fué inútil, hasta que otros amigos de la empresa y el oficial de servicio, lograron que el pesquisante no obligase a ir a "Chicharito" al Departamento de Policía. Entre unas cosas y otras el telón ya se había levantado, y la Torralba salía a escena más muerta que viva. Mientras encerraban a "Chicharito" en la Contaduría, yo corrí al proscenio, y desde la primera caja le grité a Elena que estuviera tranquila. En uno de los breves mutis le expliqué lo que acababa de pasar en el vestíbulo y fuí de opinión que no entrase "Chicharito" al escenario hasta que se concluyera el espectáculo. Elena asintió, diciéndome:

—¡Por Dios, no se separe usted de él!

—Estáte tranquila, mujer.

Yo refugié en mi "avant-en-scene" toda la noche a "Chicharito", que se quedó durante los tres actos acurrucado en un rincón del antepalco, fumando.

Elena Torralba alcanzó aquella noche un éxito clamoroso como actriz, como cantante, como bailarina y como mujer admirable de belleza, y de gracia. La misma excitación nerviosa que sufrió

en su primera salida fué acicate de su maravilloso "entrain".

Cuando concluyó el espectáculo y apagaron las luces de la sala, saqué del palco a "Chicharito", que, por todo comentario, me dijo:

—¡Es mucha mujer! ¡Es, sencillamente, la reina de la opereta!

Y en el pasillo, aunque ya seguro de la rendición absoluta de las ansias vengadoras de "Chicharito", le pregunté:

—¿Lleva usted revólver?

—¿Y cómo lo sabe?

—No me pregunte usted cómo lo sé. Lo único que quiero es que me entregue usted ahora mismo su revólver.

"Chicharito", como hipnotizado, echó mano al bolsillo trasero del pantalón, y, todo tembloroso, me entregó el arma, sollozando:

—¡Sí, lléveselo usted!... ¡Quítemelo usted!...

—Y ahora, nos espera usted por la puerta de la calle Cuyo. ¡Nada de escenas, "Chicharito"!

Con paso menudo se perdió en la sombra del vestíbulo y salió por la puerta de Esmeralda. Yo me fuí por el pasillo de los palcos bajos al camarín de Elena.

Me aguardaba ansiosa.

—¿Y?... — me preguntó.

—Tranquilo y confiado nos espera en la puerta del escenario. Aquí tienes el revólver.

Elena se apoderó del arma y la guardó en el maletín de las alhajas, que estaba sobre el sofá.

En la puerta del escenario, como si no hubiera ocurrido nada, como si no se hubieran dejado de ver en muchas horas, se saludaron así:

—Buenas noches, "Chicharito".

—Buenas, Elena. Has estado soberbia.

—¿De verdad?

—Ya te lo ha dicho, antes que yo, el público.

—Aquí está el auto. Suba usted con nosotros, Enrique. Tomaremos el chocolate en el hotel.

"Chicharito" estaba asombrado de que Elena le hubiera invitado a entrar en su departamento. Con la cortedad de un huésped que cree que molesta se sentó en una de las butacas del saloncito.

—¿Y se puede saber dónde has dormido el día de hoy? ¿Callas? ¡Qué escena me habrías armado si yo hubiera desaparecido durante cuarenta y ocho horas sin dejar rastro! ¡Habla! ¡No te quedes como un pasmarote!

La audacia de Elena resultaba realmente estupenda. Luego, como rectificando el tono de ofendida, murmuró mimosa casi al oído de "Chicharito":

—¡Toma el chocolate!... ¡Vamos! Tómalo antes de que se te enfríe.

"Chicharito" alargó una mano mugrienta, de

dedos amarillentos de nicotina, y cogió la taza para llevársela a los labios.

—Antes de que se marche nuestro amigo, al que tienes que agradecerle que yo te haya perdonado los sinsabores que ayer y hoy he pasado por ti, sabremos dónde dormiste anoche... ¿Me la has pegado?... ¡Vamos... sé franco!... No te hagas el mosquita muerta...

—¡Elena! — exclamó por toda respuesta "Chicharito".

—Y el revólver ese... ¿para qué lo compraste? ¿Se puede saber?... Vamos, "Chichi"... cuéntalo todo... ¿Ibas a matarte?

—¡Elena! — repitió con voz ronca "Chicharito", echándose a llorar desesperadamente, desconsoladamente. Yo sentí una profunda emoción. Elena se acercó a la butaca de "Chicharito", lo refugió en sus brazos y le prodigó nuevas caricias...

—No te pongas así... ¿Qué es eso?.. ¿Qué dirá nuestro amigo?

Luego se dirigió al tocador, trajo un frasco, y empapando sus manos en Colonia continuó acariciando la frente, las mejillas y la barba de "Chicharito... Este aspiraba el perfume con delicia, cerrando los ojos como la noche del "debut" cuando Elena le dió el primer beso en su boca de dientes negros...

—No llores... Serénate... Si yo te quiero mucho...

—¿Cuánto durará esta dicha, Elena de mi vida?

—No te preocupes en saber lo que durará una dicha. Abandónate a ella hasta que se concluya...

Y "Chicharito" enajenado, sorbiéndose las lágrimas, cayó de rodillas en actitud conmovedora, diciendo:

—¡Elena... Elena... haz de mi vida miserable lo que quieras... pero no me desprecies... no me desprecies porque soy un caballero!...

BESOS BRUJOS

CONOCI a Juliette Darcourt en circunstancias desagradables. Estaba yo cenando con varios amigos en el Café París, cuando sentimos voces de pelea y ruidos de vajilla rota en el cuarto vecino. Las muchachas que nos acompañaban se levantaron despavoridas en actitud de huir, pero mi amigo Emilio Olalla, que era el anfitrión, corrió hacia la puerta y cerró violentamente, interceptándoles el paso. "¡Quietas!" gritó con voz de mando Emilio; y sus invitadas le obedecieron. Fué la de al lado una escaramuza breve. Los gritos cesaron. Yo me acerqué al tabique de madera que dividía el salón en dos, y me puse a escuchar. Sólo llegaban hasta mí, muy débilmente, sollozos contenidos. De pronto oímos la voz irritada de un hombre que decía, alternando el tratamiento de tú y de usted, a la mujer que lloraba: "No te has de marchar; usted tiene que obedecerme hasta que a mí me dé la gana; para eso la pago!..."

—¡Canalla! — murmuró Clarita Ordóñez, que también tenía pegado su oído en el tabique.

Luego el vecino enfurecido, haciendo alarde de su hombría, abrió con tal violencia la puerta de su cuarto que temblaron los caireles de la araña y cimbrearon las maderas divisionarias. "¡Mozo! ¡Mozo!" gritó con imperio.

El "maitre", muy humilde, muy suave, le dijo: — Señor, no grite usted así... Aquí estamos todos para servirle. ¿Qué desea?

—Que recojan los platos rotos y que arreglen la mesa.

—Inmediatamente, señor... No hace falta dar voces para que sea usted obedecido...

En ese momento empujó la puerta de nuestro cuarto el camarero que nos traía una "grillade" suculenta. Maquinalmente volvimos a nuestros asientos. Clarita, después de morder nerviosamente con sus dientes de lobezna el borde de una copa que aprisionaba en sus dos manos deliciosas y feroces, unas manos muy pálidas, de uñas muy rojas y puntiagudas como de pico de pájaro, exclamó: — ¡Había de ser yo esta infeliz!... ¡Habría de encontrar en mi camino un miserable así... Le temblaron los dedos y con sus uñas arañaba el mantel.

—¿Quién es ese bárbaro? — le pregunté al camarero.

—El señor Esteban Moncada.

—¡Acabáramos! Debíamos haberlo adivinado.

— dijo Rosita Márquez... Yo no sé cómo hay mujeres que se arriesgan a hacerle caso.

—Es que tiene un físico que engaña; con su cutis de damisela recién salida de las manos del masajista; con sus grandes ojos garzos, su perfil de medalla, y sus maneras aristocráticas da el "pego" a la más desconfiada, — agregó Paca la jerezana. Y después de morder groseramente con sus dientes de conejo un troncho de apio, apretó mucho los párpados hasta formar con sus inmensas pestañas dos hileras negras que parecían ciempies que iban a subírsele a la frente, y nos dijo:

—A poco de llegar yo de España, me lo presentaron. Fué muy generoso conmigo. Los primeros brillantes que gané en América él me los regaló. Tiene una quincena perfecta, en la que se desvive por ser fino y alardear de caballero... Pero así que se toma confianza y empina el codo, es inaguantable. El vino lo enloquece; se vuelve grosero y procaz; siente celos hasta de su sombra y entonces le da por pegar... A mí me pegó. Yo me achanté hipócritamente. Y cuando se le pasó la "jumera" se echó a mis pies pidiéndome perdón. Pero al día siguiente no lo recibí más. ¡Las veces que tiene venido a la puerta de mi casa borracho, a deshoras de la noche, a pedirme que lo recibiera!... Cada vez que sufre una decepción le da por mí... Y sin percatarse de que pueda perjudicarme hace sonar el timbre a las tres de la mañana... Yo salgo al balcón segurísima de que es él... ¡Me da unas tabarras! Luego al día si-

guiente si me lo encuentro "fresco" en Palermo o en Florida, se me acerca y me dice: —Gitana ingrata... ¿por qué no me recibiste anoche? — Pero, chiquillo, le respondo, ¿tú no sabes que una noche de estas, en vez de salir yo, saldrá algún amigo que no aguante pulgas? ¿No te das cuenta que puedes comprometerme y hacerme perder un buen compañero? — ¡Lo que pierdas por mí, te lo indemnizaré con creces!... ¡Anda, gitana!... ¡Vámonos a la estancia!... ¡Seré muy bueno!..."

La tirada de Paca la jerezana fué interrumpida de pronto por la voz colérica de Esteban, que decía a su compañera: "¡Has de comer... porque a mí se me da la gana que comas! ¡No intentes marcharte por!..." Ya no oímos sino ruido revuelto de sillas y el estrépito de la mesa que rodó por el suelo. Luego: "¡Socorro!... ¡Me matan!... ¡Socorro!..." Nos precipitamos todos al "hall", en el momento que el "maitre" entraba en el cuarto donde se desarrollaba la escena de pugilato. El hombre feroz, al ver tanta gente, se avergonzó, y cogiendo su sombrero escapó por estampía a la calle, mientras Clarita le gritaba: "¡Cobarde!... ¡Miserable!... ¡Cafre!..." Yo entré en el cuarto del escándalo. La mujer estaba desmayada en el suelo. Al levantarla me manché la pechera de la camisa con la sangre que le salía de la boca. Mis demás compañeros también acudieron a auxiliarla y entre todos la acostamos en el sofá. Cuando volvió en sí, la muchacha no tuvo una sola frase de protesta en contra de su terrible compañero au-

sente. Nuestro programa, que debía haber sido alegre, quedaba interrumpido en una forma tan dramática que todos resolvieron irse, previa invitación de conducir hasta su casa a la pobre mundana magullada. Esta manifestó deseos de quedarse. Como yo no tenía dama a quien acompañar dejé que se marcharan sin mí los camaradas. Permanecimos en el cuarto, el "maitre" y yo, auxiliando a la compañera de turno de Estaben Moncada. De rato en rato la infeliz se sacaba de los labios los pedacitos de algodón que había traído el "maitre"; me los alcanzaba y yo se los remudaba empapados de coñac. Le cogí las dos manos, que las tenía heladas. Abrió entonces los ojos y moviendo apenas la boca para que no se le cayera el apósito, me dijo, fijando sus ojos de Astartea en mi pechera pintada de sangre: "Por culpa mía se ha manchado usted". Volvió a cerrar los ojos y se puso a llorar desconsoladamente, sin lágrimas casi, histéricamente, horriblemente. El "maitre" se marchó haciendo farsantes gestos de pena, y yo me senté en el sofá y sostuve la cabeza de la desdichada cogiéndosela por la nuca. Su hermosa cabellera rubia, de un rubio de mies seca, se le desbordó entonces por los hombros; cayósele el apósito dejando al descubierto una boca grande, de dientes apretados y blanquísimos. La hemorragia, contenida ya, había dejado el rastro de un hilo rojo que parecía un arañazo fresco que le llegaba desde la comisura de los labios hasta el cuello fino y terso. El rimel de las pestañas, des-

parramado en chafarriones por los párpados hacía más intenso el azul de mar de las pupilas fosforecentes. Me miraba como con rabia, una rabia que no era a mí, sino al ausente; e incorporándose violentamente me dijo: "¡Cuidado, que puede volver!" Llegóse hasta el balcón y arrimó su frente a los cristales al propio tiempo que arreglaba sus cabellos. Yo encendí un cigarrillo y sin moverme del sofá la contemplé largo rato en silencio. Vestía un traje muy simple de encajes negros, que resaltaban la blancura de marfil viejo de sus hombros maravillosos y de su espalda tersa; sus tobillos finos se prolongaban en dos pies diminutos exquisitamente calzados por unos zapatos de tacones sumamente altos. Mi muda contemplación fué interrumpida así:

—Márchese usted. Temo que vuelva...

—No me marcho. No quiero dejarla a usted sola.

—Volverá a pedirme perdón, como siempre, y la presencia de usted me sería perjudicial.

—¿Viven ustedes juntos?

—Me visita en mi casa.

—¿Desde hace mucho?

—Va para dos meses.

—¿La casa se la puso él?

—Le he dicho que me visita en mi casa, "en mi casa" — recalcó.

—Y entonces, ¿por qué le sería a usted perjudicial que nos encontrase juntos?

—Necesito sellar una paz finjida hasta desaparecer de Buenos Aires por un tiempo.

—¿Piensa usted sacarle dinero?

—No me hace falta. Quiero vender mis muebles y marcharme sin que él lo sepa.

—¿Le teme usted?

—Sí.

—¿Lo quiere usted, entonces?

—Yo no he querido nunca a ningún hombre.

—A pesar de que habla usted muy bien el castellano, tiene usted un ligero acento extranjero. A veces parece usted italiana y a veces francesa.

—Soy de Niza. Mis padres eran romanos.

—¿Hace mucho que está usted en Buenos Aires?

—Cinco años.

—¿Y en qué circunstancias llegó usted aquí?

—Yo era artista de la Opera cómica de París. Con la compañía de madame Carré, vine.

—¿Y cómo es que no la recuerdo? Yo no falté una sola noche a las representaciones de la Opera Cómica, pero no crea usted que por placer, sino por obligaciones de mi profesión.

—¿Y cuál es su profesión?

—Soy periodista. Dígame usted su nombre a ver si la recuerdo.

—Me llamo Juliette Darcourt; pero es imposible que usted me recuerde, sencillamente porque no llegué a debutar.

—¿Se peleó usted con madame Carré?

—No, señor. Me hice a bordo amiga de un hombre muy gentil con quien viví tres años.

—Usted no es una mujer de las que pasan inadvertidas... y yo no la he visto ni en teatros ni en sitios de diversión hasta hoy. ¿A qué centros concurre usted?

—Viajé mucho con mi amigo durante esos tres años, por Chile, por el Brasil y por el interior de la república.

—¿Y qué fué de su amigo?

—Perdió su fortuna y tuvo que recluirse en la estancia de un pariente en el Neuquen. Yo lo seguí en su odisea. Pero aquel clima me sentaba mal y nos separamos. Conservamos una buena amistad y nos escribimos de vez en cuando. Es el único hombre que ha consentido en separarse de mí sin violencia. Siempre he tenido la desgracia de despertar pasiones de manicomio. Y cuidado que yo no pongo nada de mi parte, porque soy caprichosa, frívola y me doy poco. Pero yo no sé... es mi "ananké". Un beso mío equivale a firmar un pacto de eternidad sentimental... Y mis besos son fríos... pero tienen un veneno tan fatal para mí que los doy displicentemente, como para quien los recibe ansioso. ¡Es mi "ananké" Yo vine a Buenos Aires huyendo de un loco ruso... Todos los hombres que conocí fueron locos...

—O los volvió usted locos...

—No quise decirlo para que no me tomase usted por vanidosa...

Hubo una larga pausa en la que Juliette Darcourt se acercó al espejo para mirarse la boca. "¡Qué bárbaro! ¡Vea usted qué herida!... ¡Oh!... ¡Otro loco!... Me parece que ya no vuelve. Se habrá ido a dormir a su casa. Mañana se me aparecerá muy contrito a suplicarme que lo perdone... ¡Lindo chasco va a llevarse cuando después de mi perdón se aparezca un buen día en el departamento y le digan que he fugado!"

—¿Y a dónde piensa usted marcharse?

—A Río, a Santiago de Chile o a la Asunción del Paraguay.

—¿De paseo, o a vivir?

—A trabajar.

—¿De qué?

—De artista. Tengo el propósito de volver a cantar, pero no operetas, sino canciones sueltas. Ya me han hecho algunas proposiciones que me convienen.

—Si se marcha usted, utilíceme; yo podría recomendarla y presentarla a algunos colegas de esos países.

—Acepto desde ahora su ofrecimiento. Me dará usted su nombre y su dirección para escribirle o visitarlo antes de mi viaje. ¿Es usted soltero?

—Sí.

—¿Vive usted solo?

—Como un anacoreta.

—¿Puedo escribirle a su casa sin comprometerlo?

—Y visitarme. Sería para mí una dicha inmensa que usted me visitase.

Volvió a guardar silencio. Y en un movimiento brusco se acercó al botón del timbre.

—¿Desea usted algo?

—Sí. Café y licor.

—¿Me permite usted que tomemos juntos ese café y ese licor y que me fume un cigarrillo a su lado?

—Sí. Pero rápidamente. Quiero marcharme a casa antes de que amanezca.

Ordené al camarero que nos sirviese. Juliette se arrellanó en el sofá y yo me puse a dar paseos por el cuarto.

—Enciéndame un cigarrillo.

—¿No le hará a usted daño en la herida?

—¡Oh!... El daño se lo haré yo al cigarrillo que voy a quemarlo... ¿De modo que usted es escritor?... Yo también tengo veleidades literarias... Hago versos... Llevo un diario de mi vida... Pero no me tome por una "bableuse"... por una preciosa ridícula... Mi literatura no es una "pose"; constituye de vez en cuando una necesidad de mi espíritu inquieto... soñador... Pienso dedicar a su pechera sangrienta una página interesante... ¡Sangre mía!

—¿Y por qué no mía también?

—¡Sangre de mi boca!

—De su boca que envenena...

—No lo tome usted a broma...

—Absolutamente...

Juliette fumaba entornando los ojos y moviendo con su lengua, que parecía un pececito rojo, el "malacrino" emboquillado de oro.

—¡Ya no me duele la herida!... — decía mimosamente. — Apure su café y vámonos... es decir, váyase usted primero y luego me iré yo.

—Juntos — le respondí, fingiendo cierto humorismo...

—Imposible, — me contestó muy grave.

—Hasta la puerta de su casa, tan siquiera, — añadí yo.

—Más imposible aún. Todos los camareros estarán comprados por ese bárbaro. Mañana sabrá de pe a pa que usted se ha quedado aquí... Y si nos vieran salir juntos, ¡no le digo nada!

—Le propongo una transacción. Yo me marcho solo. A los breves instantes sale usted y...

—Y nos encontramos en una esquina... ¡No señor!

—¿Por qué "no señor"?

—Por que mi chofer también está comprado y nos delataría. Dígale al mozo que avise a mi automóvil. Le prometo dedicarle una tarde entera antes de mi partida.

Llamé al mozo, le di orden de que avisase al chofer de Juliette, y, mientras volvía con la adición de los licores y el café escribí en un pedazo de la parte trasera del "menú" mi nombre y mi dirección.

—El automóvil se lo llevó el señor Esteban y aun no ha vuelto — dijo el mozo.

—Es un colmo la falta de consideración de ese indio... ¡Oh!... Bien va a pagármelas. Ahora soy yo la que pide a usted que me acompañe a casa. ¡En marcha!

Yo obedecí sin murmurar palabra.

En la puerta del restaurante subimos a un automóvil de alquiler.

—¿Qué dirección le doy?

—Callao y Las Heras.

La madrugada era deliciosa. Un cielo de otoño tan azul como el azul que se diluía en las pupilas divinas de Jueliette, empezaba a pintarse de múrice y naranja en el horizonte. El contraste violento entre la temperatura del gabinete y la del automóvil hizo castañetear los dientes a Juliette, que, toda escalofriante, exclamó, arrebujándose en una chinchilla: —¡Qué frío! Y la mañana es deliciosa...

Breves instantes después estábamos en Callao y Las Heras. En la puerta de la casa dijo Juliette: — Aquí vivo, en el tercer piso. Ya le escribiré para que nos veamos. Acompáñeme usted hasta el ascensor. Está tan obscuro el zaguán...

Al apretar el botón, hizo el cable un corto circuito, y el aparato, que bajaba, quedó detenido a mitad del camino. "¡Qué rabia!, exclamó; tendré que subir a pie... entre esa obscuridad... Acompáñeme. Siento miedo." Subimos lentamente hasta el tercer piso. En la puerta del departamento volvimos a darnos la mano. Al irme, no había llegado al segundo descanso, cuando un grito de ho-

rror me hizo detener. Y Juliette, asomándose a la barandilla, me dijo con voz angustiosa: "¡Señor!... ¡Señor!... ¡Suba usted!"

Subí en tres zancadas las escaleras; desde la puerta del vestíbulo Juliette corrió a mis brazos gritando: "¡Vea usted!... Han debido entrar ladrones... El perro muerto... La jaula de los pájaros por el suelo... ¡Amélie!... ¡Amelie!..."

La criada de Juliette apareció en el vestíbulo pronunciando frases de calma:

—No se asuste usted, señora... Estaba despierta aguardándola para decirle que el autor de este desastre ha sido el señor, que vino como un loco... Estranguló al pobrecito maltés porque lo aturdía con sus ladridos... Abrió sus armarios... le ha hecho tiras todos los trajes...

Juliette se desplomó en el sofá del vestíbulo, hecha un mar de llanto... Entre sollozos ordenó a Amélie que cerrase la puerta con llave y pasador por dentro. "¡Es muy capaz de volver!... Pero no he de abrirle así eche abajo la casa!" Luego se acercó a su cuarto de vestir. El acto vandálico había sido realizado con una ferocidad inaudita. Yo no las tenía todas conmigo. Estaba sin arma alguna y en la situación desventajosa del que se halla en la casa de una mujer que es de otro y a la que tenía que defender como a cosa propia. ¿Qué actitud asumiría yo si aquel bárbaro retornaba en tren de guerra?

—Alcánzame el revólver, Amélie — gritó Juliette.

La mágica palabra "revólver", pronunciada por Juliette, con un redoble de erres, me tranquilizó. Teníamos por lo menos rrrevólverrr... aunque sólo sirviera para tirar al aire...

Llorando siempre y pronunciando maldiciones en francés, Juliette recorre toda la casa. Yo la sigo silencioso, meditando sobre lo imprevisto de la situación difícil en que me hallaba, compartiendo sinceramente con una mujer, a la que hacía dos horas no conocía, su indignación y su pena. ¿Cómo acabaríamos la noche? En el cuarto de vestir, Jnliette se puso a recoger los trajes, los sombreros, los abanicos, las camisas, las pieles que se amontonaban en un revoltijo imponente. Quise ayudarla en la tarea y me lo prohibió.

—Ahorrémonos este espectáculo indignante, bochornoso... Usted querrá marcharse a dormir... Perdone usted que lo haya detenido.

—La que debe descansar es usted.

—No podría pegar los ojos.

—Entonces, si no la molesto, me quedaré un rato más a hacerle compañía.

—Sí, puede quedarse, si lo desea. Parece usted un hombre muy tranquilo y muy cómodo.

—Como amigo, me vanaglorio de ser insubstituíble. Ahora como amante soy insoportable.

—¿Usted también se vuelve loco?

—También.

Habíamos llegado a un saloncito adornado de muebles claros y en el que prodominaban dos butacones muy cómodos. Encima de una mesita

baja había una licorera. Juliette sirvió dos copas de coñac mezcladas con "chartreuse"; luego me alcanzó la caja de los cigarrillos. Nos pusimos a beber y a fumar.

—Es raro que usted no tenga mujer — me dijo, al propio tiempo que calentaba con sus manos la copa de licor.—¿Vive usted completamente solo?

—Solo.

—No le pese.

—Y usted ¿qué resolución va a tomar, después de lo ocurrido?

—A las nueve iré a ver al jefe de la agencia artística con quien estoy en tratos para contratarme. Luego me pondré al habla con el mueblero al que pienso traspasarle mi casa, y cuanto antes desapareceré de Buenos Aires, sin dejar rastro...

En ese momento sentimos que un automóvil se detenía bajo los balcones de la sala. Juliette abrió despacio las maderas y la celosía, y, asomándose discretamente, dijo: "¡El!"

—¿Y qué hacemos?

—No abrirle.

—Tendrá llave y entrará.

—¿No oyó usted que ordené a Amelie que cerrara por dentro, y con pasador?

—Hará un escándalo.

—Llamaré entonces a la policía.

—Además, el automóvil en que vinimos está abajo. Le preguntará seguramente al chofer a qué persona aguarda o a quien trajo.

—Espere... Juliette volvió a asomarse discre-

tamente al balcón y yo por pronta providencia me dirigí a la mesa del vestíbulo donde Amelie había dejado el revólver. Desde la sala me dijo: —Están los dos choferes conversando. — Y corriendo hasta la puerta que comunicaba con la escalera examinó la cerradura y los pasadores. Y enfrentándose a mí, me dijo:

—Ahora me propinará los insultos más soeces. Pero no entrará.

—¿Y si logra violentar la puerta?

—¡Silencio! ¡Ahí está!...

Efectivamente, Esteban trataba de meter la llave en la cerradura interceptada por la llave de Juliette; luego tocó largamente el timbre y dió violentos golpazos con sus puños en las maderas de la puerta. "¡Juliette! ¡Abre, Juliette! ¡No seas así, Juliette!"

La mujer estaba pálida, pero su emoción era sonriente. Yo no perdía de vista el revólver. Y Juliette tampoco. Hubo una larga pausa, hasta que sentimos que el ruido de los pasos de Esteban se iba extinguiendo en la escalera.

—Parece que se marcha.

—Sí. Debe habérsele pasado la borrachera...

Nos acercamos al balcón de la sala y oímos partir el automóvil.

—Aproveche usted este momento para marcharse — me dijo, alcanzándome el sombrero. — Ya le contaré luego lo que ocurra.

—¿Guarda usted mi dirección?

—En la cartera la tengo.

—Estaré todo el día en mi casa; puede usted hablarme por teléfono a cualquier hora. Adiós.

No supe absolutamente nada de Juliette en varios días. Picado por la curiosidad de inquirir noticias suyas, pensé en llamarla al teléfono; pero resolví no hacerlo así, temeroso de comprometerla y de comprometerme en un episodio que podría abocarme a un incidente sonado con Esteban Moncada. Sin embargo, a los cinco días no resistí a la tentación de pasar en coche por delante de la casa de Juliette. Tenía luz en la sala. No quería darle cuerda al interés que me había despertado aquella mujer y busqué distraerme en un teatro. A la mañana siguiente mi criado me anunció la visita de Juliette. La hice entrar en mi escritorio. Estaba deliciosa con su traje matinal de gabardina gris y su boina de terciopelo negro. Sin darme los buenos días, me dijo alargándome una de sus diminutas manos:

—Me fugo esta tarde. Usted ya se habría olvidado de mí..

—No. Me preocupaba su silencio.

—He pasado unos días atroces, de fingimiento y de subterfugios para lograr mi propósito. Vendí todos mis trastos, pero no irán a tomar posesión de ellos hasta mañana. Amelie queda encargada de hacer el traspaso.

—¿Y su bárbaro?

—Creidísimo que lo he perdonado.

—¿Y a dónde se marcha usted?

—Primero a Corrientes, donde inauguraremos un pequeño teatro; y en seguida a la Asunción del Paraguay.

—¿Esta tarde sale el vapor?

—No, mañana; pero yo, para mayor tranquilidad, tomaré el rápido del Rosario y allí aguardaré el barco para seguir viaje juntamente con otros artistas y el empresario.

—¿Tendrá usted tiempo de almorzar conmigo?

—Le prometí a usted dedicarle una tarde entera antes de mi partida, y si usted no tiene inconveniente, me quedaré aquí hasta la hora de ir a la estación.

—¿Me permite usted que la acompañe hasta el Rosario?

—Si a usted no le es molesto, encantada aceptaré su compañía.

—¡Bien! nuestra agradable charla se prolongará así unas horas más...

Juliette arrojó sobre una silla el manchón y su boina y con suma naturalidad se puso a inspeccionar mis retratos, mis libros, las chucherías de la mesa. Y volviéndose de repente, me dijo: —¿Querrá usted creer que siento lo indecible no haber conocido a usted antes de ahora? Este ambiente de su casa me agrada... Habríamos sido buenos amigos...

—Siempre que sus besos brujos no me hubieran enloquecido como a los demás...

—Por eso hablaba de amistad y no de otra cosa.

—¿Me quiere usted explicar qué conveniencia representa para usted marcharse de Buenos Aires?

—En primer lugar, perder de vista a ese miserable que me hace la vida odiosa.

—Con separarse definitivamente de él estaba solucionado el conflicto.

—Es que me hubiera sido imposible separarme definitivamente permaneciendo aquí sino a través de un sinfín de disgustos, de peleas y de escándalos. Además, Buenos Aires no resulta simpático para una mujer que tiene que depender siempre de la generosidad de hombres a quienes no se quiere o que no saben hacerse querer. El argentino de clase es orgulloso, pagado de sí mismo, arbitrario, informal, celoso, no por pasión, sino por vanidad...

—Como todos los hombres del mundo...

—Pero en otros países los hombres de clase ponen más inteligencia en la vida íntima, más filosofía y... más admiración hacia la mujer. Aquí las mujeres son muy poco admiradas en la vida íntima... El orgullo y la satisfacción que sienten ustedes exhibiéndose en los sitios galantes con una mujer hermosa y elegante está en contradicción con la inferioridad moral que usan en privado... Pero no hablemos de estas cosas desagradables para mí que las he padecido y para usted que se sentirá agraviado por el pésimo con-

cepto que tengo de sus compatriotas alquiladores de mujeres mundanas.

—No intentaré la defensa de esos hombres, ni trataré tampoco de agraviar a las mujeres que vienen a estos países sólo con el propósito muy justificado de hacer fortuna...

—Usted y yo, cambiando de tema, pasaremos una tarde muy feliz.

—Efectivamente. Siéntese usted cómoda; yo no soy un alquilador de mujeres mundanas. ¿Me quiere usted decir por qué ha elegido usted Corrientes y el Paraguay para reanudar sus habilidades teatrales?

—Es muy sencillo, y usted, que vive en un ambiente artístico, lo comprenderá en seguida. Hace cinco años que no piso un escenario; no me arriesgaría de buenas a primeras a presentarme ante públicos gastados, estragados y cansados, sin hacer un poco de práctica... Podía haberme ido a Chile o al Brasil... Pero yo tengo la vanidad de gustar en el escenario como artista antes que como mujer... Si fracaso en Corrientes, mi decepción será menos triste... Hubiera preferido aparecer con nombre supuesto en los más modestos cines de provincia... En fin, yo me entiendo y usted también. Además, estoy harta de los ambientes complicados de las grandes ciudades... Ansío unos meses de vida simple... clara... insípida como el agua... Luego echaré de menos, seguramente, el bullicio, la elegancia, el frenesí

de los centros populosos, pero, entretanto, mi anhelo es de un absoluto descanso. ¿Lo lograré?

Juliette y yo pasamos una tarde encantadora conversando como dos camaradas. A las cinco nos fuimos a la estación. Allí aguardaba Amelie a su señorita, custodiándole el equipaje.

—¿Pudiste sacar todo sin inconveniente alguno?

—Sí. Aquí tiene usted la ropa de camarote. El Expreso Villalonga se encargará de los baúles que van a Corrientes.

Nos instalamos en el coche-comedor y no nos movimos de la mesa hasta que el tren arribó a Rosario.

Al subir al automóvil que nos conduciría a la ciudad, se me ocurrió preguntarle: — Diga usted, Juliette, ¿cómo vamos a inscribirnos en el hotel?

—Muy sencillamente: Fulano de tal y señora. Pedimos un departamento de dos cuartos; usted se instala en el suyo y yo en el mío.

—Me parece bien.

El aspecto infantil de Juliette, su traje sobrio y su grave comportamiento, restaron toda sospecha de que ella y yo constituyéramos una pareja en trance de aventura. Nos tomaron por recién casados, y así se lo dijo la camarera a Juliette, mientras la ayudaba a preparar el baño. Salí un momento del hotel para llegarme hasta el telé-

grafo. Cuando regresé Juliette estaba ya en la cama, dormida profundamente, con la luz encendida. Me quedé largo rato, contemplándola de pie, al lado de la cabecera. Su belleza magnífica me producía una intensa pena. ¿Qué sería de esta criatura frágil, deliciosa, hecha exclusivamente para el mimo y la ternura, allá..., en los andurriales de la selva correntina? ¿Qué dramas, qué misteriosas tragedias, qué decepciones inconsolables había dentro de aquella estupenda cabeza? Quizá no habría dentro ni dramas ni tragedias, ni decepciones ni sesos... Se le había caído uno de los brazos a un costado de la cama; la mano tocaba casi los pequeños chapines de seda que estaban en el suelo. Muy suavemente aprisioné sus dedos y, despacito, para que no se despertase, le puse el brazo en posición cómoda. Le apagué la luz y pasé a mi cuarto. Tiemblo por mí cada vez que una mujer me da lástima. En mi imaginación cobra aspectos más terribles la lástima que el amor. Y yo sentía ya muy honda la lástima que me producía aquella expresión de belleza rubia, que posiblemente ignoraba que tenía alma y corazón, y que se lanzaba sola a lo desconocido...

No sé qué hora sería cuando oí ruido de bandejas y de cubiertos en la alcoba inmediata. Iba a tocar el timbre en el instante que entró en mi cuarto Juliette, vestida de pijama rosa, haciendo sonar los tacones de sus chapines.

—Buenos días — me dijo. — Arriba, dormilón! ¿Quiere usted que desayunemos juntos?

—De mil amores. Pero aguarde usted a que me vista.

—No. Yo misma. Lo tengo todo listo.

Desapareció Juliette breves segundos para volver empujando una mesa de ruedas sobre la que había uvas y manzanas, mermelada, pan tostado y una botella de Jerez. Se sentó en mi cama y se puso a lavar un racimo de uvas en el "bols". Luego extendió una servilleta en la sobrecama y alcanzándome el racimo, me dijo: — "Pique usted". Mientras yo picaba, ella se puso a pelar una manzana.

Resueltamente exclamó: — Es usted un hombre cómodo. Hubiéramos resultado muy buenos amigos... Es usted el colmo de la discreción y de la tranquilidad. ¿Por qué no me despertó anoche cuando volvió?

—Dormía usted tan a gusto...

—Yo no sé los meses que hacía que mi sueño no era tan absoluto...

—¿Y no tuvo usted un momento de inquietud al saber que al lado de su cama había un hombre a quien usted apenas conoce?

—No. Me acosté con el propósito de aguardar a usted despierta. Pero el sueño es un amo terrible... ¡Y me dormí! Al despertarme esta mañana, no se imagina usted cuánto lo he querido. Y me acerqué hasta aquí, para decírselo... Pero dormía usted profundamente y me dió no sé que despertarlo para una tontería semejante. Yo también soy discreta, tranquila y cómoda.

Partió Juliette la manzana en trozos y me alcanzó uno. Ella devoró golosamente los restantes haciendo un ruido de roedor con sus maravillosos dientes y relamiéndose los labios con su lengua, que seguía pareciéndome un pececito rojo. Cuando nos hubimos bebido media botella de jerez me dijo:

—Vistámonos. Hace un sol divino. Quiero pasear en coche de caballos por algún sitio donde haya árboles. Además, debemos enterarnos en la agencia a qué hora justa llegará el vapor.

Salimos juntos. Teníamos el aspecto de una pareja feliz en plena luna de miel. Juliette quiso que hiciéramos un poco de camino a pie y así llegamos hasta la agencia, donde nos dijeron que el vapor anclaría a las once de la noche.

—Aprovechemos con alegría estas diez horas más que pasaremos juntos — dijo Juliette.

—Le propongo a usted que vayamos a almorzar al "Arroyito". Conozco allí desde la infancia un restaurante muy agradable.

—Lléveme donde usted quiera.

—Pero si vamos allá tendremos que hacer el camino en automóvil.

—Pues en automóvil; lo mismo me da.

En la acera del "Jockey Club" tomamos un taxímetro. Apenas abandonamos la zona urbana. Juliette se sacó el gorro y lo arrojó a sus pies. El aire blando y tibio de aquella mañana de otoño que parecía de primavera, revolucionó los cabellos rubios de Juliette; ésta estiró las piernas, jun-

tó sus manos y cerró los ojos. Y con una voz reconcentrada se puso a recitar aquellos versos del "Coloquio sentimental" de Verlaine:

"Dans le vieux parc solitaire et glacé
Deux formes ont tout à l'heure passé.
Leurs yeux sont morts et leurs lèvres sont molles,
Et l'on entend à peine leurs paroles."

El tono monocorde, casi sin clarobscuro de la voz de Juliette cuando conversa, vibraba ahora en un acento de emoción intensísima, aunque un poco académica, un poco "conservatorio", con algo de "Comédie" francesa, al externar la poesía de Verlaine. Luego recitó "L'invitation au voyage", de Baudelaire y "Viens", de Teodoro de Banville. Yo me limité a oírla sin subrayar el más mínimo elogio de su exquisita dicción.

Habíamos llegado al restaurante del "Arroyito". Mientras nos preparaban el almuerzo echamos a andar silenciosos por una avenida de plátanos. Rodeando el brocal de un pozo había varios tiestos de ramas secas o ateridas; sólo en uno la ramazón ostentaba una flor roja, muy bonita, pero sin olor. Juliette cortó la flor y la colocó en el ojal de mi solapa, al propio tiempo que decía:

—Tengo hambre.

—Y yo también.

—Pues vamos a sentarnos a la mesa. Le corro a usted una carrera... A ver quién llega antes...

Y arrancó velozmente, mientras yo continué mi marcha muy pausada.

El paisaje era encantador. Nos habían tendido la mesa bajo un ombú corpulento, sobre un tapiz de césped raleado como alfombra vieja, cerca de una hoguera de hojas de eucalipto, que al convertirse en humo pesado, oleaginoso, embalsamaban el ambiente. Devoramos un "menú" muy simple, muy "casero" y nos bebimos dos botellas de un borgoña auténtico y viejo que nos llenó de optimismo. Cuando nos trajeron el café y el licor, Juliette se recostó en una de las raíces informes que a flor de tierra serpenteaban al pie del tronco del ombú. Yo me senté a su lado, y mientras le revolvía el azúcar, ella, muy naturalmente, reclinó su cabeza rubia sobre mi hombro: — ¿Se me nota mucho la cicatriz de la boca? — me dijo enseñándome los dientes.

—Apenas — contesté yo.

Le arrimé la taza a sus labios y apuró a sorbos lentos el café. Una dulce modorra fué apoderándose de su cuerpo, entornáronsele los ojos, mientras con voz soñolienta recitaba:

"Voici des fruits, des fleurs, des feulles et des branches,
Et puis voici mon cœur, que ne bat que pour vous.
Ne le déchirez paz avec vos deux mains blanches
Et qu'à vos yeux si beaux l'humble présent soit doux..."
J'arrive tout couvert encore de rosée
Que le vent du matin vient glacer à mon front.
Souffrez que une fatigue, à vos pieds reposée,
Rêve des chers instants que la délasseront."

Y se quedó dormida en mi hombro. Una arañita corría por su frente tersa; y yo me entretuve en ver el viaje complicado de vueltas y revueltas que aquel punto negro en movimiento realizaba sobre caminos deliciosos, hasta que, prendiéndose de una baba sutil que del ombú colgaba, hizo una ascensión prodigiosa y desapareció.

Juliette dormía profundamente; pero poco a poco se le fué abriendo la boca y dejó al descubierto sus dientes y su lengua... Yo me entretuve en examinarle diente por diente, descubriendo al final de las encías un punto de oro que parecía la chispa de una brasa. El aire había secado sus labios rojos, los labios fatales de los besos brujos. Volví a sentir una profunda lástima por aquella criatura. ¿En brazos de quién caería? ¿A dónde la llevaría su destino? De pronto su respiración se tornó angustiosa y se despertó violentamente.

—¿Qué le pasa?

—Soñaba... Un sueño atroz...

—¡Cálmese!

—Caí en un pozo de barro... y allí me debatía... ¡Puff! Tengo gusto a barro en la boca... Deme usted algo de beber.

Le alcancé una copa de "chartreuse"; no se bebió el licor; hizo un buche y lo escupió violentamente.

—¡Vámonos!

—En seguida.

Empezaba a anochecer cuando llegamos de regreso al hotel. No quiso subir a su cuarto y se sen-

tó en el "hall", al lado de la estufa encendida. Yo me puse a repasar los diarios de Buenos Aires. Juliette estaba pensativa y triste. Sin apartar los ojos del periódico que tenía abierto, le pregunté:

—¿Sigue usted preocupada con su sueño?

—No.

—Entonces, ¿qué le pasa?

—Estoy muy triste.

—¿Extraña usted a su bárbaro?...

—¡Qué poca cosa es un hombre! ¡Qué falta de penetración la suya! ¿Si yo le dijera que tendría que hacer un esfuerzo imposible hasta para recordar el físico de ese miserable?

—¿Y entonces?

—No sé... no sé... pero estoy muy triste. Este viaje...

—Quédese, no se marche.

No respondió a mis últimas palabras. Yo seguí leyendo. Rompió después el largo silencio para preguntarme:

—¿Cuándo va usted a regresar a Buenos Aires?

—Mañana temprano en el rápido.

—¿Y por qué no esta misma noche?

—Porque el tren nocturno sale dos horas antes que su vapor.

—¿Y qué va a hacer usted aquí toda la noche solo?

—Dormir.

—Este viaje repentino debe haberle ocasionado a usted perjuicios en sus obligaciones. Márchese.

—No tiene objeto mi llegada a Buenos Aires unas horas antes. Necesitaré simplemente hacer un telegrama para transferir la hora de una reunión que debía celebrarse mañana a las diez.

—¿Reunión... o cita?

—Reunión. Y yo mismo voy a llegarme al telégrafo a hacer el despacho.

—Envíelo usted con un mensajero del hotel.

—No; prefiero hacerlo yo mismo.

—Le acompaño entonces.

—Vamos.

En la puerta del hotel hice un ademán de llamar un coche, y Juliette, cogiéndoseme inconscientemente de mi brazo, exclamó:

—¡No! A pie... Vamos a pie.

Y como marido y mujer llegamos al telégrafo. Yo me senté a escribir y Juliette, con una indiscreción que no trató de disimular, permaneció a mi lado, leyendo palabra por palabra lo que escribía.

—¿Ha visto usted, — le dije, para que se diera cuenta que su indiscreción me complacía — que se trataba de una reunión y no de una cita?

—Efectivamente. ¿Y el telegrama de anoche?

—¿El de anoche?... ¡Ah, sí!... Fué enviado a un compañero para que hiciera por mí la tarea que me correspondía hacer a mí.

Al salir del telégrafo le dije: — ¡No quiere que evitemos la comida del hotel? Podríamos ir a un sitio agradable...

—No vor a comer. Pero si usted quiere lo acompaño...

—Yo tampoco tengo ganas... Me apetece sólo algo dulce... Alguna fruta abrillantada y un poco de oporto.

—Buena idea... Si encontrásemos dátiles, yo también comería...

En una confitería solitaria nos quedamos charlando hasta las diez de la noche. Luego fuimos al hotel. Juliette no quiso bajarse del coche y me pidió que ordenase que le alcanzasen sus maletas.
— Están cerradas. Si me dejo algo, ya me lo enviará usted a Corrientes.

Cumplí las órdenes de Juliette sin moverme de la portería. La camarera y el mozo, en un "trop de zéle", no solamente bajaron las maletas de Juliette, sino también las mías. Estaba desfaciendo el entuerto, cuando Juliette gritó desde el coche: — ¿Qué pasa?

—Que han bajado mis maletas también — le respondí, acercándome a la portezuela.

—¡Oh! que trastorno hubiera sido para Vd., si no se fija...

—Soy tan supersticioso y fatalista, que casi estoy por seguir el destino que me marca esta mezcla de las maletas mías con las suyas. Parece que una fuerza extraña me empujara a acompañar a usted hasta Corrientes.

—¿Y podría usted venir?

—Como poder... sí... Pero sería un dispara-

te. — Y, encarándome con el destino, le dije al mozo: Esta sombrerera y esta maleta vuelve a subirlas al departamento.

Y sentándome al lado de Juliette, al propio tiempo que colocaban en el pescante su equipaje, ordené: — ¡Al puerto!

Con seguridad inverosímil llegó el vapor a la hora exacta, fijada por la agencia. Los pocos pasajeros que estaban en el muelle aguardándolo, se treparon así que colocaron la plancha-da. Instalé a Juliette en su camarote, ayudado por el empresario, a quien conocía. Como no había carga ni descarga, el barco zarpó en pronto. Yo me quedé en el muelle presenciando la maniobra, Juliette, apoyada en la borda, me saludaba agitando su manchón. Cuando ya la nave no era más que un resplandor en la serenidad del río, pintado de plata por el plenilunio y magnificado por la maravilla arborescente de las islas, yo me marché al hotel, pensando en mi extraña aventura con una mujer a la que dedicara tantas horas inefables y a la que no le había dado ni un beso. ¿Mi frialdad y mi serenidad, la habían determinado el temor supersticioso de los besos brujos de aquella boca admirable, de aquellos labios de brasa que yo ví por primera vez manchados de sangre? No sabría responderlo. Yo me acosté a dormir con la seguridad absoluta de que aquella mujer no se olvidaría jamás del hombre que durmió a su lado y que no le pidió ni un beso.

Mi vanidad de hombre ha fracasado una vez más. Juliette no se ha acordado de mí. Hace ya un mes que la despedí en el muelle de Rosario y no he recibido de ella ni un simple saludo epistolar. ¿Qué será de Juliette? Poco trabajo me costaría saberlo, revisando los periódicos de Corrientes o de la Asunción. Pero ¿para qué tomarme la molestia de averiguar la ruta de una ingrata semejante? ¡Ingrata!... ¿Por qué?

Era ya entrado el verano, cuando al volver de madrugada a mi casa encontré en la mesa donde me dejan las cartas traídas por mandadero, un sobre con el membrete de un sanatorio quirúgico. La caligrafía del sobreescrito, muy "sacré-caeur", me anticipaba que no venía dentro una circular de "reclame". ¡Y cuán grande no sería mi sorpresa al leer la firma de Juliette Darcourt!

Decía la carta así: "Mi inolvidable amigo: Estoy desde hace un mes internada en este sanatorio, donde he sufrido una operación atroz. Desde mi llegada yo hubiera querido pedirle que me visitase, pero me hallaba tan grave, que los médicos me condenaron a un aislamiento absoluto. Ahora me han dado permiso para recibir visitas. Venga

a verme, cuando pueda. He padecido dolores inmensos desde la noche que nos despedimos. ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Se acordó usted alguna vez de mí? Yo siempre. Le juro que siempre. Cuando sepa usted todo lo que me ha ocurrido, le inspiraré una profunda lástima. ¡Siempre el "Ananké"! Hasta pronto. Le estrecha la mano su desgraciada amiga. — "Juliette Darcourt".

Mi primer impulso fué trasladarme inmediatamente al sanatorio; pero la hora abligábame a esperar. Me acosté preocupado por el destino de esta infeliz criatura. Releí varias veces su carta. Y las palabras "Cuando usted sepa lo que me ha ocurrido le inspiraré una profunda lástima", me hacían temblar de inquietud... "¿Se acordó usted alguna vez de mí? Yo siempre. Le juro que siempre". ¿Y por qué, entonces no me escribió ni me dió noticias suyas? "¡Siempre el "Ananké!" ¿Qué misterio entrañaba ahora la palabra "Ananké"? ¿Otra vez los besos brujos? Y me dormí con la luz encendida, viendo a Juliette reclinando su maravillosa cabeza en mi hombro, aquella tarde que le corría por la frente tersa la arañita que se escapó en una baba que colgaba de las ramas de un ombú.

A las diez de la mañana he llegado al sanatorio, y una enfermera, muy pizpireta, me ha conducido al cuarto de Juliette. He tenido que hacer un esfuerzo poderoso para disimular el asombro que

me ha producido Juliette. No parece la misma criatura que despedí hace meses. En la cara no tiene más que dos cuencas inmensas, en las que se revuelven sus pupilas azules como empañadas de un velo agónico; y una enorme boca, en la que relampaguean sus dientes siempre admirables. La cabellera opulenta ha perdido el brillo de oro que la embellecía; en su frente hay dos arrugas siniestras, tan hondas, que parecen dos huellas de cicatrices... Le estrecho largamente las manos huesosas, en las que no hay más vestigios de su delicadeza que las uñas, muy cuidadas, muy rosadas... Me retiene a su lado y, con voz temblorosa, pausadamente, me dice:

—Han pasado sólo cinco meses; pero yo he vivido veinte años de dolor. ¡Qué pensaría usted de mí! La ingratitud es humana y en las mujeres es nuestro fundamental defecto... Pero en este caso, mi ingratitud...

No pudo continuar hablando; un golpe súbito de tos la hizo incorporar violentamente. Luego, por señas, me pidió que le alcanzara una caja de pastillas que tenía en la mesa inmediata. Hubo un largo silencio, mientras Juliette diluía en su boca el azúcar de la pastilla, paladeándola sonoramente. Y luego, entornando los ojos, me dijo:

—La misma tarde que llueguégué a Corrientes, comenzó mi odisea.

—¿Pues?

—En el barco, me presentó mi empresario a una mujer francesa, ya entrada en años, pero de

porte simpático y elegante. Por azares de la vida galante fué a dar en sus mocedades a Corrientes, unida a un político célebre y rico. Pero al poco tiempo, una revolución local restó a su amante influencia y fortuna, y tuvieron que separarse. La francesa instaló una especie de pensión, con tan buena suerte que se vió obligada a alquilar una casa más grande. Allí concurrían los hombres alegres, seguros de encontrar siempre un programa de agradable expansión. Apenas crucé dos palabras con la francesa, me hizo ver los inconvenientes que yo tendría alojándome en el hotel, que era malo y donde las mujeres solas, y sobre todo las artistas, inspiraban recelos a los huéspedes burgueses y a las pueblerinas recelosas. Además, me decía, ningún hombre importante se arriesgará a visitar a usted en el hotel, por temor a las habladurías y los chismes de aldea. Mi casa es perfecta y concurre a ella lo mejor de lo mejor... Hombres serios, ricos, obrajeros del Chaco... Hacemos tertulias muy agradables; partidas de pocker; tengo un gran "chef"; cuartos confortables... viejos vinos, todo en fin, lo que necesita una mujer de categoría como usted. Yo en vano le hice ver que en mi viaje no entraban para nada, propósitos de conquistar hombres, ricos ni pobres; que lo que yo quería era retomar mi práctica escénica y vivir una vida simple... Me catequizó en tal forma, que del barco me llevó a su famosa casa. Llegamos a las once de la mañana; hacía un calor infernal, y apenas instalada en

uno de los comprtimientos, realmente bien alhajados, me metí en el baño. Ya madame Daumont—que así se llama la francesa—había avisado a sus principales amigos la llegada de la "troupe"—porque también se llevó a vivir allí a las demás mujeres que iban conmigo,—y nos lo comunicó haciéndonos la biografía y exaltando el estado financiero y el grado de esplendidez de cada uno de ellos. Salí al patio, envuelta en mi ropón ruso a orearme el pelo; y estaba sentada esperando a que se me secase la cabeza, cuando alcancé a ver a un hombre alto, de aspecto indio, vestido de blanco, y que cubría su cabeza con un enorme panamá. A pesar de su tez cobriza, de sus ojos muy pequeños y de su boca enorme, no era repulsivo. Madame Daumont recibió muy afectuosamente al recien llegado, que después de contemplarme largo rato avanzó hacia mí, seguido de la dueña de casa, que me lo presentó. Conversamos breves palabras; dijo que acababa de llegar de Resistencia, donde tenía un obraje y una fábrica de tanino; que desearía almorzar con todas nosotras y que mientras nos vestíamos él resolvería algunos asuntos de banco. Al marcharse, murmuró la Daumont:

—La mujer que pesque a éste ha hecho su fortuna. Es más espléndido que lo eran los príncipes rusos. Posee una fortuna colosal... Dos meses a su lado es como haber descubierto un pozo de petróleo.

Yo no me hice mucha "toilette", porque, lo re-

pito, me interesaba poco parecer bien o mal a los hombres.

—Monsieur Dufresne — gritó la Daumont al "chef", que pasaba de la cocina al comedor llevando una espléndida mayonesa artísticamente decorada, como si saliera del mejor hotel; — le advierto que almorzará aquí don Antero..."

Don Antero llegó cargado de flores admirables y de helechos maravillosos, que empezó a repartir entre las muchachas singularizándose conmigo en el obsequio de tres orquídeas inmensas, tan inmensas como no las había vuelto a ver desde que estuve en el Brasil. Se sentó a mi lado y con la mayor naturalidad del mundo me dijo: — ¿Usted, Juliette, es la primera vez que viene a Corrientes? — Yo tardé un poco en responderle que sí, tan pésima impresión me hizo que me llamase "Julliette" como si me conociera de mucho tiempo atrás. Se dedicó exclusivamente a mí durante todo el almuerzo, y de vez en cuando, ensayando lo que él debía creer que era humorismo, metía su tenedor en mi plato o bebía de mi copa. Cuando se levantó, impaciente por la tardanza del mucamo, a servirse "champagne", la Daumont, tratándome ya lisa y llanamente de tú, me dijo:— Has entrado con el pie derecho; has hecho tu suerte, "ma petite".

Salimos a una especie de "serre" entoldada y recubierta de enredaderas, a tomar el café. Yo sentía un poco de vergüenza de mí misma al darme cuenta de la casa a que había ido a parar, y has-

ta pensé en mudarme esa misma tarde al hotel, con un pretexto cualquiera. Pero la actitud indiferente que adoptó don Antero respecto a mí, me tranquilizó. Después de fumarse un terrible cigarro correntino y de beberse medio porrón de ginebra, se despidió diciendo: — Hasta luego, muchachas. Después de la siesta vendré a visitarlas, y si no tienen nada mejor que hacer las llevaré en mi lancha a pasear por mi obraje... Está del otro lado del río... ¡Adiós! — Y se marchó, abanicándose con el panamá.

El empresario vino a buscarme para que conociera el teatro y ensayase, si así lo deseaba, por más que no corría apuro, pues hasta el sábado no debutaríamos y era jueves. Le ahorro a usted detalles. A la caída de la tarde descansaba yo en mi habitación, cuando, sin pedirme permiso, llegó hasta mi cama el obrajero. Y sin saludarme, me dijo: — Vea Juliette, lo que le ofrecen en venta a madame Daumont... ¿Le gustan?

Eran dos solitarios muy gordos, un poco amarillos, pero limpios de carbones y perfectamente tallados.

—No me gustan los brillantes — le respondí, después de mirarlos.

—¿Y qué le gustan?

—Prefiero las perlas.

—¡Oh!... Las perlas no sirven para nada, porque lo mismo lucen las verdaderas que las imitadas... En cambio con los brillantes no hay "gru-

po"... Se los regalo. Y se marchó de la habitación arrojándolos sobre mi almohada. Yo me levanté entonces y corrí hasta el patio para devolvérselos. Y haciendo brillar sus ojillos de rata, me dijo, entremezclando una maldición en guaraní: —¡Si no los tomás, los tiro al aljibe!—Volví a mi habitación pensando en que estaba otra vez frente a otro loco... ¡Qué sino el mío! Madame Daumont entró a pedirme que me vistiera con un traje liviano, pues había resuelto don Antero llevarnos a su obraje. — Comeremos opíparamente, nos obsequiará muchísimo... Te conviene... No seas tonta..."

Interrumpió el relato de Juliette la enfermera, que vino a colocarle el termómetro. Cuando le hubo tomado la temperatura, se marchó suplicándole que no se fatigara conversando demasiado. Juliette hizo un mohín de protesta y siguió su relato: — Atravesamos el río en la lancha automóvil todas las muchachas de la compañía, el empresario, la Daumont y dos empleados del escritorio del obraje. En Barranqueras nos esperaban los "breacks", que nos condujeron a un caserón inmenso, todo pintado de blanco y rodeado de una tupida vegetación. Aquel hombre tan alto, tan pesado, tan calmoso para hablar, se transfiguró así que se vió en sus dominios. Hasta los ojos se me antojaba que se le habían agrandado. Y con una alegría siniestra y riendo a borbotones, se puso a azuzar a los pe-

rros que salieron a recibirnos, dándoles con el cabo del látigo.

Efectivamente, tuvo razón la Daumont: comimos y bebimos espléndidamente. Después de hacer un poco de música y de ver bailar a los peones, don Antero me invitó a visitar una especie de museo de animales embalsamados. No pensé nunca que las muchachas de la compañía y madame Daumont se confabularon en la celada que me tendía aquel jastial indio. Me dejaron sola con él en el "museo", contemplando la serie de pumas, gatos monteses, tigres, yacarés y pájaros raros, que parecían vivos, tan naturales eran las actitudes en que aparecían colocados en largas hileras. Cuando salimos al corredor, le dije: — ¡Qué silenciosos están nuestros compañeros.

—¿Qué compañeros? — me preguntó.

—Madame Daumont y sus huéspedes... mi empresario...

—¡Oh!... Esos ya hace mucho rato que se marcharon a Barranqueras. Ya deben estar tomando la lancha para atravesar el río.

—Y yo ¿con quién voy a regresar?

—¿Usted regresar? ¿A dónde? Usted se queda aquí conmigo.

Comprendí que era una batalla que tenía que ganarla más con habilidad que con fuerza, y comencé por festejar, riéndome, la trastada que me habían hecho mis compañeros.

—¿Y hasta cuándo me va usted a tener aquí?

Ya sabe usted que debo debutar el sábado en el teatro.

—¡Oh!... De aquí al sábado hay varios días. No se preocupe. Ya lo arreglaremos todo. — Y enlazando su largo brazo de gorila en mi cintura, me dijo: — Vení... ya estamos solos... Dame un beso. Me parecés un poco fruncida, vos... No arrugués el entrecejo... Tenés unos ojos de gata... y una boca más linda que el burucuyá... Y añadiendo al entusiasmo de sus palabras un barbaro ímpetu sensual, me puso sus dos manazas en la nuca, y en un movimiento rápido y violento juntó su boca con la mía largo rato. Luego, como mareado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, exclamó: — ¿Qué tenes en la boca? ¿Qué me hiciste sentir, que nunca sentí?... Y tambaleante, tembloroso, se dejó caer sobre una mecedora. Yo me quedé atónita, sin atreverme a dar un paso. Saqué fuerzas de flaqueza y, fingiendo una serenidad extraordinaria, pretendí hacerle comprender que así no se conquistaba el corazón de una mujer como yo...; que me era muy simpático, que seguramente lo querría con el tiempo, pero que me hiciera acompañar o que me acompañase hasta Corrientes.

—Sé complaciente — me dijo, — y te llevo a donde vos quieras y hago lo que me mandes. Pero de aquí no te has de ir hasta que seas mía, pase el tiempo que pase... Volvió a incorporarse y llegó hasta mí, asiéndome otra vez por el cuello. Yo me defendí como pude, retorciéndome, es-

cabulléndome, clavándole mis uñas en sus manazas de cíclope... El seguía gritando: — ¿De ande, mi rubia?... ¿De ande has de poder más que yo?... — Pude en un momento de cansancio suyo huir por la galería y refugiarme en el comedor, cerrando tras de mí la puerta. Recurso inútil; el jastial violentó las maderas, que se astillaron, y penetró en el comedor. Formé una trinchera con la mesa y las sillas, que él deshizo en una arremetida de violencia suprema, al propio tiempo que yo le partí la cabeza con una botella. Vaciló breves instantes; la sangre le corría por la cara y se le metía en la boca, que tenía abierta para dar salida a sus resoplidos de fuelle; y, por último, cayó sobre el sofá en un breve desvanecimiento. Me asusté muchísimo, y a pesar de la ira que yo sentía, me acerqué para decirle: — Usted tiene la culpa... perdóneme...

—Ahora sí que no te has de ir de aquí... Te juro que no te has de ir.

Como seguía manándole la sangre de la frente, yo empapé una servilleta en agua y me acerqué a restañarle la herida. El me cogió de las dos manos y me obligó a que me sentase en sus faldas. El vaho acre de su aliento impregnado de alcohol aumentaba la repulsión que me inspiraba aquel hombre. Pretendí desasirme; pero con sus manos de acero apretaba mis muñecas, casi hasta quebrármelas. Resolví precipitar el drama y llegar al desenlace de mi vuelta a Corrientes, aun a costa de todo. Y rápidamente le dije: — ¿Usted

se compromete a hacerme llevar esta misma noche a Corrientes?

—Sí. Apenas amanezca te haré acompañar, pues yo mismo no puedo llevarte por culpa de esta herida ridícula... ¡Yo, herido en la frente! ¡Y por una mujer! Que sos hembra te ha salvado... ¡Oh, si hubieras sido un hombre, a estas horas ya habrías entregado tu alma a Mandinga!... Besame... Acariciame... Pedime perdón...

...Y lo besé una, diez, cien veces... con asco, con rabia reconcentrada... ¡Pero yo quería irme!...

Se quedó profundamente dormido. Un aire pesado y quemante revolvía con lentitud las hojas de los árboles. Levanté mis ojos al cielo. Nunca, ni al pasar por el Trópico vi mayor cantidad de estrellas... La mala estrella mía estaba también en la serenidad de aquel cielo sin nubes...

—¿Y le cumplió la promesa de dejarla en libertad aquella mañana? — le pregunté después de una larga pausa:

—No. Volvió a traicionarme. Fingió que estaba dispuesto a acompañarme él mismo; ordenó que ataran el "breack" y partimos de aquella casa maldita. Pero en vez de llevarme hacia la costa, me internó en la selva virgen y en un rancho donde vivían unos indios que hachaban árboles me obligó a quedarme. ¡Oh! ¡Qué días!... ¡Qué semanas! ¡Qué meses los que allí pasé vigilada, custodiada por aquellos indios a quienes el amo había hecho responsables de mi posible fuga!

—¿Y los compañeros de usted, y el empresario, y esa madame Daumont, a qué atribuían su larga ausencia?

—Todos ellos creían que yo estaba en el obraje de buen grado, por mi gusto y conveniencia. Cuando vino la tragedia, cuando intervinieron las autoridades, fingieron una gran indignación. Pero hasta entonces no se les ocurrió nunca tener piedad de mí.

—¿Tragedia dice usted?

—Sí. En las inmediaciones del rancho había un aserradero. Un día trajeron máquinas nuevas y vino a instalarlas un ingeniero holandés. La Providencia quiso que una tarde pudiese hablar a solas con ese hombre — ¡pobre!... ¡tan valeroso!... ¡tan noble!... — y le relaté mi odisea. Conocedor del poderío y la influencia que ejercía mi victimario en aquellas regiones y convencido de la inutilidad de poner al tanto de todo a las autoridades policiales que siempre se confabularían en contra mía, me aconsejó la fuga. El conseguiría caballos y él mismo, con peones suyos de su confianza, me acompañaría hasta Barranqueras. Una tarde me mandó decir con un sirviente, también holandés, que todo estaba listo; que a la noche, cuando durmieran los moradores del rancho, vendría a buscarme; que haríamos un trecho de camino a pie hasta encontrar en las inmediaciones del aserradero los caballos para la huída. Yo fingí acostarme a dormir; los indios que me custodiaban se recogieron tam-

bién temprano. Pasaron largas horas de angustia y de ansiedad hasta que sentí golpear suavemente en la ventana del rancho. Salí en puntas de pies; el holandés estaba esperándome y echamos a andar. Mas apenas habíamos transpuesto la empalizada, uno de mis guardianes nos vió y, dando la voz de alerta, despertó a los otros indios. Nosotros corrimos por entre el bosque rumbo al sitio donde nos aguardaban los caballos. Pero fué inútil nuestro esfuerzo, pues nos detuvo una descarga cerrada hecha por los indios guardianes, armados de winchesters. El pobre holandés cayó a mis pies acribillado de balas; yo también fuí herida en el muslo y rodé por tierra... Esa noche dieron aviso de lo ocurrido a Portales y vino él mismo a buscarme con un médico. Después de curarme de manera muy poco pulcra, me llevaron al obraje, donde se me infectó la herida. Vinieron entonces otros médicos de Corrientes y uno de ellos afirmó que tenían que conducirme a Buenos Aires para mi cabal curación.

—Y las autoridades ¿qué intervención asumieron?

—Ninguna en contra de Portales. Hicieron en la comisaría de Resistencia un sumario breve en el que aparecía yo como una mujer que había vivido en casa de la Daumont, y que por celos de mí, un indio borracho había matado al holandés y me había herido... Yo, con tal de verme en Buenos Aires, no quise decir la verdad... Además, ha-

bría sido inútil, pues, jamás, ni juez ni comisario alguno, me hicieron declarar...

—¿Y ahora? ¿No quiere usted que abramos un proceso a esos canallas?

—¿Para qué?... No tendría un solo testigo a mi favor... Además, yo no sería en la revisión de ese sumario sino una mujer entretenida que vivió en la casa de la Daumont...

—¿Y su herida? ¿Curó usted bien?

Juliette, en un movimiento rápido, destapó las cobijas de la cama y me enseñó algo horrible... Su pierna derecha cortada a la altura del muslo... Yo permanecí absorto. Ella, con acento resignado, me dijo: — Mañana me traerán las muletas, y así que ensaye con ellas y el médico lo consienta, quiero que paseemos juntos...

—¿Y con qué recursos ha contado usted para los gastos de su operación? ¿Cómo vino Vd. a Buenos Aires...?

—El médico correntino que me acompañó trajo órdenes para que aquí yo no careciese de nada.

—¿Y en el futuro?

—Tengo algo ahorrado en cédulas. — Y subrayando una dulce sonrisa me dijo: — Ya no le podré correr a usted una carrera, como aquella tarde que almorzamos en el "Arroyito"... ¿Se acuerda?...

Se me saltaron las lágrimas y ella exclamó entonces:

—¡Oh amigo mío... la que debe llorar soy yo!...

En ese momento entraba el director del sanatorio, al que yo conocía mucho. Con esa jovialidad sistemática que usan piadosamente los médicos frente a un enfermo grave, se acercó a Juliette y le dió dos palmaditas en las mejillas. Y luego, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Aquí tiene usted una de las enfermas más heroicas que he conocido. Ha resistido las crueldades que obligadamente hemos tenido que hacer con ella, en forma admirable... ¡Es una valiente! Pero observo que tiene un poquito de temperatura. Seguramente ha charlado más de lo debido... No le voy a permitir visitas si no se queda muda...

La enfermera hizo correr la mesita de ruedas donde venía la comida.

—¡Ea!... dejémosla alimentarse... Despídase de su amigo hasta mañana... — recalcó el médico. — Y cogiéndoseme de mi brazo me sacó del cuarto.

—No sabía que era usted amigo de la señorita Darcourt — me dijo en el jardín... — Pobrecita...!

—La encuentro desmejoradísima...

—¡Oh! Y ahora la ve usted espléndida en comparación a cuando vino. Pero es un caso perdido. Está desnutrida... Además, la infección de su sangre producida por la gangrena de la herida y atenuada por la operación, no podremos curarla...

—¿Y no habrá manera?...

—El milagro, únicamente.

—Pues la infeliz está muy creída que podrá levantarse pronto.

—Sí... eso sí... Podrá vivir un mes... dos... lo mismo que morirse ahora... Ya no hay nada que hacer. Hemos agotado todos los recursos de la ciencia...

Me despedí, intensamente apesadumbrado, del director, a quien pedí permiso para ir a visitar todos los días a Juliette. Me lo consintió y así me he impuesto la obligación de ir por las tardes al Sanatorio.

Le han traido las muletas a Juliette y mañana, me ha dicho, va a empezar a ensayarlas en el jardín. Además, agrega con regocijo infantil: — Mañana, si hace buen día y me cumple lo prometido el médico, saldré a dar una vuelta en coche. — En un rincón del cuarto están las muletas. Juliette me las señala y quiere que me apoye en ellas...

—¿Verdad que son muy elegantes? — me dice, queriéndose engañar a sí misma.

Hoy he sido sorprendido por la visita de Juliette. Ha entrado en mi escritorio seguida de la en-

fermera. Juliette se ha esmerado en la "toilette"; se ha hecho ondular el pelo, ha rasgado sus ojos con el difumino azul y ha pintado de rojo sus labios, los labios, ¡ay!, de los besos brujos...

—Vengo a buscar a usted para que paseemos. Hace un sol magnífico y yo me siento muy bien. Hasta las tres de la tarde me ha dado permiso el médico... ¡Ande! Apúrese usted... que se nos va el sol...

No puedo articular palabra. Los sollozos ahogan mi garganta y las lágrimas saltan a mis ojos.

—¡Oh! ¡Oh!... Si se pone usted así no vendré a buscarle nunca más... nunca más...

¡Nunca más pudo venir a buscarme Juliette! Anoche se ha extinguido lentamente, sin agonía, como cayendo en un dulcísimo sueño. Llegué al Sanatorio cuando aun le restaba un hálito de vida. Abrió sus inmensos ojos y me miró fijamente. Luego movió los labios como queriéndome decir algo. Un ligero estremecimiento y...

¡Pobre Juliette! La enfermera que estaba de pie al lado de la cabecera, salió a anunciar al médico de guardia el desenlace. Yo le pasé la mano por la frente; le acaricié el pelo húmedo de sudor. Sonreía... Los labios finos, en el ansia de aspirar, dejaban al descubierto los maravillosos dien-

tes... ¡La boca de los besos brujos! Sentí la necesidad de besarla, y ya sin miedo al sortilegio, posé mi boca en la suya y la besé largamente.

Hoy hemos enterrado a Juliette. Formábamos el séquito el director del Sanatorio, yo, su última modista, su antiguo zapatero y Amelie.

UNA HORA MILLONARIO

AQUELLA noche había bajado yo con más retraso que de costumbre al comedor del hotel. Estaban los criados ordenando la platería y arrojando en los cestos las servilletas usadas. En el ángulo del salón aguardaban a que les trajeran el café, una mujer muy pálida trajeada de negro, y un hombre coloradote, fuerte, de aspecto ciclópeo, que echaba cariñosamente sobre su pipa largas humadas, como dedicado a la tarea de curar el dragón de espuma de mar, que ya amarilleaba en el recipiente del tabaco.

Se me acercó el jefe del comedor trayéndome la inevitable fuentecilla con tres enormes rábanos abiertos en forma de camelia, unas rodajas de patatas salpicadas de perejil y dos caracoles de manteca sobre hielo picado. "Tendré que servirle al señor minutas, pues nada de la lista le aconsejo a esta hora".

—"Perfectamente".

Después de ensayar dos platos frangollados de

mal humor por uno de los pinches de guardia, pedí según mi costumbre, una taza de camomila.

A mitad de mi fracasada comida, había entrado al salón mi vecino de mesa, un hombre de cara extraña, en la que le bailaban los ojos negros y brillantes. Reía de contínuo y la pequeña boca de labios finos y casi sin carmín, dejaba al descubierto una dentadura admirable. Hasta entonces no tuve ocasión de encontrarle nunca de día; asi es que siempre le vi vestido de frac, comiendo solo, o en el saloncito de periódicos tomando café en compañía de la pareja con quien ahora conversaba. Aquel desconocido tenía la costumbre de fumar unos puros deliciosos. Y era todo un espectáculo verle embocar el cigarro de hoja, cual una corneta y darle unas chupadas que parecían llenarle de placer, en tal forma voluptuosa cerraba los ojos y devolvía despaciosamente el humo por sus labios fruncidos como para silbar.

Mientras me traían la camomila, yo me puse mecánicamente a observar a aquel hombre. Peinaba la tupida cabellera negra, hacia atrás; tenía la hermosa frente despejada y tersa; en el mentón apenas ponía un tinte azulado la barba rasurada; el color cetrino de la tez, parecía cobrar mayor intensidad ante el contraste de las alburas de la pechera del frac. Sus manos eran finas, de dedos alargados y de uñas bien cuidadas.

Mis vecinos pidieron licores. La mujer sacó de su ridículo de gró violeta, cigarrillos turcos, al propio tiempo que el hombre de la cara cetrina,

poniéndose de pie, llevó la diestra al bolsillo trasero del pantalón, como cuando se busca el revólver, y extrajo la tabaquera de platino, que dejó abierta sobre el mantel. El hombre ciclópeo, permutó la pipa por el puro, dándole un mordisco violentísimo. Los tres se pusieron a fumar y redoblaron la animación de su charla en inglés.

Yo también sentí el deseo de fumarme un cigarro de hoja y ordené al jefe que me lo enviara con el chico del "Grill Roon" que vino breves instantes después, portando la bandeja llena de cajas. Era el chico de los cigarros, un madrileño vivaz y con más letra menuda que un tomo de la Biblia de bolsillo. A pesar de sus cinco años de París, no había perdido ni su acento ni sus salidas chulescas, de las que abusaba como un personaje de zarzuela por horas.

Yo solía darle cuerda pues me holgaba mucho tener con quien hablar en castellano.

—¿Cuál de estos me recomiendas, Colás? — le dije al chico abrienda varias cajas.

—Según pa lo que usted los necesite.

—No te entiendo.

—Como insecticidas, a estos Manilas los reputo de primera. Pa que lo dejen a usted solo, así que, usted los encienda, estos de Canarias... Y como pa suicidarse de mala manera estos hamburgueses...

—¿Pero no tienes habanos?

—Estos... que son la muerte en los labios y que proceden de la Vega de la calle Rivolí...

Estaba nauseado por el tabaco rubio, por los Malacrinos, por los Bastos y los de la Vuelta Abajo de papel, que ardían como paja... Me pedía el cuerpo un buen cigarro, y en vez de seguirle como siempre la corriente al madrileño, respondí agresivamente a sus cuchufletas y le ordené que cruzase hasta el Café de la Regencia a comprarme un cigarro habano.

El hombre de la cara cetrina, me dijo en castellano con la mayor naturalidad, desde su mesa, y como si me conociera de toda la vida: "Le van a traer a usted, un mal puro. Sírvase usted, uno de estos.

—¡Oh!... de ninguna manera, señor.

—Yo bien se lo que significa satisfacer el deseo de fumarse un buen cigarro. Acéptemelo".

Y se quedó de pie, junto a mi mesa con la tabaquera de platino extendida...

Mecánicamente me puse también de pie y cogí un puro.

—"Ha salío usted ganando", me dijo por lo bajo el madrileño, al propio tiempo que ponía en mis narices el encendedor de alcohol...

Ya los otros se habían dirigido al vestuario. Cuando salimos detrás de ellos, un "groon" les alcanzaba los gabanes. Nos saludamos ligeramente con un movimiento de cabeza y partieron rumbo a la calle.

—¿Quién es ese? — le pregunté al madrileño.

—¿El tío de los puros? Pues un americano de

"Mesico", pintor y músico. Colijo que tié mucha pasta divina, porque no se priva de na. ¡Y hace bien! Pa cuatro cochinos días que uno ha de vivir! ¡Menflis! Y el que venga atrás que arree... Pa mí agregó en voz baja, el que arrea es el hombre alto...

—¿Entonces, tú crees que...?

—¡Naturaca! El gachó de la pipa se ha ubicao de motu propio en las Batuecas!

—¿Pero no son marido y mujer?

—¡Cá...! Amigos y... gracias no hay de qué...! Ella dicen que toca el órgano de una manera súper y que en Hungría la consideran como a cosa eminente. Aquí en el hotel tienen apartamiento por separado... Con el tío de la pipa come y toma el te; con el músico pasea. Parece que va a posar al estudio del mesicano... Y allí... ¡claro! ¿qué van a hacer los pobrecitos? ¡Pues un pastel!...

—¡Calla, miserable, calla! y dame el sombrero...

Una hora después, ocupaba yo una silla en el Casino, deseoso de seguir las peripecias del campeonato de lucha greco-romana. En un palco bajo, a mi derecha, estaban el hombre ciclópeo, la húngara y el mejicano.

Yo seguía aspirando con delicia el puro regalado. Mi obsequiante alcanzó a verme y nos sonreímos. Los dos, al propio tiempo dimos una chupada a nuestros respectivos cigarros. Y tornamos a sonreírnos.

A la tarde siguiente, regresando del bosque recordé que acababa de llegar de Buenos Aires, un ilustre amigo que tenía su alojamiento en el Hotel Creillón. Despedí mi coche en las arcadas, de la esquina de la "rue" Royal, frente al obelísco de la Plaza de la Concordia, y me dirigí a la portería del vetusto edificio donde dejé mi tarjeta.

Permanecía luego indeciso, sin saber que rumbo tomar. Era una tarde divina. Una concurrencia enorme cruzaba la plaza, rumbo a la Exposición. En un coche descubierto ví al mejicano que me hizo un cumplido saludo. Recordé entonces su movimiento expontáneo de la noche anterior y me encaminé a lo de Maxi m's a comprar un exquisito cigarro para devolverle su gentileza. Al salir de nuevo a la rue Royal, encontré contemplando un escaparate de joyas falsas a dos artistas amigas, la malagueña Rosa Bermúdez y Ninón Laplace, una chica de Tolosa recriada en Barcelona. Ambas solían figurar como soprano y tiple ligero respectivamente, en los elencos de compañías de óperas de segundo orden. Yo las había conocido en Buenos Aires y simpatizamos tanto, especialmente con la malagueña, que desde los sitios más remotos del globo me enviaban de contínuo postales y recortes periodísticos. Estaban de paso en París y al día siguiente debían dirigirse a Marsella,

para embarcarse rumbo a Algerie, donde trabajarían dos meses. Me saludaron con sendos besos y abrazos, en pleno bulevar, y cogiéndome cada una de un brazo me arrastraron hasta las vitrinas interiores de la casa de bisutería. Eligieron unas arracadas de corales, dos collares de perlas, media docena de anillos con cabuchones y esmeraldas, seis esclavas y otra suerte de avaloríos. Mientras envolvían los estuches, Rosa Bermúdez, apoyada en mí hombro y apretando los párpados hasta enredar casi sus enormes pestañas moras, susurraba muy bajito el aria de las joyas de la Margarita de "Fausto".

—Te hemos costado sólo sesenta y cinco francos. No puedes quejarte. Convídanos a tomar el coctel...

Echamos a andar hasta el Café Napolitano. Las mesas de la terraza estaban llenas de amigos suramericanos y españoles. Esquivamos las divertidas peñas, deseosos de charlar los tres a nuestras anchas, y ocupamos una de las mesas interiores.

Mientras nos traían los cocteles, Rosa desató el paquete de los estuches y se puso a contemplar las joyas.

—¡Chicas, que perlas más hermosas!... Cualquiera las toma por verdaderas... ¡Qué bien falsificadas están! Mira qué oriente... ¿Y las esmeraldas?... Con jardín y todo...

Jugaba Ninón Laplace con la cereza de su coctel, chupándola como a un caramelo, cuando dijo:

—Mira quien entra.

—¡Hamilton!

Era el mejicano.

—¿Le conocéis?

—Mucho, respondió Rosa. Fué gran amigo nuestro en Tegucigalpa y últimamente en Milán, nos dió una cena opípara. Llamémosle.

—Sí.

Ninón Laplace, se puso de pie, y le chistó.

Hamiltón avanzó sonriente hacia nuestra mesa.

—¿Cómo os va chiquillas? ¿Qué diablos hacéis en París?

—Nos vamos mañana a Marsella... ¿Ustedes no se conocen?

Rosa hizo nuestra presentación. Recordamos el incidente del puro y nos pusimos a conversar como dos camaradas de tiempo atrás.

A las ocho de la noche, ahitos de cocteles de champaña, resolvimos comer juntos los cuatro, en un restaurante discreto y nos fuimos a pie por la rue Cadet, hasta la taberna judía de Madame Luna. Nos sirvieron un exquisito "pilaf", como plato de resistencia y nos bebimos hasta seis botellas de vino de Palestina. Cuando nos trajeron el café sin colar en las tazas de bronce, Hamilton quiso obsequiarme de nuevo con un cigarro de hoja, pero yo me adelanté a ofrecerle uno de los que había adquirido en Maxims.

—Es lástima, Rosa, que te marches mañana, dijo Hamilton, al tiempo que arrimaba el cigarro a la llama azul del encendedor.

—¿Pues?

—Me hubiera gustado hacer tu retrato. Por fas o por nefas, nunca se me logra ese deseo que tengo desde que te conocí en Méjico. ¡Son tus ojos tan admirables! Anda... agregó cogiéndole las finas manos entre las suyas, no seas tonta, quédate en París.

—¿Y mi contrato?

—Lo rompes.

—¿Y la multa?

—La pagas.

—¡No me tientes! Déjame que cumpla. Me perjudicaría con el agente de Milán... Además, el mundo es tan pequeño... Ya nos volveremos a encontrar. Lo que siento es marcharme sin conocer tu famoso "attellier"...

—Si ustedes no tienen cosa mejor que hacer, les invito a que vayamos hasta allá.

—Si nuestro amigo quisiera aocmpañarnos...

—Ya lo creo.

—En marcha, pues. Beberemos en mi estudio una taza de te verde y os enseñaré muchas preciosidades de mi país.

Pedimos a dúo la cuenta, que Hamilton arrebató de manos del camarero, a quien entregó súbitamente un billete de mil francos crujiente de puro nuevo. El rato que tardaron en traerle los cambios, lo invertimos en apurar de pie, otra copa de licor.

Tenía Hamilton su estudio en un quinto piso frente al cementerio de Momparnase. El ascensor de la casa era tan pequeño que tuvimos que ir en dos veces. Hamilton y la Malagueña nos precedieron. Cuando la caseta de cristales subió, nos quedamos Ninón y yo a obscuras arrimados a la cancela. Ninón me echó los brazos al cuello y apretándose mucho a mí, me dijo: "¡tengo miedo!" Juntó su cara afiebrada a la mía; su respiración era jadeante y exhalaba un terrible olor a vino agrio.

—¿Miedo a qué tienes, chiquilla?

—A ese hombre.

—¿Pues?

—En Milán, nos tendió una encerrona y nos emborrachó con pulque. Yo estuve como loca y presa de ataques nerviosos más de quince días... No bebas te verde... No bebas nada...

Desde arriba nos gritó Hamilton: "ahí les envío el ascensor".

Poco a poco el resplandor de la caseta de cristales fué bajando hasta llenar de luz el zaguán. Apenas corrimos el enrejado de acero, comenzamos a ascender.

La vulgaridad de la puerta de cedro en la que se leía en una placa de porcelana: "Hamilton,

pintor", no daba idea de la originalidad del estudio. Fuimos de sorpresa en sorpresa. No había criado en la casa. Hamilton, a medida que avanzábamos encendía las bujías eléctricas. Atravesamos una galería tapizada de damasco mordoré y entramos al amplio salón octogonal, donde alternaban los caballetes de labor con muebles suntuosos de estilo azteca. Había en la estancia un penetrante olor a violetas viejas. Corrimos los cortinones de la gran vidriera que daba a la calle. La luna pintaba de albayalde los árboles del cementerio, las cruces y las tumbas... Permanecimos los cuatro largo rato, sin decir palabra, contemplando aquel extraño paisaje. Rosa tenía su frente pegada a los cristales que se empañaron de su aliento. Volvimos a seguir a Hamilton en silencio por los otros compartimientos. Al pasar por un cuartito todo pintado de negro y en el que alcancé a ver dos piedras litográficas y varias planchas de acero, Hamilton cerró violentamente la puerta. Luego nos introdujo en un saloncito recubierto de nogal de Italia y amueblado simplemente por una mesa y seis butacones, muy cómodos. Sobre la mesa había una tetera de níquel, varias tazas, un juego de botellas de cristal de roca con tapaderas de plata repujada, un copón como de iglesia lleno de azúcar cande, una caja negra y dos tabaqueras con puros y cigarrillos turcos. Cuando nos hubimos sentado, Hamilton enchufó la tetera de níquel con el hilo eléctrico que pendía de la araña central.

—Fumemos. Y luego agregó: ¿Se atreven con el pulque o prefieren coñac?

Ninón me hizo una seña y yo en un exceso de confianza y de curiosidad, exclamé: "¡Venga pulque!"

Cuando ya estaban servidas las copas, sonó un timbre.

—Es el teléfono, dijo. Permiso. Voy a ver quién me llama. Y desapareció.

Ninón se puso de pie y se avalanzó sobre mí, para quitarme la copa que yo ya había llevado a mis labios.

—¡No bebas! ¡No bebas!

—¡Déjame!

—¡No bebas!

—¡Déjame!

—¡Te pesará! Y volvió a su butaca, en el momento que retornaba Hamilton, pálido, nervioso...

—Herminia, es Herminia... la húngara... Vosotras la conocisteis en Milán. Y dirigiéndose a mí, agregó: y usted también la conoce. Nuestra vecina de hotel. Va a venir en seguida.

—¿Con el jastial? — preguntó Rosa.

—Con el jastial.

Ya se oía el leve susurro del agua de la tetera, próxima a la ebullición; y como si obedeciéramos a su chistar prolongado, todos guardamos silencio.

Por decir algo dije:

—¿Dónde consigue usted, el te verde?

—Me lo manda un amigo de Amsterdam. ¿Desea usted llevarse una caja?

—¡Oh... no!

—Vean ustedes, que prolijamente acondicionado viene. Y abriendo la caja de ébano, adornada de vetas de marfil nos enseñó unas como virutas de bronce con cardenillo, resguardadas con papel plateado. "Con tus dedos Rosa... Coje tres porciones".

La tapa de la tetera temblaba y por el pico salía violentamente un chorro de vapor. Sacó el conector, y Rosa echó las tres porciones indicadas, sobre las burbujas del agua. Luego Hamilton cubrió el recipiente con el manguito de pieles de Ninón. Sonó otro timbre.

—Ahí están, dijo Hamilton y desapareció a abrir la puerta.

Tardaron largo rato en entrar al comedor el dueño de casa, Hamilton, la húngara y el jastial. Todos, excepto Ninón, bebimos te y pulque. Luego pasamos al "attellier". Debían haber venido con alguna nueva ingrata los recién llegados porque a Hamilton se le acentuó el brillo de los ojos. Mordíase de continuo los labios y no hallaba postura cómoda en ninguno de los taburetes y sillones del salón.

Me acerqué a Rosa que estaba contemplando unos idolillos aztecas y le dije, por lo bajo: ¿qué te parece si nos marcháramos?

—Iba a decirte lo mismo. Creo que estorbamos.

Debió darse cuenta Hamilton de nuestras sospechas porque reponiéndose con una energía súbita, llegó hasta nosotros y nos invitó a ver una

colección magnífica de aguas-fuertes y de dibujos al temple, obra suya. El jastial desapareció del "attellier". Por el rabillo del ojo le vi meterse en el cuartito pintado de negro cuya puerta había cerrado antes Hamilton a nuestro paso.

Herminia llegó hasta el armonium que estaba en un ángulo del salón, bajo un dosel hecho con casullas episcopales, y se puso a tocar un trozo lúgubre como de canto funerario. Ninón, toda escalofriante, se arrimó a mí; Rosa se sentó en las faldas de Hamilton que le daba de rato en rato chupadas de su cigarro turco. Así estuvimos sin hablar largo tiempo. Cuando Herminia hizo girar el taburete para enfrentarse a nosotros, Hamilton apartó violentamente a Rosa y se puso de pie. En aquel instante reaparecía el jastial, con la pechera del smocking manchada de salpicaduras azules... Justificó el percance diciéndonos que había estado revelando fotografías.

—¿Nos vamos ya? — interrogó Herminia a su acompañante.

—Sí. Y pasándole las manos cariñosamente por la cabellera a Hamilton le dijo con acento de sincera tristeza:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Espero que pronto. Y dirigiéndose a nosotros añadió: mis dos mejores amigos se marchan a Londres mañana.

—A las nueve estaremos en Calais y si la Mancha no nos recibe malhumorada, almorzaremos en Cárton antes de la una. El hombre ciclópeo

abrazó conmovido tres veces a Hamilton; Herminia le besó en la boca largamente... Los tres desaparecieron por el pasadizo tapizado de mordoré.

—Y ahora nosotros también nos marchamos, exclamó Ninón.

—Sí, en seguida.

—¡Estoy en ascuas!

—Calla, que ahí vuelve.

Hamilton, profundamente pálido retornó al salón fingiendo una dulce sonrisa.

—Perdonen la emoción que me domina; pero este viaje repentino de mis camaradas, me produce una profunda tristeza.

—Mis amigas desean retirarse. También ellas dejan París a primera hora y necesitan realizar sus últimos preparativos.

—Las acompañaremos, si es que mi presencia no les incomoda...

—Absolutamente.

Hamilton comenzó a apagar las luces y mis amigas se aprestaron para la marcha.

Luego, abriendo una vitrina, dijo a Rosa y a Ninón: elegid lo que más os plazca.

—No... respondieron las dos...

—Me daréis un placer.

—De ninguna manera...

—Bien, elegiré yo por vosotras y para vosotras. Estos anillos de piedras duras para ti, Rosa. Son una preciosidad... Y éstas pulseras cinceladas para ti, Ninón...

Y salimos rumbo al ascensor. Al cerrar la puer-

ta, yo sentí que Hamilton daba como un adiós definitivo a su casa. ¿Por qué sentí esa impresión? Yo no hubiera podido explicármelo en aquel instante, pero lo sentí así. El acontecimiento trágico que me llenó de espanto breves horas después, confirmó mi certero presentimiento.

Volvimos a descender en dos veces, como al llegar. Ninón y yo fuimos los primeros.

—A ese hombre le pasa algo grave.

—Sí: desde que le hablaron sus amigos por teléfono trató en vano de dominar su inquietud.

—Lo mejor es que le dejes solo.

—En cuanto lleguemos a vuestro hotel le digo adiós.

El único coche que encontramos era tan pequeño que hubimos de llevar en nuestras faldas a Rosa y a Ninón. Fuimos desde Momparnase hasta el hotel de los Bufos casi sin hablar. En la puerta nos despedimos muy efusivamente y les prometí que iría a la Estación a darles un abrazo. Yo sabía que la promesa era mentirosa y ellas también. Sin embargo, dijimos a coro: "hasta mañana".

Volvimos a subir al coche.

—¿Tiene usted inconveniente en que nos detengamos un momento en el Filet de Sol?

—No, señor.

—¡Al Filet de Sol!

—Ya estamos.

—Un momento. Entro y salgo.

Efectivamente así fué, porque aguardé sólo breves instantes. Hamilton se despidió en la puerta, de un hombrecillo envuelto en un amplio gabán de pieles, que volvió a entrar al restaurante.

Hamilton tras una breve vacilación como si se hubiera olvidado de comunicar algún encargo al hombrecillo del gabán, avanzó resuelto hasta la portezuela del cupé. Y ya casi dentro, con un pie en el estribo, me dijo, ¿qué le parece a usted si camináse mos un poco?

Yo supuse que aquello equivalía a una insinuación para que yo aceptase ser el confidente de su inquietud y picado de curiosidad malsana, acepté. Despedimos el coche.

Echamos a andar sin rumbo. Las calles estaban ya solitarias. París era un desierto de casas. De rato en rato, Hamilton volvía la cabeza como observando si alguien nos seguía. Cerca de una hora llevábamos ambulando sin que la anhelada confidencia se insinuase. Nuestro diálogo incoherente resultaba de una falta absoluta de interés. Dos veces hube de decirle adiós, fingiéndome fatigado, pero precisamente entonces era cuando se me antojaba que el hombre iba a "entrar en materia".

Llegamos al mismo sitio donde le había encontrado yo por la tarde al regresar del bosque.

—¿Se fatiga? Hace una noche tan divina... Y yo deseo andar... andar...

—Usted está sumamente inquieto. ¿Acaso la partida de la húngara?...

—¡Oh, no! Cosas de mi país... La tiranía de mi país... Va a fracasar todo...

—No entiendo...

—Porfirio Díaz... ¿sabe?... Todo estaba listo... El dinero para hacer la santa revolución... la inevitable revolución que ha de tumbar una tiranía de treinta años... El dinero nos ha fallado... Ya tendremos ocasión de hablar si es que esta noche... ¡ah!... esta noche es definitiva en mi vida..."

Y volvió a quedar callado, tras una serie de frases incoherentes recitadas en el jadear de una marcha casi al trote, como si alguien nos persiguiera.

Al llegar al Arco de la Estrella me invitó a que visitásemos a una amiga que tenía su casa a pocos pasos de allí, en la rue Balzac.

—Tomaremos café y sabré algo que necesito saber antes que sea de día.

En el número 6, apretó el botón del timbre eléctrico. Un criado de uniforme y grandes patillas rubias nos abrió la puerta y nos condujo a un vestíbulo pequeño adornado de muebles blancos y en cuyas paredes reía terriblemente la musa festiva de Leandre, Mucha, Caran D'Ache y Vi-

lette... Salió a nuestro encuentro una mujer estupenda, opulenta de carnes, de inmensos ojos azules y boca de brasa en la que le relampagueaban unos dientes de lobezna. Le caía la rubia cabellera sobre el nácar de los hombros. Vestía una amplia túnica de seda rosa acordeonada. Después de la breve presentación que Hamilton hizo de mí, pasamos a un saloncito donde había una mesa de juego. Sobre el tapete verde se confundían las fichas multicolores con las barajas inglesas y los ceniceros colmos de colillas emboquilladas de papel dorado.

—Hasta hace media hora han estado aquí, dijo la rubia, con ese acento mimoso, propio de las mejicanas. Piferman recibió un aviso telefónico e inmediatamente resolvió salir de París.

—¿A dónde?

—Dijo que ya sabríamos de él.

Hamilton que se sentó junto a la mesa y que no se había sacado los guantes ni el sombrero, jugaba inconscientemente con los fichones de marfil. Yo contemplaba los diminutos pies de aquella mujeraza, pensando, mientras a Hamilton se le tornaban violáceas las ojeras, cómo era posible que dos cosas tan pequeñas sostuvieran un peso tan grande...

Nos trajeron el café que Hamilton apuró de un sorbo, sin echarle azúcar. Luego pidió permiso para hablar por teléfono y me dejaron solo. Supuse que aquello era un pretexto discreto para conferenciar los dos reservadamente. Sobre un so-

fá había periódicos americanos y me puse a repasarlos por distraerme en algo. De pronto, sentí, lo falso de mi situación, la ridiculez de mi compañía a ese loco o desventurado conocido de pocas horas y resolví hacer mutis por el foro. Estaba buscando en la pared un botón eléctrico para llamar al criado, cuando retornó Hamilton seguido de la mejicana. Tenía Hamilton un aspecto espectral.

—Perdone usted... Ya nos vamos. Hasta mañana, Marcela... Hasta mañana, ¡si Dios quiere! No te acuestes sin quemar esos papeles...

—Me da lástima.

—Quémalos... Quémalos...

El criado de las patillas rubias, nos acompañó hasta la calle.

—¡Todo perdido! ¡Todo! Y lo más terrible es que esta pobre mujer, será una de las víctimas inocentes...

¡Todos me dejan sólo...! ¡Todos huyen! ¡Oh!... si usted supiera... si usted supiera!...

Y yo no soy un canalla... un delincuente vulgar... Si hice lo que hice fué por... ¡Oh!... no... no...

Antes la muerte que la afrenta... Aún tengo fuerzas para llevar el cañón de un revólver a mi sien!...

Sentí miedo de que aquel hombre se franquease definitivamente; medí las consecuencias de

una complicidad mía inocente, determinada por esa curiosidad, por esa ligereza en el comercio de las amistades que tanto pueden perjudicar a quienes nos entregamos sin previa meditación al primero que se nos cruza en el camino... Y rápidamente, mi debilidad bondadosa tornóse en grosería y sin el más mínimo asomo de piedad por aquel desventurado, ordené a un cochero que se detuviera. Y secamente le dije: hasta mañana Hamilton.

—¿Me deja usted sólo? ¡Por Dios! ¡No me deje usted sólo!

—Sí. Mi compañía de nada podría servirle en su drama que ignoro y que prefiero seguir ignorándolo. ¡Adiós!

Mi coche partió a escape y Hamilton se quedó recostado en uno de los faroles de la Avenida de los Campos Eliseos.

Me acometió de nuevo la debilidad y me asomé a la ventanilla del cupé. En la lejanía vi la llama de un fósforo. Hamilton encendía un cigarro. Tuve un amago de pena por aquel hombre extraño; la conciencia me remordió al pensar que cinco minutos de consuelo pudieran evitar que aquel hombre cumpliera su amenaza de matarse... Y le golpeé en los cristales al cochero para que se detuviera.

—¡Vuelva usted hasta el Arco de la Estrella!

Volvimos, pero inútilmente. Hamilton había desaparecido.

Estaba en mi cuarto del hotel realmente preocupado por la suerte de aquel hombre. Las agitaciones de la noche, el exceso de comida, de alcohol y de tabaco, me desvelaron en absoluto. Para calmar mis nervios resolví bañarme. Mientras se llenaba la pileta intenté pasar revista a los periódicos de la noche. Mis ojos miraban pero no leían las letras. La cara de Hamilton, exangüe, se me aparecía como un espectro. Sentí pasos. ¿Sería él? Cuando el taconeo se confundió con el ruido del chorro del agua abrí la puerta. Sí; era él que entraba a su departamento situado a pocos metros del mío. Hice un supremo esfuerzo de voluntad para no llamarle y volví a correr el pestillo.

No había pasado media hora, cuando llamaron violentamente a mi puerta. Al abrir, se precipitó en el cuarto Hamilton que traía un maletín de cuero de Rusia.

—¡Guárdeme usted esto! ¡Salve usted esto!... me dijo con cara de enagenado. Y se marchó veloz. Yo dejé el maletín en el sofá que estaba lleno de periódicos y de libros. Y me quedé escuchando, pegado el oído a la puerta. Breves minutos después se notó un movimiento inusitado en todo el piso. Oí la voz del gerente del hotel que parecía guiar por la galería a la gente recién lle-

gada. Apagué la luz. Y en puntillas de pie me llegué de nuevo hasta la puerta. La gente recién llegada guardó de pronto silencio. Luego, el gerente del hotel dijo:

—¡Mr. Hamilton, Mr. Hamilton: abra usted! En seguida una voz tonante gritó: "En nombre de la ley, abra usted la puerta, Mr. Hamilton!" Y sonó un tiro. Salí entonces precipitadamente a la galería que estaba llena de agentes de policía. El comisario que ostentaba su banda tricolor, hacía esfuerzos por abrir la puerta del cuarto de Hamilton. Salieron de las demás habitaciones varios huéspedes, a inquirir lo que ocurría: los unos a medio vestir, los otros en camisón y en pantuflas, los otros en pijamas, dando gritos, que en vano trataban de reprimir el gerente y los empleados del hotel, exhortándoles a la calma.

Cuando abrieron la puerta, yacía Hamilton muerto sobre la cama. De la sien derecha y de las narices le manaba sangre.

Yo fuí uno de los primeros que entraron al cuarto del suicida. Pero a los pocos instantes nos hicieron salir por orden del juez y del médico de policía que llegaron como por arte de encantamiento.

Se formaron diversos grupos en la galería, mientras el médico examinaba el cadáver y el juez y el comisario revisaban los armarios y los baúles de Hamilton. Poco a poco los huéspedes volvieron a sus habitaciones. Yo también me fuí a la mía horriblemente impresionado. Vi el maletín

sobre el sofá. Mi primer movimiento fué el de entregárselo al juez, pero por temor a que ello me obligase a declaraciones y molestias, resolví aguardar el curso de los acontecimientos. Eché llave a la puerta y llevé el maletín al cuarto de baño para examinar allí su contenido. Me quedé aterrado. Había muchos fajos de billetes de mil francos prolijamente atados con hilo, cuyos nudos estaban resguardados por redondeles de lacre. Extraje un fajo y conté hasta cien billetes. El total de los restantes hacía una suma de dos millones de francos. Cerré el maletín y lo arrojé en el cesto de la ropa...

El corazón quería salírseme por la boca. ¿Qué hacer? Relataría al juez la forma en que Hamilton me había hecho depositario de aquella maleta? ¿Cómo probaría mi ignorancia respecto a la fortuna que encerraba? ¿De quién era ese dinero? ¿Procedía de un robo? ¿Pertenecería a los conjurados en contra de la dictadura mejicana? ¡Oh! Fueron diez minutos de cruel angustia y de terrible vacilación. ¡Dos millones de francos! ¡La felicidad! ¡La fortuna inverosímil! ¿Y si me callase, hasta ver si alguien me reclamaba la devolución? ¡Oh!... no... eso sería una indignidad. ¿Pero si no lo sabía nadie?...

Y así, en un mar de confusiones, pasaba de la cama al sofá, del sofá a una silla, seguido siempre por el espectro de Hamilton...

¡Pobre Hamilton! Aun me parece estar oyén-

dole decir: "¡Salve esto...! ¡Guárdeme usted esta maleta!"

¡Dos millones! Y allí los tenía! ¡Eran míos! ¡Míos! ¡Dos millones! ¿Por qué devolverlos?

De pronto me remordió la conciencia y resolví denunciar el caso al juez, que continuaba haciendo el inventario de los efectos y papeles de Hamilton.

Llegué hasta el cuarto de baño y extraje el maletín del cesto de ropa sucia... Lo abrí, reconté los fajos... Eran los billetes nuevos, crugientes, como el que había cambiado Hamilton en la taberna judía... "¡Oh! no... yo no digo absolutamente nada, como no me exija el juez alguna declaración". Y me tiré de bruces en la cama después de dejar en una butaca el maletín de los dos millones... Oía en la almohada el latir de mi corazón... Tenía la boca seca... Una angustia escalofriante me corría por todo el cuerpo...

Empezaba a amanecer, cuando llamaron violentamente a mi puerta.

Me incorporé de súbito y abrí. Eran el juez y

el comisario de policía. Con exquisita cortesía me dijo el juez:

—Disculpe usted, que le molestemos, pero los agentes secretos, que han seguido a Hamilton desde ayer, afirman que usted ha pasado hoy varias horas en su compañía. ¿Quiere usted decirnos lo qué han hecho ustedes?

—Sí, señor Conversé anteanoche incidentalmente por primera vez con el desgraciado Hamilton; en la tarde de ayer, tomando el aperitivo con dos amigas...

—Sí, Rosa Bermúdez y Ninón Laplace.

—Efectivamente.

—Han sido detenidas en el Hotel de los Bufos. Adelante.

—Llegó Hamilton, que conocía a mis amigas de tiempo atrás y nos invitó a comer en la taberna judía. Luego nos llevó a su estudio frente a Momparnase, y después las acompañamos hasta su hotel. En el mismo coche fuimos al Filet de Sol y luego, a pie, hasta la rue Balzac, número 6, a casa de una señora que se llama... espere usted... no recuerdo...

—Marcela Durand...

—Marcela Durand, eso es. Estuvimos allí breves instantes y como al salir a la calle sospechase que algo grave le ocurría al señor Hamilton, resolví separarme de él. Subí a un coche que me trajo hasta aquí...

—¿Y nada más?

Hice como que pensaba... como que quería

coordinar algunos detalles posiblemente olvidados.

—¿Y nada más? —, — insistió el juez.

—Nada más.

—¿Y la húngara y su amante, a qué fueron a la casa de Momparnase?

—¡Ah!... sí... Estuvieron con nosotros cerca de una hora. Luego se despidieron diciendo que se marcharían hoy a Londres.

—No se irán porque han sido detenidos.

Hubo una pausa inquisitiva, y luego me dijo:

—¿Quién pagó la cena de la taberna judía?

—Hamilton.

—¿Con un billete de mil francos?

—Sí, señor, con un billete de mil francos.

—¿Igual a este? —, agregó el juez, enseñándome uno nuevo y crugiente...

—Como ese... ¡claro está!... Supongo que como ese... Todos los billetes de mil francos son iguales.

—Iguales cuando son auténticos.

—No entiendo, señor, el alcance de su respuesta.

—El señor Hamilton, es un prodigioso falsificador de billetes de banco.

Sentí como si se abriese el suelo; y con voz entrecortada respondí:

—Créame el señor juez, que jamás lo hubiera supuesto...

—Tenga usted la amabilidad de vestirse para que reitere usted, sus declaraciones en el juzgado

y ver si concuerdan con las de Ninón Laplace y Rosa Bermúdez.

—Perfectamente, señor. Pero antes de nada, debo manifestar al señor juez, que el desgraciado Hamilton, breves minutos antes de suicidarse, me pidió que le salvase este maletín... No sé lo qué contiene...

—¿Cuál?...

—Este...

INDICE

Pág.

El falsificador de emociones 7

La tragedia de Chicharito 33

Besos brujos 99

EDICIONES M. GLEIZER

AMAYA FLORENCIO J. — El dolor de vivir $ 3.—
AYBAR SOBRE CASAS. — El amor como redención „ 2.50
AMICIS EDMUNDO DE. — Joyas literarias (encuadernado) „ 2.50
ALAS CLAUDIO DE. — Visiones y realidades „ 2.50
ALAS C. DE. — Id. Id. en tela . . . . . „ 3.—
ALAS C. DE. — Herencia de la sangre . . . . „ 2.50
ARSAMASSEVA MARGARITA DE. — El brazalete de záfiros (novela) „ 2.—
BRUMANA HERMINIA C. — Cabezas de mujeres „ 2.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas „ 6.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Tratado de Semiología (2 tms. enc.) „ 30.—
BARREDA ERNESTO MARIO. — Nuestro parnaso (4 tomos) „ 8.—
BARREDA E. M. — Baba del diablo (novelas y cuentos) „ 2.50
BARREDA E. M. — Una mujer . . . . . „ 2.—
BERMANN GREGORIO. — José Ingenieros . . „ 2.50
BOY. — Las parejas negras . . . . . „ 2.—
BOY. — Marú. Novela romántica desarrolla en cartas „ 2.—
CANCELA A. — Tres relatos porteños . . . . „ 2.—
CANCELA A. — Id. Id. En tela . . . . . „ 3.—
CANCELA A. — El burro de Maruf . . . . . „ 2.50
CASSINELLI AMADEO. — Acuarelas . . . . . „ 2.—

CAPDEVILA ARTURO.

POESIA:

Jardines Solos . . . . . (2.ª edición) „ 2.50
Melpómene . . . . . (4.ª „) „
El Poema de Nenúfar . . . . (3.ª „) „ 2.50
El Libro de la Noche . . . . (2.ª „) „ 2.50
La Fiesta del Mundo . . . . (3.ª „) „ 2.50
El tiempo que se fué . . . . (1.ª „) „ 2.50

DERECHO:

Dharma (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma) . . . . . (agotada)

EXEGESIS:

El Cantar de los Cantares . .	(2.ª edición)	$	2.50

TEATRO:

La Sulamita	(7.ª edición)	„	2.50
El Amor de Schaharazada .	(por reeditarse)	„	
La Casa de los Fantasmas		„	2.—
Zincali		„	2.50

ENSAYOS:

La Dulce Patria	(por reeditarse)	„	
Del Libre Albedrío	(2.º millar)	„	2.50
Córdoba del Recuerdo	(2.º millar)	„	2.50
Los Paraísos Prometidos		„	2.50
América (Nuestras Naciones ante los Estados Unidos)		„	2.50

HISTORIA:

Las Vísperas de Caseros . . .	(2º millar)	„	2.50
Los Hijos del Sol	(1.ª edición)	„	

CUENTOS:

La Ciudad de los Sueños		„	2.50

VIAJES:

Tierras Nobles (Viajes por España y Portugal)	(1.ª edición)	„	2.50
CARRASCO GERMAN. — Rima de inquietud		„	1.50
CICHERO FELIX ESTEBAN. — La vida en cuentos		„	2.—
CICHERO F. E. — Los Zánganos		„	2.—
CICHERO F. E. — Puntos de vista		„	2.—
CALLE J. — El pasajero sugerente		„	2.50
CASCELLA ARMANDO. — La tierra de los papagayos		„	2.—
CORTINA ARAVENA. — Nocturnos y otros poemas		„	2.—
CORREA LUNA CARLOS. — Alvear y la diplomacia de 1824-25		„	2.—
DONOSO ARMANDO. — Sarmiento en el destierro		„	2.50
DUBNOW. — Historia contemporánea del pueblo judío		„	5.—
EICHELBAUM. — Un hogar		„	1.20

EICHELBAUM. — Un monstruo en libertad . . $ 2.50
ESPAÑA JOSE DE. — La mujer de Shanghai „ 2.—
ESPAÑA J. DE. — Psicología de Rosas . . . „ 2.—
FABRI LUIS. — Dictadura y revolución . . „ 2.—
FIJMAN J. — Molino rojo . . . . . „ 2.—
FINGERMAN G. — Estudios de psicología y estética „ 2.50
FRANCO LUIS L. — Coplas de Pueblo . . . „ 2.—
FRANCO L. L. — Nuevo mundo . . . . . „ 2.—
GOLDSCHMITH. — Moscú (viaje por la Rusia soviética) „ 2.—
GOLDSCHMITH. — Id. Id. En tela . . . . „ 3.—
GOMEZ IBAÑEZ EDUARDO. — Cantos salvajes „ 2.—
GONZALEZ TUÑON R. — El violín del Diablo „ 2.—
GONZALEZ TUÑON E. — Tangos . . . . . „ 1.50
GONZALEZ TUÑON E. — El alma de las cosas inanimadas „ 1.50
GIMENEZ PASTOR. — Velada de cuentos . „ 2.50
GARCIA VELLOSO E. — Piedras preciosas . „ 3.—
GARCIA ELLOSO E.—La jugadora de Poker „ 2.—
GARCIA VELLOSO E. — El falsificador de emociones „ 2.—
GOUCHON CANE E. — Los héroes del amor „ 2.—
GRUNBERG CARLOS M. — El libro del tiempo „ 2.—
GUTIERREZ RICARDO.—La flecha en el vacío „ 2.50
GERCHUNOFF ALBERTO. — La Asamblea de la Bohardilla „ 2.50
GERCHUNOFF A. — La Jofaina maravillosa „ 2.50
GERCHUNOFF A. — El hombre que habló en la Sorbona „ 2.50
GERCHUNOFF A. — Historias y proezas del amor „ 2.50
GERCHUNOFF A. — Pequeñas prosas . . . . „ 5.—
GERCHUNOFF A. — Id. Id. En pergaminos, numerados „ 10.—
GALVEZ MANUEL. — Una mujer muy moderna „ 2.—
GALVEZ M. — La maestra normal . . . . . „ 2.50
GALVEZ M. — Nacha Regulez . . . . . „ 1.50
HAYA DELATORRE. — Por la emancipación de América Latina „ 2.50
HEREDIA PABLO. — Experimentaciones Endócrinas „ 8.—
HERRERO ANTONIO. — Alfredo L. Palacios „ 1.50
HOUSE GUILLERMO. — Alma Nativa . . . „ 2.50
IBARGUREN CARLOS. — Manuelita Rosas . „ 2.—
IBARGUREN C. — De nuestra tierra (2.ª ed) „ 2.—
IGLESIAS EUGENIO JULIO. — "Anaquel" . „ 2.—
KROPOTKINE P. — Los ideales y la realidad en la literatura rusa „ 4.—

KROPOTKINE. — Etica . . . . . $ 2.50
KRUPKIN. — La taza de Chocolate . . . . . „ 1.50
LASPLACE ALBERTO. — El hombre que tuvo una idea „ 3.—
LAGORIO ARTURO. — Las tres respuestas . „ 2.50
LAGORIO A. — El traje maravilloso . . . . . „ 2.50
LONCAN ENRIQUE. — He dicho . . . . . „ 2.50
LONCAN E. — Las charlas de mi amigo (segunda edición)
LAST REASON. — A rienda suelta . . . . . „ 1.20
LEDESMA ROBERTO. — Caja de música . . „ 1.50
LUGONES LEOPOLDO. — El Angel de la Sombra „ 2.50
LUGONES L. — La Guerra Gaucha . . . . . „ 3.—
LUGONES L. — El libro de los paisajes . . „ 2.50
LUGONES L. — Las fuerzas extrañas . . . . „ 3.—
LUGONES L. — Lunario sentimental . . . . „ 3.—
LUZ Y SOMBRA. — Chic . . . . . „ 2.50
MARECHAL LEOPOLDO. — Los aguiluchos „ 2.—
MARECHAL L. — Días como flechas . . . . „ 2.—
MALLEA E. — Cuentos para una inglesa desesperada „ 2.—
MARIANI ROBERTO. — El amor agresivo . „ 2.—
MELIAN LAFINUR. — Las nietas de Cleopatra „ 2.50
MARTINEZ CUITIÑO VICENTE. — Teatro:
Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera „ 2.50
Tomo II: El segundo amor. La bambolla. Rayito de sol „ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los colombini. El viaje de D. Eulalio „ 2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás „ 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales „ 2.50
Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo mundo „ 2.50
MORENO ISMAEL. — La huerta . . . . . „ 3.—
MORENO I. — El matadero . . . . . „ 2.—
MORENO I. — La fiesta de Neptuno . . . . . „ 2.—
MOSQUERA KELLY F. — Del Plata al Illimani „ 2.50
MENDEZ CALDEIBA MARIA ANGELICA. — Gracia y Castalia „ 2.50
MERCANTE VICTOR. — Charlas pedagógicas „ 3.—
MERCANTE V. — Maestros y educadores . . . „ 3.—
MERCANTE V. — Paidología . . . . . „ 3.—
MORALES DELIO. — Raymundo Nansen, el atormentado „ 2.—

MORALES D. — La confesión de Lander Pausarac „ 2.—
MEDINA ONRUBIA S. — Akasha (novela) . „ 2.—
MEDINA ONRUBIA S. — El vaso intacto . . „ 2.—
NOGUEIRA MANUEL N. — Los excluídos del amor „ 2.50
OLASCOAGA LAURENTINO. — Geografía Economía Argentina „ 6.—
OLASCOAGA L. — Sociología Comparada . . „ 5.—
OLASCOAGA L. — La Leyenda del Castillo de Skokloster (Suecia) „ 2.50
OLIVERA LAVIE HECTOR. — Una tragedia . „ 2.50
OLIVAN SANTIAGO C. — Las visiones del rondín (cuento) „ 2.—
OLIVARI NICOLAS.—La musa de la mala pata „ 1.—
ORGAZ RAUL A. — Páginas de crítica y de Historia „ 3.—
OSES MIGUEL F. — Eva entre naranjos . . „ 2.50
PAGANO JOSE LEON. — El hombre que volvió a la vida „ 2.50
PEYRET MARCELO. — Alta Gracia . . . . „ 2.50
PEYRET M. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) „ 2.—
PASCARELLA LUIS. — Horas matinales (páginas de un escolar) $ 1.50
PALCOS ALBERTO. — El genio (2.ª edición) „ 3.—
PALCOS A. — La Vida Emotiva . . . . . „ 2.50
PALCOS A. — Sarmiento (en prensa)
PALACIOS ALFREDO L. — Universidad Nueva „ 5.—
PERETZ. — Adán y Eva. Trad. Resnik (tela) „ 3.—
QUESADA JOSUE. — Idolos que pasan . . . „ 1.50
RAWSON MANUEL. — Emilio Mitre . . . . „ 2.50
ROLLAND ROMAIN. — Clerambault (2.ª ed.) „ 2.—
ROJAS PAZ. — La metáfora y el mundo . . . „ 2.—
RENAN ERNESTO. — Patricio (encuad. tela) „ 2.—
RIPAMONTE CARLOS P. — Janus . . . . . „ 2.50
RINSKY B. — Murmullos del alma . . . . . „ 1.50
RUIBAL SALABERRY Dr. — Higiene pública. Ingeniería sanitaria „ 6.—
RINALDINI JULIO. — Críticas extemporáneas „ 2.—
SCALABRINI ORTIZ RAUL. — La manga . . „ 2.50
SCHIAFFINO EDUARDO. — Recodos en el sendero „ 2.50
SCHIAFFINO E. — Urbanización de B. Aires „ 4.—
SARAVIA LINARES CLARA. — Lirios de otoño „ 2.50
SAENZ HAYES RICARDO. — La polémica de Alberdi con Sarmiento „ 2.50

SAENZ HAYES R. — España. (Meditaciones y andanzas) „ 2.50
SAENZ HAYES R. — Perfiles y caracteres . „ 2.50
SAENZ HAYES R. — Los amigos dilectos . . „ 2.50
SARMIENTO DOMINGO F. — Vida de Dominguito $ 2.—
SAMIENTO D. F. — Discursos populares . . „ 2.—
SEMEUR CANDIDO. — La liberación de la tierra „ 1.20
SENET RODOLFO. — Psicología gauchesca en el Martín Fierro „ 2.—
SOTO Y CALVO F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé „ 2.—
STORNI Y PEREZ FRANCO. — En la sierra de los Cóndores „ 10.—
TORRE PEÑA JORGE DE LA. — Plata bruna „ 2.—
VARELA FLORENCIO. — Rosas y su gobierno „ 2.—
VEDIA JOAQUIN DE. — Cómo los vi yo . . „ 2.50

IMPRENTA
OTERO Y SALGADO
CANNING 77 - Bs. AIRES

3541 5

PQ7797. G317F3

a39001 004